https://www.facebook.com/novelasdescargas

Solo quería una noche prohibida con su jefe griego…

Rose Hill se llevó la sorpresa de su vida cuando Zac Adamos, el dueño de la empresa en la que trabajaba como puericultora, le propuso que viajara con él a Grecia para cuidar de su ahijado. Rose necesitaba el escandaloso sueldo que Zac le ofrecía, pero no fue capaz de prever una ardiente atracción que iba a complicar mucho la situación…

El pasado de Rose le había enseñado que los hombres tenían por costumbre llenarles a las mujeres la cabeza con falsas promesas. Totalmente convencida de que Zac debía de ser así, Rose no se permitió acercarse mucho a él. Sin embargo, tampoco podía alejarse de él sin explorar la pasión que Zac había despertado dentro de ella…

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 1*

EN EL momento en el que salió del insonorizado santuario de su despacho, Zac se sintió agobiado por el desquiciante estruendo. La burbuja de silencio en la que había estado hasta entonces le había creado una falsa sensación de seguridad.

—¡Theos! —exclamó mientras apretaba los dientes.

Era insoportable. Mientras recordaba la escena de su primer encuentro con el bebé, se preguntó cómo algo tan pequeño podía causar tanto ruido. En el momento del encuentro, no había habido ruido, pero el silencio se había visto roto por la voz de la mujer que tenía entre sus brazos un bulto muy pequeño. La trabajadora de servicios sociales le había entregado al niño y Zac, al que le encantaban los desafíos, se había quedado totalmente helado, con los brazos a ambos lados del cuerpo. Aquel desafío era demasiado para él.

Después, la niñera se había hecho cargo del bebé y el momento había pasado. Dudaba que nadie se hubiera dado cuenta de que se había enfrentado a su primera prueba y había fallado. Él sí. Lo único que había visto era un montón de cabello oscuro contra la manta en la que el bebé estaba envuelto. Zac no sabía si se parecía a su padre o a su madre; aún no había entrado en la habitación del bebé. Había estado retrasando lo inevitable. Sin embargo, sus sentimientos, su ira, aún estaban muy recientes. Además, ¿en qué iba a beneficiar al bebé con su presencia?

Estaba completamente comprometido a que a Declan, el niño, no le faltara nada a excepción, por supuesto, de una madre y de un padre. Apartó la debilidad antes de que esta pudiera adueñarse de él. Era mejor que invirtiera toda su energía en el presente, que implicaba llantos inconsolables y una constante privación de sueño. Resultaba que el consejo de la niñera para prescindir de los servicios de la enfermera nocturna tras solo dos noches había sido demasiado optimista y prematuro. El bebé no había parado de llorar desde entonces.

A pesar de que la mujer le aseguraba constantemente que el bebé no estaba enfermo y que la situación era normal, Zac había optado por pedir una segunda opinión. Un pediatra de reconocido prestigio que el propio médico de Zac le había recomendado terminó dándole la razón a la niñera.

Si los últimos días le habían enseñado algo era que el esfuerzo para acallar el llanto de un bebé de seis semanas era inútil. En realidad, Declan tenía todo el derecho a expresar con fuerza su tristeza, dado el terrible comienzo que había tenido en la vida.

Evitó echarse a correr. Se dirigió caminando tranquilamente hacia la puerta del ascensor privado que le daba acceso al ático que ocupaba cuando estaba en Londres. Realizó algunos desvíos en la ruta para evitar las señales que indicaban que había uno más en la casa, que antaño había resultado relajante, perfecta en su amplia y blanca simplicidad nórdica. En aquellos momentos, parecía haber ropa, juguetes y objetos del bebé por todas partes.

A Zac le gustaba el orden por encima de todas las cosas. Su vida estaba perfectamente dividida entre el trabajo y los asuntos privados, que no se solapaban nunca. Esta era una de las razones por las que nunca había querido tener hijos propios. Aquello no había cambiado a pesar de haber tenido que convertir una de las suites para invitados en una habitación infantil y otro de los dormitorios en uno para la niñera. Por suerte, aquel niño no portaba su defectuoso ADN, con lo que, incluso con él como padre, el pequeño tenía una oportunidad.

Aún no había podido asimilar que Liam y su joven esposa ya no estaban. Parecía surrealista y él estaba demasiado preocupado afrontando la realidad de ser tutor de un recién nacido como para pararse a pensar siquiera en ello. Mejor. Así evitaba que la ira se adueñara de él.

Menudo desperdicio.

Si Liam hubiera sabido lo que iba a ocurrir, que él y su hermosa y alegre Emma no estarían para cuidar de su hijo, habría tomado una decisión menos sentimental y más práctica a la hora de elegir tutor para su primer, y desgraciadamente único, hijo.

Sin embargo, Liam siempre se había dejado llevar por los impulsos del corazón. La primera vez que Zac lo vio, Liam era estudiante como él mismo y había estado vaciándose los bolsillos para llenar la lata de la organización benéfica que el resto de los estudiantes fingía no ver. Zac se acercó a él cuando vio a Liam contando monedas y percatarse de que no

tenía suficiente para pagar la cerveza que se estaba tomando. Liam esbozó una sonrisa y brindó por Zac para después nombrarle su ángel guardián.

Los dos aún estaban estudiando cuando Liam se convirtió en el primer empleado de Zac. Este se percató de que había un hueco en el mercado y compró su primera casa para alquilar a estudiantes acomodados sin problemas de dinero.

Algo más tarde, Liam empezó su propia empresa de desarrollo tecnológico. Zac fue su primer cliente, no porque fuera el ángel guardián de su amigo, sino porque Liam era el mejor en lo que hacía. Zac tenía un punto de vista muy pragmático y consideraba que los sentimientos y los negocios no debían mezclarse. Tal vez por eso la gente consideraba que era un hombre implacable. No le importaba en absoluto. De hecho, esa reputación iba con frecuencia a su favor.

Desgraciadamente, no parecía que hubiera habido ángel guardián alguno cuidando de Liam y Emma cuando el conductor de un camión articulado sufrió un ataque al corazón y se saltó la mediana de la carretera.

Toda la familia desapareció en un instante. Bueno, en realidad no. El bebé prematuro que habían tenido recientemente no había recibido el alta con su madre. Si no, él también habría muerto en el accidente.

Zac estaba a pocos metros de la puerta, valorando los pros y los contras de mudarse a un hotel hasta que el bebé dejara de llorar cuando, de soslayo, se percató de la colorida exhibición que había sobre la pared. Podía ignorar muchas cosas, pero había ciertos límites.

Abrió la boca para llamar al único hombre que se ocupaba de su vida doméstica y, de repente, se lo encontró a su lado. Si Zac creyera en ciertas cosas, hubiera dicho que Arthur tenía poderes psíquicos, pero en realidad en lo único en lo que su mayordomo creía era en la eficiencia. El exmilitar tal vez había ganado algunos centímetros en la cintura, pero no había perdido ni un ápice de su porte militar ni de su capacidad para resolver problemas.

—Un momento, señor.

Zac observó cómo Arthur se quitaba unos tapones de los oídos.

—¡Vaya! ¿Por qué no se me había ocurrido a mí eso? Eres un genio.

Arthur le dedicó una modesta sonrisa.

—¿Algún problema?

—¿Qué es eso? —le preguntó Zac señalando la pared con un gran desprecio.

—Tarjetas de cumpleaños. Muchas felicidades, señor.

Zac se había olvidado de que era su cumpleaños. En realidad, no lo había celebrado desde que cumplió dieciocho años, pero su familia no parecía creérselo y, todos los años, los sobres llegaban puntualmente. Junto con las fiestas sorpresa y las invitaciones a cenar, que solían implicar globos de colores, discursos y la inevitable candidata perfecta. Zac, o más bien Arthur, se ocupaba siempre de que los días cercanos a su cumpleaños estuvieran siempre reservados con eventos.

—¿Estás intentando hacerte el gracioso?

—No, señor. Simplemente trato de aliviar una situación algo tensa —respondió el hombre, esbozando un gesto de dolor cuando otro grito resonó con fuerza.

Zac compartió su dolor.

—La doncella es nueva. Pensó que estaba mostrando iniciativa —añadió secamente. —He quitado la pancarta de la biblioteca y los globos que su hermana… —se interrumpió un instante, frunciendo el ceño por la concentración.

—No importa cuál —lo interrumpió Zac rápidamente. La lista de posibilidades era muy larga.

En ocasiones, de hecho, parecía interminable. Se comparaba con Liam, que no tenía ningún familiar vivo, cuando él los tenía en abundancia. No le faltaban hermanas, y al pensar en los sobrinos, en ocasiones fallaba a la hora de emparentar al niño con los padres correspondientes. Además, la tribu parecía estar muy unida y trataba de atraer a Zac hacia su círculo social, que se había ido haciendo cada vez más grande a medida que los años iban pasando.

Su medio hermana más pequeña tenía diez años y su hermanastra de más edad veintinueve. La mayor y las que había entre medias tenían varios hijos propios de sus matrimonios y otros que habían aportado sus parejas.

Zac trataba siempre de apartarse del lío de divorcios, segundos matrimonios y varias reconciliaciones que componían las vidas de sus hermanas, no porque no le importara su familia, sino porque eran incapaces de reconocer los límites. Lo compartían todo y él, con su incapacidad para relacionarse, les hacía daño. Por lo tanto, los dos lados de la ecuación se beneficiaban de una cierta distancia emocional.

La idea de presentarles a su familia a cualquier mujer con la que él compartiera su cama suponía la peor de sus pesadillas. Lo de compartir la cama le iba muy bien a Zac. Les había intentado explicar a su familia en incontables ocasiones que él no tenía deseo alguno de tener una compañera con la que compartir su vida, pero ellos no hacían más que insistir en que él cambiaría de opinión cuando hubiera encontrado a la persona adecuada.

Su madre había encontrado a esa persona en Kairos, el padrastro de Zac, y solo había que mirar cómo había terminado aquella relación. Aunque Zac había sido demasiado joven para recordar los detalles, tenía aún grabados los gritos y las peleas. El silencio posterior era aún peor, por lo que Zac estaba totalmente seguro de que aquella no era una experiencia de la que quisiera disfrutar.

Estaba dispuesto a admitir que había matrimonios muy felices, pero le parecía que, para llegar a ese punto, había que besar a muchas ranas y pagar a muchos abogados para formalizar los divorcios.

Después del divorcio, Kairos, se casó por segunda vez y disfrutaba, o al menos lo parecía, de un matrimonio muy feliz. Había tenido cuatro hijas con su segunda esposa. Kairos nunca lo había tratado a él de un modo diferente, pero Zac siempre había sabido que lo era. Él no era hijo biológico de Kairos. Por eso, había dado un paso atrás, se había mantenido aparte y había seguido con su vida en vez de fingir que era parte integral de aquella familia tan feliz.

Todo el mundo sabía que Kairos no era su padre biológico y, en ocasiones, la prensa especulaba sobre quién era el verdadero padre de Zac. ¿Conseguiría algún avezado periodista algún día seguir las miguitas que conducían a la jugosa verdad?

Estaba preparado, pero sabía que su madre no. El rostro que ella presentaba ante el mundo no dejaba sospechar su vulnerabilidad. Escapar del padre de su hijo para salvarlo a él había sido el gesto de una mujer valiente, orgullosa. Si se terminaba conociendo la historia, la gente la vería como una víctima y Zac sabía que esa era la peor pesadilla de su madre.

Solo Kairos, Zac y su madre conocían la verdad, por lo que nadie más sabía lo generoso que había sido Kairos cuando trató a Zac como si fuera su propio hijo. Aceptar al hijo de otro hombre era un acto de bondad, pero hacerlo con el hijo de alguien como… Para eso, había que ser un gran hombre y, sin duda, su padrastro lo era.

Estrictamente hablando, Zac hubiera debido dividir su tiempo en partes iguales entre su madre y su padrastro cuando era un niño, pero, en la

realidad, no había sido así. Los siguientes tres esposos de su madre no habían considerado que su presencia fuera un beneficio y Zac lo comprendía. Con trece años ya medía un metro ochenta y siguió creciendo. Si a eso se le añadía su angustia adolescente y un fuerte sentimiento de protección hacia su madre, comprendía perfectamente que su presencia no hubiera resultado muy relajante.

Esa situación había significado que había pasado más tiempo con Kairos en Grecia, dado que allí era donde vivía el multimillonario griego. La cantidad de tiempo que pasaba con su madre y las hijas que ella tuvo con cada uno de sus esposos fue muy limitada.

Con siete hermanastras y medio hermanas, el número de sobrinos iba creciendo cada año y todos, incluso los que aún no sabían escribir, le enviaban tarjetas de cumpleaños y de Navidad.

—Lo siento, el ruido es… —dijo. Respiró profundamente. Ni siquiera un hacedor de milagros como Arthur podía evitar que el niño llorara.

Cuando Arthur no lo miró a los ojos y se aclaró la garganta, Zac supo que no había buenas noticias.

—Sobre lo del ruido, señor…

—Sí, lo sé. Voy a tener que hablar de nuevo con la niñera.

—Desgraciadamente, la niñera acaba de presentar su renuncia. Aparentemente, tiene un problema familiar.

Zac cerró los ojos y contó hasta diez muy lentamente. Sabía que no le serviría de nada, dado que ni siquiera contando hasta diez mil encontraría una solución.

Liam ya no estaba.

—¿Señor?

Zac sacudió la cabeza como para liberarse de un pensamiento que aún era incapaz de comprender. El entierro no parecía haberlo hecho más real, pero lo era. Zac se había roto la pierna jugando al fútbol en una ocasión y había salido andando del campo. En su opinión, había que superar el dolor. Sin embargo, aquel era muy diferente. Aquel dolor era visceral.

Después de mucho trabajar, Liam había conseguido vivir su sueño con la empresa que había construido desde la nada, con su dulce esposa y

por fin, con el niño que tanto había anhelado. Todo se le había arrebatado en un abrir y cerrar de ojos.

¿Cómo era posible que la gente aún creyera en los finales felices y que siguiera buscando el amor cuando, en opinión de Zac, enamorarse parecía significar una tremenda desilusión o una pérdida?

La última vez que habló con Liam, este se dirigía al hospital para recoger a Emma.

—Ya sabes que, en cuanto la vi entrar en aquel bar, te dije que me casaría con ella —le había dicho Liam en aquella ocasión.

—Es cierto y yo me eché a reír —le había respondido Zac. Porque solo los necios y Liam creían en el amor a primera vista.

—Em también se echó a reír. Pensó que yo estaba loco —le había respondido Liam, mientras hablaba con mucho afecto sobre su esposa. —Emma no quiere regresar a casa sin el bebé, pero en el hospital quieren que tu ahijado se quede unos cuantos días más. Porque quieres ser su padrino, ¿verdad, Zac?

Una tarjeta de cumpleaños cayó al suelo de repente. Zac se inclinó para recogerla. La aplastó con la mano para conseguir que la voz de su amigo se desvaneciera mientras se preguntaba si alguna vez dejaría de recordar aquel momento.

Una absoluta tristeza se apoderó de él mientras se metía la tarjeta arrugada en el bolsillo del pantalón antes de indicar el resto.

—Tíralas a la basura, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. ¿Y de la niñera?

—Ponte en contacto con la agencia… No. Yo lo haré.

Le proporcionaría cierta compensación hacerles saber a los dueños de la agencia lo poco satisfecho que estaba de sus servicios.

Ya en el aparcamiento subterráneo, Zac acababa de ponerse al volante de su exclusivo automóvil cuando recibió una llamada de teléfono. Miró la pantalla y apagó el motor antes de poner la llamada en manos libres.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, está bien, Marco.

Liam había sido el primer empleado de Zac y Marco había sido su primer inquilino en los días lejanos ya de la universidad. Ambas habían

sido las únicas dos amistades que habían sobrevivido a la transición de la vida estudiantil al mundo real.

—Siento no haber podido ir al entierro, Kate…

—Liam lo habría comprendido —lo interrumpió Zac inmediatamente.

El príncipe heredero Marco Zanetti iba siempre directo al grano, una característica de su amigo que a Zac siempre le había gustado.

—Necesito tu ayuda, Zac. Sé que en estos momentos tienes más que suficiente y encima con el bebé, pero… Por cierto, ¿cómo te va?

—Estamos en ello.

—Si no puedes o no te sientes capaz, solo tienes que decirlo.

—No te preocupes, estaré bien —le prometió Zac secamente, sabiendo perfectamente que, si la situación hubiera sido al revés, el príncipe del Reino de Renzoi haría cualquier cosa por él sin realizar pregunta alguna. Zac tenía pocos amigos. Uno menos en aquellos momentos.

—¿En qué te puedo ayudar?

Marco se lo contó. Zac escuchó atentamente todo lo que su amigo tenía que decirle antes de responder.

—¿Entonces Kate fue adoptada?

La imagen de la espectacular esposa pelirroja de su amigo se le vino a la cabeza.

—¿Y nunca supo que tenía una hermana melliza? Pues menudo descubrimiento.

—Es su gemela. Cuando el matrimonio de sus padres se rompió, ella se quedó con su padre mientras que Kate se iba a vivir con su madre.

—¿Y cómo lo decidieron? ¿A pares o nones?

Zac no podía decir que tuviera padre, pero, para él, la idea de que unos padres se dividieran la familia como si fuera una colección de discos era incomprensible.

—Yo también me he hecho la misma pregunta —admitió Marco. —Según hemos podido averiguar, la madre estaba desesperada por quedarse con las dos niñas, pero el padre amenazó con presentarle una demanda por la custodia de las dos. El muy canalla admitió durante la última

conversación que tuvimos que solo lo hizo para castigar a la madre. Le aseguró que conseguiría que no pareciera apta y se quedaría con las dos.

—Seguramente ese hombre no habría tenido posibilidad alguna.

—Probablemente no, pero la madre sabía lo convincente que podía ser y no quería arriesgarse a perder a las dos niñas. Tuvo que tomar una decisión terrible.

—¿Ha muerto?

—Sí. Y entonces él se negó a aceptar a Kate. Parece que, según él, siempre estaba llorando y gritando. Irónicamente, aquella separación había resultado ser afortunada para Kate porque la familia que la adoptó fue excepcional y ella tuvo una infancia muy feliz.

—Parece que ese hombre es un encanto…

—Pues resulta que ese hombre… ya no puede decir nada al respecto.

—¿Me estás diciendo que Kate quiere encontrar a su hermana y que quieres que yo la localice? —le preguntó Zac mientras fruncía el ceño.

Marco tenía recursos a su alcance que pocos podían igualar. Solo se le ocurría que el príncipe quisiera que otro llevara la búsqueda para evitar que hubiera filtraciones en palacio.

—Es Kate quien tiene que decidir si quiere ponerse en contacto con ella o no. Nosotros, o al menos yo, sabemos dónde está y, sobre el papel, no hay nada que sugiera que ella… que ella…

Zac ayudó a su amigo.

—¿Es como su padre?

El asunto de la mala genética le era muy conocido a Zac. Él se había pasado toda la vida observándose para ver si tenía señales de una debilidad heredada.

Si su cuerpo contenía un monstruo latente, lo más probable sería que él no se diera cuenta o, incluso aunque fuera así, ¿qué podría hacer al respecto? Zac era lo que era.

—Esta situación de Kate con su padre biológico le ha disgustado mucho y no quiero que vuelva a ocurrir algo así otra vez. Su embarazo no está resultando fácil y quiero asegurarme antes de darle todos los detalles.

—Entonces, quieres que yo vea cómo es esa mujer y, si considero que puede suponer algún problema, le pague para que desaparezca. ¿Es eso?

—¡No, no, Zac! No quiero que le pagues nada —replicó Marco totalmente escandalizado. El matrimonio sí parecía haber cambiado a su amigo.

¿Significa eso que el matrimonio cambiaba a todos los hombres? Zac no tenía intención alguna de probar personalmente aquella teoría.

—Yo no quiero mentirle a Kate. Nuestra relación se basa en la honestidad. Solo quiero que Kate, en esta ocasión, sepa a lo que atenerse. Que esté preparada y que no haya sorpresa alguna. Se va a poner furiosa conmigo por esperar hasta después del nacimiento. Sin embargo, me preocupa su tensión arterial. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario si es para que Kate y el bebé estén a salvo.

—Si hubiera algún secreto vergonzoso que tu equipo no…

—No te estoy pidiendo que busques basura —le espetó el príncipe. —Tengo informes, pero no me cuentan toda la historia. El padre no tenía registro alguno, simplemente se fue abriendo paso en la vida mediante engaños. Su hija podría haber heredado alguna de esas características.

Zac comprobó que su amigo había decidido que los parecidos tenían que ver más con el trato diario que con el ADN, dado que, en ese caso, su propia esposa también podría haberlos heredado.

—Mi padrastro es un santo. A mí no se me ha pegado nada, Marco.

—Bueno, tienes tus momentos. Sé que tú fuiste el inversor anónimo que sacó a Liam adelante cuando empezó con su empresa y estuvo a punto de perderlo todo.

—Yo sabía que Liam saldría adelante. Te aseguro que no hubo ni riesgo ni altruismo de por medio.

—No te preocupes. No le diré a nadie que tienes corazón.

Zac no pudo ocultar su impaciencia.

—Mira, Marco, no veo qué es lo que voy a poder descubrir, a menos que salga con ella y…

La voz de Marco recuperó un tono muy serio. Cuando respondió, esta sonó fría como el hielo.

—No quiero que salgas con ella, Zac. Eres el último hombre en el mundo al que… Eso cambiaría el juego. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —le preguntó Marco.

Zac no se ofendió en absoluto por el tono de la voz de su amigo y no vio motivo alguno para defender su reputación ni para señalar que, a pesar de tener sus fallos, no era un rompecorazones. Nunca había salido con una mujer que buscara algo más que sexo junto a él. En realidad, él tampoco querría que un hombre como él saliera con una cuñada suya.

—Está bien. Entonces, ¿qué es lo que quieres que haga?

—Quiero que averigües si es de verdad. Si su personalidad es… Da la casualidad de que tú estás en la posición perfecta para observarla, Zac.

Zac sonrió al pensar en lo que implicaba el uso de la palabra «observar». Era mirar, no tocar. Marco no tenía por qué preocuparse. Había suficientes mujeres en el mundo como para prendarse con una que viniera con complicaciones.

—No veo cómo.

—Trabaja para ti.

—¿Estás seguro? —le preguntó Zac atónito. Las pelirrojas destacaban mucho y, si además era idéntica a Kate, el parecido no le habría pasado desapercibido.

—Sí. Es puericultora en una de las guarderías para tus empleados. Por eso te había preguntado si podrías observarla. Ver qué clase de reputación tiene. Ya sabes si es de fiar… ese tipo de cosas. Quiero comprobar si podría hacer que Kate fuera…

—¿Infeliz?

—Exactamente. Por eso te pido que seas imaginativo.

—Te aseguro que puedo serlo. Entonces, ¿eso de puericultora es como una especie de niñera?

—Supongo que sí.

—En ese caso, déjalo de mi cuenta.

—Gracias, Zac.

—De nada. Dale un beso de mi parte a Kate.

Zac cortó la llamada. Tenía una sonrisa en los labios. Podría matar dos pájaros de un tiro. Mientras no hubiera sexo de por medio, dudaba que a Marco le importaran mucho sus métodos.

Él necesitaba a alguien que cuidara de su ahijado y Marco un análisis de personalidad. Las dos necesidades se complementaban a la perfección.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 2*

¡ROSE!

Rose, que se estaba poniendo una cazadora vaquera de estilo oversize mientras avanzaba por el pasillo, sintió la tentación de fingir que no había oído nada. Sin embargo, su conciencia se lo impidió.

—Hola, Jac —dijo mientras observaba cómo su inmediata superior en la guardería, que estaba embarazada de siete meses, se acercaba lenta y pesadamente a ella. Si lo que Jac tenía que decirle estaba relacionado con un turno extra, se negaría. Sin embargo, las oscuras sombras bajo los ojos de Jac hicieron temblar su determinación.

Sabía que al final no lo haría. Era plenamente consciente de su incapacidad para decir no. Además, cuando la excusa que se le presentaba tenía que ver con la mala suerte, estaba vendida.

Por otra parte, el lado positivo de todo aquello era que, al trabajar más horas, su nómina sería también más suculenta, lo que le venía muy bien. Ya no tenía la seguridad que le proporcionaba el pequeño fondo que tenía para las urgencias. Su padre había aparecido de la nada y le había dicho que les debía dinero a algunas personas, unas personas con las que era mejor no tener relación.

Una vez más, aunque la historia probablemente era mentira, no había podido negarse. Era su padre. ¿Cuándo se daría cuenta por fin de que la línea que separaba la realidad de la ficción con su padre estaba siempre algo borrosa?

Había mirado a los ojos de su progenitor antes de que él se cubriera el rostro con las manos y solo había visto sinceridad, lo que en realidad significaba muy poco. A él se le daba tan bien reorganizar su verdad que Rose sospechaba que su padre había terminado por creerse sus propias mentiras. Sin embargo, era su padre, así que nunca le podía decir que no.

Le había entregado sus ahorros sabiendo que, a pesar de que él le había prometido que se los devolvería sin falta, no volvería a ver su dinero.

Su padre nunca iba a cambiar, por lo que, la única opción que le quedaba a Rose era trabajar en su propio cambio. Parecía muy sencillo, pero cambiar los hábitos de toda una vida era algo difícil de conseguir.

A pesar de la edad, su padre seguía siendo un hombre atractivo, elegantemente vestido. Un príncipe encantador cuando había alguien a quien impresionar. Por eso, Rose nunca se había visto impresionada por los hombres carismáticos. Cuanto más guapos o encantadores parecían, más distancia ponía ella. Gracias a su padre, Rose tenía cierta ventaja sobre las mujeres a las que estos atractivos seductores rompían el corazón o vaciaban sus cuentas bancarias.

En la vida de su padre siempre había habido una mujer. Algunas de las que habían vivido con ellos durante la infancia de Rose habían sido muy agradables. Otras, bastante menos, por lo que ella no se había entristecido en absoluto cuando se marcharon. A medida que se fue haciendo mayor, y más hermosa, había otras mujeres a las que les molestaba su presencia.

A su padre no le gustaban las tensiones en su casa, por lo que no se había opuesto en absoluto a que Rose se mudara a un pequeño estudio a la edad de diecisiete años, después de que ella hubiera renunciado a la idea de estudiar Medicina. Se había centrado en convertirse en puericultora, para lo que había aceptado un trabajo extra y poder complementar así el sueldo de camarera de bar.

Su padre había admitido que una chica de su edad le hacía sentirse viejo y había bromeado mientras le guiñaba el ojo que, para ella, vivir con su anciano padre, también le cortaba las alas a su estilo de vida.

Desgraciadamente, Rose no tenía ni idea de cuál era su estilo de vida. No era lo suficientemente cínica como para pensar que todos los hombres eran tan tóxicos. El problema era cómo diferenciarlos.

Eso sería un problema que podría resolver en otra ocasión. Jac acababa de llegar a su lado. Se recordó que debía ser firme y, por una vez en la vida, ser capaz de decir no.

—Ay, Rose, me alegro tanto de poder hablar contigo. Lo siento, pero… pero el jefe quiere verte en su despacho.

—¿Ahora? ¿Y no le podrías decir al señor Hewitt que…?

—No, no. A él no. Al jefe.

Rose sacudió la cabeza. Se sentía algo confusa.

—Al señor Adamos. Zac Adamos.

—Pero qué dices… —comentó Rose sonriendo. —Mira, tengo que marcharme, Jac y no…

Sin embargo, cuando observó el rostro de Jac vio que ella no sonreía.

—Hablo en serio, Rose. Ha pedido verte —añadió abriendo mucho los ojos. —¿Qué es lo que has hecho, Rose?

Rose se sonrojó al darse cuenta de que, efectivamente, aquello no era una broma. Inmediatamente, su piel se volvió pálida como el alabastro. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, no podía ser nada bueno. Y no se podía permitir perder su trabajo.

Una simple puericultora, que formaba parte del amplio personal de Adamos Inc., no solía recibir una invitación personal para acudir al despacho del presidente de la empresa. Ese privilegio, o ese castigo, según se mirara, se quedaba reservado para los directivos que estaban muy por encima del puesto de Rose. Ella frunció el ceño y trató de recordar algo que hubiera ocurrido últimamente y que pudiera explicar aquella invitación.

No se le ocurrió nada. Su conciencia estaba totalmente tranquila. Sin embargo…

Se encogió de hombros para tratar de deshacerse del pánico que se había apoderado de ella y se dijo que, con toda seguridad, habría una explicación totalmente mundana. Si ella hubiera sido una rubia, alta e impresionante, de piernas interminables, la situación podría haber sido diferente. No era así. Además, aunque ella hubiera sido la clase de mujer de imponente belleza con la que él solía relacionarse, todo el mundo sabía perfectamente que el señor Adamos no salía con sus empleadas.

—No… no he hecho nada… —tartamudeó. —Y… y no me puedo permitir perder este trabajo.

—Hay otros trabajos.

—Entonces, ¿de verdad crees que me van a despedir?

—Por supuesto que no —añadió Jac rápidamente—. Solo digo que, en ocasiones, un cambio es algo bueno. Un nuevo desafío…

—Me gusta trabajar aquí…

Rose adoraba su trabajo. Cada día era diferente, porque precisamente esa era la naturaleza de trabajar con niños, pero también había una cierta familiaridad que la reconfortaba, algo de lo que ella había carecido en su infancia.

—A mí también, pero lo he pensado.

—¿Te marcharías de aquí? —le preguntó Rose muy sorprendida.

—Llevo aquí siete años y me siento un poco atrapada. Pensé que cuando las niñas empezaran la Secundaria, pero ahora con este… ¿quién sabe? Sin embargo, a ti no te lo impide nadie. No tienes a nadie. Por supuesto, eso no significa que no pudieras tenerlo si así lo desearas —añadió rápidamente al darse cuenta de lo que había dicho.

—Yo no tengo deseo de emociones fuertes o de una pareja —dijo Rose, pensando en las emociones que había experimentado ya en lo días en los que llegaba a casa del colegio y se encontraba que ya no había casa y que sus cosas estaban cargadas de mala manera en el coche de su padre o, en ocasiones, abandonadas en el lugar que hasta entonces había sido su hogar. Recordó también las notas que su padre le dejaba para informarle de que iba a pasar el fin de semana en París o en cualquier otro sitio y en las que le pedía que fuera una buena chica, que no abriera la puerta a nadie. Además, le dejaba diez libras para que se comprara algo de comida preparada.

En otras ocasiones, no había nota alguna.

En una ocasión, el fin de semana se transformó en diez días. Aún recordaba perfectamente el pánico que se había apoderado de ella cuando empezó a preguntarse si en aquella ocasión su padre no iba a regresar.

El esfuerzo de fingir en el colegio que todo iba bien le había hecho sentirse físicamente enferma. Había tratado de hacerse invisible, pero sus esfuerzos se vieron truncados una mañana cuando se desmayó, probablemente por estrés o por el hecho de tener hambre permanentemente. En esos días, solo se alimentó de sopa de lata y de judías en salsa de tomate.

Su padre regresó al día siguiente como si hubiera salido a comprar el pan.

Por esto, y por muchas cosas más, Rose tenía mala opinión de las emociones fuertes. Ella era, tal y como su padre le decía con frecuencia, aburrida. En ocasiones, añadía sus dudas sobre si él era en realidad el padre

de Rose, por si a ella no le había quedado lo suficientemente claro la desilusión que suponía para él.

—Te echaré de menos si te vas.

—Seguramente, dentro de tres años tú tampoco estarás aquí. Habrás conseguido un trabajo mejor, habrás encontrado un novio guapo, tan guapo como tú…

—No lo estoy buscando.

—Ya me había dado cuenta —respondió Jac. —Me han dicho que no le gusta que le hagan esperar. Relájate, probablemente será una asistente o algo así con quien tendrás que hablar.

Rose se animó un poco. Jac tenía razón. Seguramente el señor Adamos habría delegado aquella conversación. No quería admitirlo, pero el alivio que sintió al pensar que no vería a Zac Adamos estaba relacionado con una conversación que había escuchado por casualidad la semana anterior entre dos mujeres que esperaban el ascensor junto a ella.

—Estoy temblando… Tengo unos sudores…

Rose, consciente del virus de gripe que estaba contagiando a todo el mundo, dio un paso atrás. Entonces, habló la segunda mujer.

—Es tan… sexy. Es increíble. Te golpea como un misil… Esa boca… Hmm…

—Yo daría cualquier cosa por trabajar en la última planta y poder verlo todos los días.

—En ese caso, no conseguirías trabajar nada —le replicó su amiga mientras las dos mujeres entraban en el ascensor.

Rose, que había identificado perfectamente a la persona a la que se referían, decidió tomar las escaleras. No solo porque era una opción mucho más saludable. Zac Adamos era peligroso. Comparado con él, su padre era solo un principiante. Recordó haber leído un artículo en que se decía que Zac Adamos era una leyenda viva. Ciertamente, la humildad y la modestia eran dos características que no se podían asociar con él.

Si no hubiera sabido que la alta e imponente rubia la estaba observando, solo un empujón podría haber hecho que Rose atravesara las puertas de la zona ejecutiva. Parecía que la mujer se había quedado petrificada al ver quién acababa de cruzar el umbral.

—Creo que se ha equivocado —le dijo la mujer, sin inmutarse, con voz gélida y altiva.

Rose deseó haberse equivocado efectivamente de planta, pero levantó la barbilla y le dio su nombre. No iba a arredrase por una mujer como aquella.

Al escuchar el nombre, la mujer levantó las cejas y consultó la pantalla de su ordenador.

—¿Usted es la señorita Hill?

Rose decidió que no iba a darle a aquella mujer la satisfacción de mostrarle la aprensión que sentía en aquellos momentos. Sonrió débilmente y, entonces, miró hacia el otro lado del despacho. Vio una pared de cristal y, detrás de ella, notó que un hombre se levantaba del escritorio al que estaba sentado, parapetado detrás de un montón de pantallas de ordenador que parecían dominar todo el espacio.

Resultaba impresionante en la pantalla de televisión, como si fuera una estrella de Hollywood. Rose le había visto en algunas ocasiones, pero él no parecía ser amigo de la notoriedad, por lo que las ocasiones en las que aparecía en los medios eran una rareza. Las entrevistas que daba eran escasas.

Desde el lugar en el que Rose estaba, comprobó que, probablemente, era el hombre más guapo que había visto nunca. Irradiaba poder y elegancia. Su rostro resultaba arrebatador desde cualquier ángulo, todos fascinantes e intrigantes a la vez. Nariz recta, perfecta, esculpidas mejillas, sensual boca… Además, el tono oliváceo de su piel se reflejaba perfectamente en su cabello, que se rizaba ligeramente en la nuca.

Lo que Rose nunca hubiera imaginado era que su oscura mirada estaba enmarcada por oscuras y espesas pestañas y que sus ojos podrían paralizar por completo las facultades de una persona.

Tampoco había imaginado que su rotunda masculinidad, la fuerza que emanaba de su fuerte cuerpo, no podía ocultarse por la perfecta confección de un traje hecho a medida y que esta podría hacer temblar a una persona incluso hasta lo más íntimo de su cuerpo.

«No, Rose… A una persona no. A ti. Y a tu cuerpo…».

Rose tardó un instante en reconocer la turbadora sensación del deseo recorriéndole todo el cuerpo.

Avergonzada y escandalizada, sacudió la cabeza para librarse de la niebla sensual que parecía haberle abotargado los sentidos. Entonces, se dio cuenta de que tenía la boca abierta. La cerró inmediatamente.

Se sintió profundamente avergonzada. Trató de recuperar una expresión de distante y cortés interés. Definitivamente, había sentido la explosión de un misil.

Pero no le interesaba.

Cuando por fin pudo pasar, trató de dirigir la mirada hacia un punto por encima del hombro izquierdo de él. Sin embargo, la mirada de aquellos ojos oscuros parecía tener cualidades hipnóticas. Ningún hombre debería tener unas pestañas tan largas.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 3*

DESPUÉS de que Arthur hubiera perdido aparentemente su toque mágico, Zac se había visto obligado a intervenir personalmente y suplicarle literalmente a la niñera, que ya estaba con su equipaje de pie junto a la puerta de la casa, que se quedara al menos aquella noche. Eso no le sentó nada bien. Además, se sentía muy irritado por la información que Marco le había enviado, con lo que le resultó muy fácil descargar todas sus frustraciones en la mujer que tenía frente a él.

A Zac no le gustaba que le ocultaran información y, en lo que se refería a su imparcialidad… Dejó escapar un suspiro. No podía culpar a Marco, dado que él no conocía el plan de Zac. La información adicional le habría resultado útil dado que no podía permitir que cualquiera entrara en su casa y tuviera acceso al bebé.

Por supuesto, Rose Hill tenía un expediente impecable, pero había vivido con su padre. Zac no había dejado de preguntarse en muchas ocasiones qué clase de hombre sería él si lo hubiera criado su propio padre. Por supuesto, no se podía comparar a un estafador de poca monta con un personaje adicto a las drogas brutal y violento que había estado convencido de que la solución más práctica a un embarazo no deseado era pegar a su novia embarazada.

Suspiró. Un poco antes, todo aquello le había parecido una situación en la que solo podía ganar, pero en aquellos momentos…

En el momento en el que ella entró en el despacho, descubrió que, más allá de las zapatillas deportivas, los vaqueros y una enorme camisola de colores sobre la que llevaba una cazadora de cuero demasiado grande para su menudo cuerpo, la mujer que tenía frente a él era idéntica a su elegante gemela, que era una mujer increíblemente hermosa.

Trató de buscar algo que las diferenciara, pero no lo encontró. Tal vez lo que le atraía era la profundidad de sus ojos, la sombra de misterio que se adivinaba en ellos o tal vez el hecho de que ella lo estuviera

mirando a través de las pestañas… Fuera lo que fuera, la reacción de su cuerpo había sido espectacular. Había algo intangible en aquella mujer, algo que evitaba todos los circuitos lógicos del cerebro de Zac y estaba despertando sus instintos más básicos.

Levantó ligeramente los hombros y esbozó una ligera sonrisa. Se levantó y, con un gesto de la mano, le indicó a la mujer que se sentara. Por supuesto aquello era una complicación, pero estaba seguro de que podría controlarla.

Al contrario que algunos hombres, para él la atracción de la fruta prohibida no suponía un acicate añadido y nunca había tenido ningún problema para alejarse de tales complicaciones. Había muchas mujeres que no tenían pareja.

Mientras le observaba los jugosos y gruesos labios, se preguntó si aquella mujer tendría pareja o si su actitud hacia el sexo sería más relajada, como la suya propia…

Había algo en sus ojos, una vulnerabilidad que le hacía dudarlo. Seguramente, Marco lo sabría. Si era así, estaría incluido en la información que él había redactado para no influir en la opinión de Zac.

Rose era consciente de que Zac Adamos era un hombre muy alto y con un físico impresionante, del que se hablaba frecuentemente en muchos artículos. Siempre le había resultado divertido que los artículos sobre temas financieros incluyeran la altura, casi metro noventa, del hombre cuya opinión podía influir en instituciones financieras tan volátiles. Si hubiera sido mujer, también habrían añadido su edad.

Mientras se levantaba de su sillón, todos sus movimientos evocaban elegancia y poder. Rose sintió que el corazón se le aceleraba.

No se había sentado. Seguía mirándolo como si fuera un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche. Zac no pudo evitar devolverle la mirada y preguntarse el aspecto que tendría el ámbar de sus ojos cuando estos se vieran nublados por la pasión, entrecerrados… Le costó un gran esfuerzo sacarse aquella pregunta del pensamiento y no lo consiguió con la suficiente premura para evitarle la incomodidad de una potente erección.

«¡Theos! ¿Eres un hombre o un adolescente?».

En vez de dirigirse a ella, permaneció detrás del escritorio y volvió a sentarse. Estiró las piernas y esperó, en parte porque estaba muy excitado, pero también porque, según su experiencia, la gente siempre tiene la

necesidad de llenar un silencio. Ese silencio podría permitirle el acceso a más información que una andanada de preguntas.

Esa entrevista no fue una excepción. La mujer empezó a hablar. Tenía una voz profunda, atractiva, con un suave timbre.

—Yo… siento hacerle perder el tiempo. Creo que ha habido un error. Seguramente usted quería ver a otra persona…

—No. Es a usted a quien quiero —respondió Zac sin poderse resistir al juego de palabras.

Rose contuvo ligeramente la respiración y se mordió el labio. Le resultaba imposible ocultar su incomodidad, pero, al menos, no había apartado la mirada. Le reconfortaba saber que él desconocía la pecaminosa dirección que habían tomado sus pensamientos después de la interpretación que ella había hecho de aquellas inocentes seis palabras.

—Dígame. ¿Le gusta su trabajo?

—Me… me encanta.

—¿Le gusta trabajar con niños todo el día?

Rose asintió. El tono de voz que él había utilizado parecía sugerir que a él no le gustaban los niños. Ciertamente, resultaba difícil imaginárselo con manchas de dedos sobre el inmaculado traje. Era más fácil ver largos dedos con perfecta manicura quitándole la ropa…

—Entonces, ¿no tiene deseos de cambiar de trabajo?

Zac vio que la alarma se reflejaba en los ojos de su interlocutora. Esperó a que ella respondiera mientras se fijaba en su jugosa boca, que era otro detalle que no había tenido en cuenta en aquella ecuación tan particular.

Seguir por aquel camino sería una traición. La amistad era algo mucho más valioso que la lujuria, incluso si esta era tan visceral como la que estaba sintiendo en aquellos momentos. Tenía que refrenar su libido. Marco jamás se lo perdonaría.

Se aseguró que su falta de control se debía a la falta de sueño, pero no se convertía en una excusa que Marco pudiera aceptar. El instinto de protección del príncipe hacia su esposa seguramente se aplicaría del mismo modo a la gemela de esta.

—He estado leyendo su expediente… —dijo, para sorpresa de Rose. —Es impresionante. Señorita Hill, ¿le parece bien que la llame Rose?

Zac esbozó una ligera sonrisa, aunque su calculado encantado no se reflejó en sus ojos. Jamás se le había ocurrido que ella pudiera decir que no.

—Depende. Si va a despedirme, prefiero que no lo haga.

Zac parpadeó e, inmediatamente, soltó una carcajada. Sus rasgos se suavizaron y esto le hizo parecer mucho más joven. No duró. Un instante después, volvió a aparecer la mirada dura y calculadora.

—¿Acaso piensa que ha hecho algo mal, señorita Hill?

—No tengo ni idea de por qué estoy aquí…

—En ese caso, iré directo al grano. En primer lugar, no voy a despedirla. En segundo lugar, le voy a ofrecer un puesto de trabajo, aunque no se trata de un puesto indefinido, sino de algo más bien… temporal.

—¿De qué se trata?

—Necesito una niñera. Me he convertido en tutor de un bebé de seis semanas. Sus padres han muerto y la persona que tengo empleada para cuidar de él se marcha.

—Oh, lo siento mucho… Hay agencias para estos menesteres….

—Lo sé perfectamente —replicó él secamente. Se dio cuenta inmediatamente de que no iba a necesitar el plan alternativo que había elaborado por si fallaba el primer intento. Rose Hill tenía un punto débil y él lo había encontrado. Era una mujer muy empática. Sufría mucho con el dolor de los demás.

Zac no sintió remordimiento alguno a la hora de explotar aquella debilidad y dudaba que fuera el primero en hacerlo. No era asunto suyo cuántos hombres lo hubieran utilizado antes para meterse en su cama por medio de una lacrimógena historia. Por supuesto, él no sería uno de ellos. Marco no se lo perdonaría nunca.

—Sin embargo, el hecho de que yo me voy a mudar a Grecia complica mucho la situación.

—¡A Grecia! —exclamó ella. No fue consciente del anhelo que se reflejó en su rostro cuando se imaginó las blancas arenas, el mar azul y los cielos despejados. La historia de aquel país.

Zac prácticamente vio cómo se le aceleraba el corazón por debajo de la enorme cazadora de cuero. Bajo las capas de ropa, se imaginó una piel cálida y suave. Fue solo durante un segundo, pero lo suficiente para hacer

que se sintiera impaciente con su falta de control y con lo que la había causado.

—¿Ha estado allí alguna vez?

—No. En realidad, nunca he estado en ninguna parte. Es decir, no he viajado mucho —contestó Rose.

—El apartamento en el que vivo en estos momentos no es el ambiente adecuado para un niño tan pequeño —explicó Zac. Hacía tiempo que había admitido que aquel era un problema, pero no había pensado que tuviera que solucionarlo de un modo inmediato. ¿Sería Grecia la solución realista y adecuada? Podría ser. Él se podía quedar en Londres de lunes a viernes y viajar a Grecia los fines de semana. Después de todo, un niño tan pequeño ni siquiera se daría cuenta.

—Entonces, ¿se va a mudar a Grecia?

—Tal vez no permanentemente, pero sí por el momento hasta que el bebé haya… establecido una rutina —añadió utilizando la misma frase que la niñera había empleado. —Necesito a alguien cualificado para que se haga cargo de…

—¿Por qué yo? —lo interrumpió ella a pesar de que, inmediatamente, se imaginó la reacción de Jac ante sus dudas.

«¡No preguntes por qué! ¡Aférrate a esa oportunidad! Viaja, gana dinero… ¿Qué es lo que no te gusta del plan? ¡Sal de tu zona de confort! ¡Ya va siendo hora!».

—No sabe si yo sería la persona adecuada para el puesto.

—Utiliza usted una técnica poco habitual en las entrevistas —afirmó él. Rose se sonrojó, pero no bajó la mirada.

—Esto no es una entrevista

—Cierto —admitió él. —Sin embargo, la situación sí que implica un largo proceso de selección y esto, contractualmente, simplificaría mucho las cosas. Usted ya trabaja para mí. No necesito referencias ni comprobaciones de seguridad.

—Lo siento, pero…

—¿No tiene a nadie que dependa de usted? ¿Sus padres tal vez?

—Bueno, mi padre está vivo, pero él no… no me necesita.

Hasta la próxima vez que le hiciera falta dinero o un lugar en el que dormir. Su padre jamás la encontraría en Grecia. Rose se avergonzó de aquel pensamiento y añadió con firmeza.

—Lo siento. Mi vida está aquí. No me interesa ir a Grecia. Jamás lo consideraría.

—Es una pena —suspiró Zac. —Sin embargo, sinceramente, tal vez sea la elección más adecuada. No es un bebé fácil, no duerme… Es casi como si supiera que está solo.

Rose sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando observó cómo él levantaba una mano para cubrirse los ojos. Solo porque no mostrara sus sentimientos, no significaba que no los tuviera. De repente, no pudo evitar sentir una gran empatía hacia él.

Controló el impulso de colocarle una mano sobre el hombro y se aclaró la garganta.

—No está solo. Lo tiene a usted.

—No sé nada, pero… aprenderé.

—Por supuesto que s-sí —dijo ella con un nudo en la voz.

Zac lo notó inmediatamente y supo que ya la tenía entre sus redes. Apartó la mano. Sus largos y elegantes dedos parecían haber captado toda la atención de Rose. Cuando Zac levantó la mirada, se esforzó por mostrar un aspecto sombrío, pero contenido.

—Bueno, gracias por su…

Se detuvo un instante. Se mesó el cabello oscuro con la mano y, casi como si se le acabara de ocurrir y se sintiera avergonzado por ello, añadió:

—Mire, seguramente no supondrá ninguna diferencia en su elección, pero, por lo repentino de la propuesta y por el cambio de domicilio, estoy dispuesto a ofrecerle una generosa compensación por el cambio de trabajo.

Acababa de lanzar el anzuelo. Lo único que le quedaba ya era recoger el sedal.

—No es el dinero…

Zac mencionó una suma que la dejó boquiabierta.

—Eso es mucho dinero —admitió Rose. Después de la visita de su padre, ni siquiera tenía un poco de dinero.

—No para mí.

No estaba presumiendo, solo constatando un hecho.

Zac observó atentamente el rostro de Rose Hill y logró contener su sensación de triunfo. Ella era una persona de buen corazón y Zac podría haber optado por tratar de ganar su compasión, pero se había decantado por el dinero. ¿Estaría esto en contra de la señorita Hill a ojos de Marco? No lo creía. Todo el mundo tenía un precio.

Rose respiró profundamente.

—Está bien. Lo haré, pero por la mitad de esa cantidad.

—¿Cómo ha dicho? —replicó él asombrado.

—Es demasiado.

Zac contuvo una sonrisa de incredulidad. Rose Hill tenía un precio, pero era relativamente bajo. La posibilidad de que la cuñada de Marco fuera una cazafortunas parecía bastante remota.

—Como desee.

—Grecia… —susurró ella asombrada. —Me voy a Grecia…

Rose siempre había viajado desde la seguridad del sillón de su casa, con un ordenador sobre las rodillas mientras planeaba viajes que nunca iba a poder permitirse. Además, aunque no hubiera sido así, no estaba segura de que hubiera tenido el valor suficiente para ir sola a todos aquellos lugares tan exóticos. Siempre pensaba en todo lo que podía ir mal. Seguramente, era resultado de la inestabilidad de su infancia, cuando su padre nunca había pensado en lo que podía salir mal y ella se había convertido, en palabras de su padre, en «la voz del destino».

—Me está ayudando en una situación muy difícil. Se lo agradezco.

Zac observó atentamente el rostro de Rose y vio como sus ojos dorados se nublaban. Cualquier persona que llevara los sentimientos tan a flor de piel parecía llevar un cartel en la espalda que decía Aprovéchate de mí.

Y eso era exactamente lo que Zac estaba haciendo.

Se recordó los motivos y trató de apartar el sentimiento de culpabilidad. Inmediatamente, se sintió molesto por sentir que tenía que justificar sus actos.

Rose tragó saliva para aliviar el nudo que se le había hecho en la garganta.

—¿Cómo se llama el bebé? —preguntó suavemente.

—Declan.

—Es un nombre precioso —afirmó.

—Sí —dijo Zac. Entonces, entrecerró los ojos para que ella no viera el triunfo que se reflejaba en su mirada. —¿Tiene el pasaporte en regla?

—El pasa… sí… Creo que sí.

—¿Lo cree o lo sabe?

—Lo sé.

Al ver la dura mirada con la que él la observaba, Rose comenzó a tener dudas. No había rastro de la vulnerabilidad emocional que la había hecho cambiar de opinión.

—Entonces, ¿me lo…?

—Sí. Le haré llegar en breve todos los detalles.

Rose esperó unos instantes más, pero parecía que la entrevista había terminado. Zac Adamos se había encerrado por completo en sí mismo. Estaba escribiendo algo en su teléfono móvil mientras miraba intensamente la pantalla.

Mientras se preguntaba a qué se había comprometido, Rose recogió el bolso y se levantó. Se giró brevemente para observarlo. De repente, se le habían ocurrido todas las preguntas que debería haberle hecho, pero parecía que el momento había pasado. Zac Adamos estaba hablando en un idioma que no comprendía, probablemente griego.

Salió del despacho. Sus deportivas rechinaban sobre el pulido suelo de madera mientras que todas las preguntas que no había hecho le bullían en la cabeza como si fueran un enjambre de avispas.

Se estaba arrepintiendo. Había dado un salto a ciegas y no se sentía bien. La emoción que había sentido ante la oportunidad de viajar había dado paso a la ansiedad.

¿Por qué había aceptado? Sí, el dinero había sido un factor importante, pero lo había sido mucho más la necesidad de ayudar a alguien que lo necesitaba, aunque esa persona fuera Zac Adamos.

Trató de imaginarse a alguien diciéndole no al señor Adamos. Seguramente no había ocurrido algo así nunca.

La secretaria la ignoró cuando pasó a su lado, por lo que Rose hizo lo mismo. Se dirigió directamente al primer aseo que pudo encontrar y, una vez dentro, se inclinó sobre el lavabo. Se miró en el espejo y, entonces,

comenzó a rebuscar entre los contenidos de su bolso, lo que suponía en sí mismo una aventura. Encontró por fin los analgésicos que buscaba. No eran los que solía tomar para las migrañas, pero esperaba que sirviera para librarse de aquel incipiente dolor de cabeza o, al menos, posponer la migraña.

Mientras se tomaba una pastilla, pensó en qué ocurriría si regresaba al despacho de Zac Adamos y le decía que había cambiado de opinión… ¿Había cambiado de opinión?

Rose suspiró. No era la clase de persona que se lanzaba sin pensar en las consecuencias. Era muy poco propio de ella tomar una decisión sin leer la letra pequeña.

—Solo serán unas pocas semanas —le dijo a su reflejo en el espejo. Entonces, frunció el ceño cuando recordó que no sabía exactamente cuántas. —Tal vez te guste —añadió. Entonces, suspiró profundamente. —Y ahora estoy hablando sola. No es un buen comienzo.

Sin saber por qué, pensó en el bebé y en el inicio que el pequeño había tenido en la vida. Le costaba imaginarse a Zac Adamos como un padre presente. Seguramente, el pobre bebé pasaría directamente de las niñeras a un internado.

Al darse cuenta de que estaba inventándose un escenario que arrojaba una luz poco favorable al griego simplemente porque él no le caía bien, Rose sintió una cierta intranquilidad. Normalmente no pensaba lo peor de la gente y, además, el hecho de que hubiera pensado en llevarse al pequeño a Grecia significaba que, al menos, estaba haciendo un esfuerzo. Debía de ser duro también para él. Había perdido a sus amigos y se había encontrado con un bebé. Ser padre soltero no era fácil, ni siquiera para alguien con tanto dinero como él. Sin embargo, rico o no, no se podía comprar el apoyo que se sentía al tener una pareja que compartiera las responsabilidades de ser padre.

Tal vez sí… Rose estaba segura de que alguna de esas bellezas de largas piernas con las que él salía, o, más, bien, con las que tenía relaciones sexuales, estarían encantadas de compartir esas responsabilidades si ello significaba lucir un enorme anillo en la mano.

Sabía que estaba siendo poco caritativa con aquellas mujeres, por lo que salió del aseo. Se cruzó con un par de elegantes mujeres, que la miraron fijamente sin que ella se percatara. En aquellos momentos, sus intrincados pensamientos no dejaban lugar para nada más.

# *Capítulo 4*

EL ligero perfume de flores, aunque no demasiado empalagoso, permaneció flotando en el ambiente del despacho después de que ella se hubiera marchado. La atracción seguía presente, para que él la reconociera. Como si hubiera tenido opción, teniendo en cuenta que aún tenía una ligera erección…

Zac sabía que, incluso sin la línea roja de Marco, nunca haría nada al respecto. La gemela de la encantadora y serena princesa era la clase de mujer que él siempre evitaba. La clase de mujer que no consideraba el sexo como una transacción meramente física.

Estaba totalmente seguro de que a la pelirroja le iba más las relaciones profundas y con significado. Lo llevaba escrito en el rostro. En resumen, era la clase de mujer que su madre esperaba que conociera.

Tras volver a erigir sus barreras y colocarla exactamente donde Rose Hill encajaba en su esquema de las cosas, se sintió mucho más cómodo. Evidentemente, tendría que estar a su lado, pero solo para observarla… Eso era lo único que Marco quería.

Inmediatamente, tomó el teléfono para informar a su amigo de los progresos que había hecho.

—Entonces, ¿va a vivir en tu casa? Es la situación ideal.

No para Zac. Al pensar en los labios de Rose, decidió que la situación en vez de ideal era dolorosa.

Pasó a relatarle a Marco sus primeras impresiones sobre Rose Hill. Decidió que a Marco no le gustaría saber que la mujer a la que estaban investigando era una amenaza para el control sexual de cualquier hombre.

—En resumen, no creo que tengas nada de lo que preocuparte —concluyó.

—¿Crees de verdad que no supone ningún peligro para Kate? Su padre me pareció ser un verdadero peligro…

—Es mi primera impresión, Marco. No sé lo que hay en el interior de su cabeza, pero no me parece una estafadora. Por supuesto, estoy seguro de que las que son realmente buenas no lo parecen nunca.

—Lo siento mucho si te parezco…

—¿Un poco paranoico? No te ofendas. Lo entiendo perfectamente.

No era así. Zac nunca había sentido ese instinto de protección hacia ninguna mujer aparte de su madre. Todas las mujeres que entraban y salían de su vida parecían perfectamente capaces de cuidarse solas…

Marco se echó a reír al otro lado de la línea telefónica.

—No me has ofendido. Te estoy muy agradecido. No quiero arriesgarme a…

—¿Cómo está Kate?

El resto de la conversación, que Zac no tardó en dar por finalizada con la excusa de una cita urgente, versó sobre la salud de Kate y su aparente perfección. Zac no pudo evitar imaginarse a su gemela llevando la clase de ostentosos collares que la princesa solía lucir. Rose no llevaba nada a excepción de su glorioso cabello y la sugerente sonrisa de invitación que él no había podido parar de imaginarse en sus labios.

Se puso de pie, pero la imagen no desapareció.

Resultaba totalmente inexplicable. Era una locura sentir el modo en el que aquella mujer había logrado metérsele bajo la piel. Tal vez aquello era una versión del amor a primera vista para un hombre que jamás se enamoraba. Lujuria a primera vista. Por suerte para él, esta variante no tenía el mismo poder de permanencia.

Rodeó de nuevo el escritorio para volver a tomar asiento y entonces vio el brillo del metal sobre el suelo. Se inclinó y vio que se trataba de un llavero. No era suyo. Solo había habido una persona en su despacho aquel día que pudiera tener como llavero un pequeño animal hecho de punto. No podía deducir si se trataba de un cerdo o de un caballo…

Apretó el botón del intercomunicador mientras se imaginaba a Rose Hill llegando a su casa y cayendo presa del pánico al darse cuenta de que había perdido las llaves. Resultaba fácil ver la expresión de desesperación en sus espectaculares ojos. Por suerte, la voz de su asistente personal le

impidió seguir imaginando y llegar más allá, hasta los límites que le estaban prohibidos.

—No. No necesito nada. Hoy… me voy a marchar algo más temprano.

Mientras recorría el edificio, llamó a Arthur para ponerlo al día de la situación de manera que él pudiera empezar con los preparativos necesarios.

Zac no recordaba haber entrado en la guardería de aquel edificio, ni de ninguno de los edificios Adamos. Todos estaban bajo la Fundación Adamos, uno de los proyectos menos ambiciosos. Él no tenía mucho interés personal en él, al contrario de lo que ocurría con el programa de alfabetización de adultos. Una de sus hermanas era disléxica.

Los brillantes colores de las paredes y los alegres dibujos distinguían aquella zona del resto del edificio, mucho más minimalista. Tantos colores le producían a Zac dolor de cabeza, pero, por suerte, no tardó mucho en llegar frente a una puerta en la que se leía Despacho. Pase sin llamar.

Zac estaba a punto de hacerlo cuando el sonido de una voz en el interior del despacho le hizo detenerse en seco.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

—Siento tener que marcharme así, casi sin avisar, pero…

—¡Te ha despedido! —exclamó Jac. —¿Por qué? Menudo baboso… No voy a consentirlo. ¡Voy a subir ahora mismo para decirle lo que pienso de él!

Rose se sintió muy halagada por aquella defensa tan apasionada.

—Tranquilízate —comentó riendo, mientras abrazaba a Jac afectuosamente. —No me ha despedido. Me ha ofrecido un puesto temporal.

—¡Ay por Dios! ¡No me vuelvas a pegar estos sustos! —exclamó Jac aliviada. —¿Un puesto temporal dices?

Mientras Rose le explicaba, los ojos de Jac fueron abriéndose cada vez más y más tras las lentes de sus gafas.

—Entonces, ¿te vas a Grecia para cuidar del bebé que se ha quedado huérfano? ¡Madre mía! ¡Eso no es para ponerse triste! Ahora Zac Adamos es papá. ¿Y qué tal le va? Bueno, no sé para qué pregunto. Estamos hablando de un hombre que tiene hielo en las venas.

—Jac, eso no es justo —protestó Rose. —Solo porque alguien no demuestra sus sentimientos no significa que no los tenga.

—Dios mío, Rose. ¿Por qué siempre encuentras lo mejor de cada persona?

—Yo no… Bueno, sé que suelo hacerlo, pero esto es diferente. Para serte sincera, tengo mis reservas sobre lo de trabajar para él.

—Se me ocurren varias personas en este edificio que no compartirían tu opinión —comentó Jac con una sonrisa. —Entonces, ¿cuánto tiempo vamos a estar sin ti?

—En realidad, no estoy segura. Supongo que hasta que regrese la niñera.

—Grecia y Zac Adamos… —comentó Jac haciendo un gesto sugerente con los ojos. —Te aseguro que si yo fuera unos cuantos años más joven y pesara bastantes kilos menos…

Rose se sonrojó. No pudo responder con el mismo tono jocoso. Se había quedado sin sentido del humor.

—Te dejo toda mi parte…

Zac oyó aquellas palabras mientras observaba a través de una rendija de la puerta el espejo en el que ella se reflejaba. Vio cómo se cambiaba el bolso de un hombro a otro.

—Te aseguro que él es el último hombre en el que yo estaría interesada —añadió.

«Protestas mucho, Rose. Cualquiera diría que demasiado…».

Rose levantó la barbilla como si quisiera reafirmarse. No quería encontrar atractivo a Zac Adamos. Era cierto que los machos alfa, lo que él sin duda era, no la atraían. Al menos en teoría.

Sin embargo, no podía negar que, al entrar en su despacho, había experimentado una excitación sexual que antes solo había conocido en los libros y que, en realidad, nunca había creído del todo.

Lo más preocupante del tema era que le había gustado la excitación que había experimentado sobre su piel y que había hecho que se sintiera viva. Sin embargo, por otro lado, se había sentido asustada.

«¿Acaso no lo estás siempre, Rose?».

—No tengas ese aspecto tan preocupado, Jac. Ni siquiera se ha fijado que soy una mujer…

—Resulta tan dulce, Rose… No tienes ni idea de que eres espectacular. Por eso debes tener cuidado.

—¿A qué te refieres?

—Nuestro jefe es un predador. El clásico tiburón blanco. Muchos dientes y cero conciencia. Puede resultar encantador, pero…

—Y yo puedo ser dulce, pero no tonta. Sé lo que es ese hombre… ¿Quién no lo sería si viera ese rostro todas las mañanas cuando se mira en el espejo? Sin embargo, Jac, no tienes por qué preocuparte. No estoy buscando nada.

—¿Y por qué no? ¿Es por ese canalla de Sutton? Por el amor de Dios, Rose, no dejes que ese tipejo te haga tomarles manía a los hombres.

—No, no. Por supuesto que no.

El incidente con Andy Sutton no había sido uno de los mejores momentos de su vida, pero, al mismo tiempo, no había sido lo suficientemente importante como para traumatizarla. Incluso se había reído con Jac al lunes siguiente de la fiesta de marras.

—El otro día hizo como si no me viera, ¿sabes?

—Asqueroso…

Rose soltó una carcajada.

—Abrí la boca para saludarlo y pasó a mi lado como si yo no estuviera.

—Menudo gili…

—Pero yo le dejé en evidencia. Tenías que haber visto su cara cuando vio que yo llevaba vaqueros y una camiseta —comentó Rose riendo. —Me había dicho que era una cena informal y resultó que todo el mundo iba de punta en blanco.

—Pero dejó que te fueras a casa sola con esa lluvia.

—Ya soy mayorcita, Jac. Te aseguro que él no es la causa de que no esté buscando pareja. Si hay alguien para mí por ahí, ya lo encontraré. Si no… —añadió, encogiéndose de hombros.

—Dios mío, eres una romántica… Pues te aseguro que los príncipes azules no vienen a llamar a la puerta. Tienes que poner un poco de tu parte —comentó Jac cruzándose de brazos. —Una pregunta, si estuvieras buscando, ¿qué buscarías?

—Bueno, no solo un rostro agraciado…

Rose parpadeó. Sin poder evitarlo, se había imaginado un rostro anguloso, lleno de misterio. Le costó mucho borrarlo de su pensamiento, lo que la enojó profundamente.

—Además, me gustaría alguien que se pueda reír de sí mismo —añadió. —¿Te imaginas al Guapísimo Gran Tiburón Blanco riéndose de sí mismo? Sí. GGTB. Me encanta.

Entonces, Rose se miró en el espejo y se llevó una mano al cabello.

—¿Por qué no me dijiste que me peinara un poco antes de subir?

Entonces, se quedó sin palabras. El alma se le cayó directamente a los pies al ver que su rostro no era el único que se reflejaba en el espejo.

—Habría llamado, pero el cartel es muy explícito —dijo el GGTB mostrando sus blanquísimos dientes.

Jac se sobresaltó tanto como Rose. Las miradas de culpabilidad que las dos mujeres intercambiaron le proporcionaron a Zac una cierta satisfacción. A su ego no le había resultado muy satisfactorio escuchar que él sería el último hombre que ella buscaría. Por suerte, el ego de Zac era bastante robusto, aunque, si la situación hubiera sido diferente, habría disfrutado mucho haciendo que Rose se tragara sus palabras.

Rose decidió que la sonrisa que él esbozó era cruel. No podía comprender por qué a las mujeres le gustaban esa clase de hombres. Mientras esperaba que el suelo se abriera y se la tragara, sintió que la palabra peligroso empezaba a flotar por encima de su cabeza.

Sintió el deseo infantil de cerrar los ojos para fingir que nada de todo aquello había ocurrido, pero decidió respirar profundamente y hacer lo único posible dadas las circunstancias: comportarse como si él no hubiera escuchado nada de lo que habían dicho. Existía una pequeña posibilidad de que así fuera.

—Simplemente le estaba explicando a Jac el puesto temporal que me ha ofrecido —dijo. —Le he dicho también que usted va a contratar una sustituta.

—Por supuesto —respondió él tras mirarla muy fijamente. Tenía que admitir que aquella mujer tenía agallas, —aunque estoy seguro de que la señorita Hill es irremplazable.

Al contrario de Rose, Jac no notó el sarcasmo. Sin embargo, por suerte había recuperado la capacidad de hablar y pareció aliviada.

Comenzó a enumerar las cualidades de su amiga hasta el punto de hacerla parecer una mezcla entre superwoman y una santa.

Zac notó que Rose se sentía avergonzada por los halagos de su compañera. Forzó una sonrisa mientras escuchaba a Jac.

—Ya me iba a casa, señor Adamos —anunció Rose levantando las palmas de las manos como si quisiera dar por concluida la conversación.

—Claro.

Antes de que Rose pudiera averiguar sus intenciones, él extendió una mano y le atrapó la muñeca derecha. El roce del pulgar contra la palma le provocó una increíble sensación. Se olvidó incluso hasta de respirar.

Fue un momento extraño. Entonces, Rose vio cómo él le colocaba un llavero en la mano y le cerraba firmemente lo dedos.

—En ese caso, creo que las va a necesitar.

El contacto duró solo unos segundos, pero el efecto que este produjo en Rose fue eléctrico. Parpadeó y abrió la mano. Sabía que estaba observando las llaves como si fuera una idiota, pero era mejor que mirarlo a él. Trató de retrasarlo hasta que su sistema nervioso pudo volver a erigir sus defensas.

—Ah, vaya… No sabía que me las había… Gracias.

Se sintió muy aliviada por haber podido hablar clara y firmemente.

—De nada.

Rose sintió que la tensión la abandonaba en el momento en el que él se marchó, tras realizar una seca inclinación de cabeza.

—Dios mío… ¿Sabes una cosa, Rose? En realidad, no es tan malo, ¿no te parece?

La crítica más despiadada de Zac Adamos había cambiado de opinión tan solo con una sonrisa. Rose hizo un gesto de desesperación con los ojos.

—Pensaba que él era un cruel GGTB —comentó secamente.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 5*

—AH, señorita Hill. ¿Se marcha ya a casa?

«Tierra, trágame», pensó Rose. Cerró los ojos y trató de sonreír amablemente antes de darse la vuelta para mirar la alta figura que se había materializado en la puerta.

—Sí…

Zac estaba en el pasillo, pero el turbador hormigueo que Rose sentía en la piel por su cercanía no había disminuido.

Asintió.

—Excelente —replicó él. Giró la muñeca para consultar su carísimo y fino reloj. Rose pudo observar un fuerte y fibroso antebrazo cubierto de un ligero vello oscuro. —Yo también me marcho, así que creo que será mucho más sencillo que yo la lleve a casa y espere mientras hace las maletas.

Ni siquiera era una sugerencia. Rose se sintió completamente patética al darse cuenta de que se había limitado a asentir. Zac Adamos hablaba y la gente se apresuraba a cumplir sus deseos. Se dio la vuelta y echó a andar, esperando claramente que ella lo siguiera. Rose, que siempre había evitado las confrontaciones, experimentó un sentimiento de rebeldía y desafío muy poco propio de ella. Además, sintió un resentimiento que ni siquiera había sabido que albergaba hasta que salió a la superficie.

Se había pasado su vida siguiendo. Nunca se consideraba su opinión. Se había dicho en infinidad de ocasiones que no importaba, pero no era así.

Sintió que había llegado el momento de dejar de seguir y expresar por fin lo que deseaba.

—¿Esperar, dice?

Zac Adamos se detuvo y, lentamente, se dio la vuelta. Rose observó un gesto de impaciencia en sus hermosos rasgos, pero decidió aferrarse con

fuerza a su tranquilo desafío. Al menos en apariencia, dado que el corazón le latía a toda velocidad. Se sentía extrañamente excitada por el hecho de abandonar por fin su actitud obediente y sumisa. Parecía que la arrogancia a gran escala de Zac Adamos había sido el catalizador que había necesitado para rebelarse. Ironías del destino.

—Sí, a que haga la maleta —le explicó él mirando con impaciencia el reloj. —Tendrá tiempo de conocer a la niñera antes de que ella termine de trabajar esta noche. Después, nos marcharemos mañana por la mañana. Arthur irá antes.

Rose había abierto los ojos de par en par. No sabía quién era Arthur ni le importaba. No eran tanto los preparativos sino el momento de hacerlos lo que la había dejado sin palabras.

—¿Mañana? ¿Ahora? Yo había pensado que todo esto iba a ocurrir…

No pudo completar la frase. Con un gesto de la mano, quiso indicar que el viaje en cuestión ocurriría en el futuro, como pronto la semana siguiente.

—¿Acaso es un problema? —le espetó él.

—N-no… Bueno, en realidad sí. Todo esto está ocurriendo demasiado deprisa para mí. Yo… yo no puedo marcharme tan pronto —comentó mientras se mordía el labio inferior.

—Ya hemos establecido que no tiene a nadie dependiente. ¿Acaso hay un novio que no puede soportar tener que dejarla marchar? ¿Un gato…? —añadió con expresión insultante.

—Me gustan los gatos, pero no. Además, en realidad, mi vida personal no es asunto suyo.

Rose tuvo que contener una carcajada. Zac Adamos no se habría quedado tan atónito ni siquiera si un gato se hubiera dirigido a él y le hubiera mandado a paseo. La sensación de diversión no trató en evaporarse, dado que la vida personal que ella estaba salvaguardando tan fieramente era poco más o menos una hoja en blanco. Decidió dejar ese pensamiento tan deprimente para otro momento.

—Mire, comprendo que todo esto es muy repentino —admitió, como si aquella concesión le doliera.

«Pero qué he hecho», pensó Rose. El pánico se enfrentó al resentimiento en el interior de su cabeza, que le había empezado a doler de

nuevo por el volumen de los sentimientos que había dentro de ella. Recordó que su cuenta corriente se acercaría peligrosamente a los números rojos cuando pagara la factura de la electricidad. El dinero que él le había ofrecido, a pesar de haber quedado en la mitad, resolvería todos sus problemas.

—Pero la situación es urgente —dijo él con gesto sombrío.

Aquellas palabras hicieron que su gesto desafiante se desvaneciera y se sintió avergonzada por haberse olvidado de la razón de su viaje a Grecia. Había un niño huérfano por medio.

—Necesito tiempo para pensar…

—¿Y qué es lo que necesita pensar?

Por primera vez, Rose se percató del acento griego que había en su profunda y vibrante voz.

¿Hablaría en griego mientras hacía el amor?

Aquella pregunta surgió de la nada. Sintió que las mejillas se le sonrojaban.

Notó que Zac Adamos estaba impaciente, pero no fue la necesidad de aplacarlo lo que la empujó a contestar que no necesitaba pensar en nada. Fue más bien la necesidad que sentía de demostrar que podía salir de su zona de confort.

Zac realizó una inclinación de cabeza y esperó a que Rose volviera a entrar en el despacho y se despidiera de su amiga.

Aquella cortesía se desvaneció en cuanto volvieron a salir al pasillo. No se paró a pensar en ningún momento que las grandes zancadas que él daba al andar la obligaban a ella a apretar el paso. Rose prácticamente tenía que trotar para poder mantenerse a su lado mientras salían de la guardería y se metían en un ascensor que los llevaba directamente al aparcamiento subterráneo. Entonces, entraron en una zona que estaba reservada para las personas que conducían los coches más lujosos.

Las luces del más lujoso de todos se encendieron cuando se acercaron. Zac abrió la puerta del copiloto y se dispuso a rodear el vehículo con la intención de dirigirse a la del conductor. Antes de que pudiera hacerlo, Rose captó de soslayo que había dos hombres de pie junto a un vehículo. Reconoció a uno de ellos. Era el contable que la había ignorado la semana anterior después de una cita desastrosa.

Como si fuera a cámara lenta, vio que él giraba la cabeza. Sin pararse a pensar, se agachó junto al coche.

—¿Quiere que me arrodille a su lado?

Rose lo odió en aquel instante. Lo odió por ser testigo directo de su humillación. Por disfrutarla.

—Supongo que ese es el baboso…

La situación de Rose acababa de empeorar. Ya no podía seguir fingiendo que Zac Adamos no había escuchado toda la conversación.

—Pues viene hacia aquí —observó Zac.

—¡Dios!

—¿Cuál es el problema? Cualquiera que la vea arrodillada a mis pies, es muy probable que malinterprete la escena, ¿no le parece?

Rose sintió que le ardían las mejillas y se puso de pie tan rápidamente que se habría caído al suelo si Zac no la hubiera sujetado por los codos. Prácticamente no había espacio entre ellos, por lo que ella trató de dar un rápido paso atrás. No lo consiguió porque él no la soltó. Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. La experiencia la dejó sin aliento. Las luces del aparcamiento reflejándose en aquella mirada oscura produjeron en ella un efecto hipnótico.

—Gracias. Ya puedo sola.

Tenía que enfrentarse a la situación. ¿Quién sabía? Tal vez pudiera salir de ella con un poco de dignidad.

No era muy probable. No le había contado a Jac que, después de la cena, antes de que Andy comenzara a ignorarla, él la había arrinconado y le había sugerido un trío con otros invitados de la fiesta. Con un hombre que Andy había afirmado que estaba totalmente fuera de su alcance y a quien le había gustado su estilo. Se lo había dicho como si fuera un cumplido y no un insulto. Rose había sentido unos enormes deseos de abofetearle, pero, en vez de hacerlo, había tratado de responderle, pero había empezado a tartamudear. Esta reacción había provocado que Andy soltara una carcajada y se alejara de ella tras decirle que se olvidara de lo que le había propuesto.

—No, creo que no. Esto me corresponde a mí. ¿Quieres ver cómo se da de patadas por no darse cuenta de lo que tenía? ¿Quieres que se sienta pequeño e insignificante?

En realidad, después de que Zac pronunciara aquellas palabras, Rose se dio cuenta de que era eso precisamente lo que deseaba. Sin embargo, no parecía que fuera a ocurrir.

—¡Dios!

La angustia que sentía se acrecentó al escuchar que Andy la llamaba por su nombre. Lo miró horrorizada. Ojalá estuviera ya en Grecia. ¡Sería capaz de mudarse a Alaska para escapar de los rumores!

—¿Es eso un sí?

—No, es…

Suspiró y asintió.

—Adelante entonces.

Rose abrió los ojos de par en par cuando se dio cuenta de que Zac le había rodeado la cintura con una mano. Con la otra, le cubrió la mejilla y la obligó a inclinar el rostro hacia él. Entonces, observó su rostro durante un instante antes de centrarse en los labios. Rose contempló cómo se acercaba. Su imagen se fue haciendo cada vez más borrosa antes de que los labios de Zac quedaran a un suspiro de los de ella. Sintió que los párpados se le volvían pesados, tanto que no podía mantenerlos abiertos. El corazón le latía con fuerza.

Zac le soltó la cintura para acariciarle el labio inferior con la yema del pulgar. Entonces, inclinó la cabeza y apretó aquella misma zona entre los dientes. Enseguida, comenzó a deslizar los labios suavemente sobre los de ella, haciendo que todo su cuerpo temblara de la cabeza a los pies.

Cuando él comenzó a profundizar el beso, se dejó llevar. Le agarró de las solapas de la americana para ponerse de puntillas. Sus sentido absorbían por completo la calidez y la firmeza de su cuerpo. Las llamas comenzaron a abrasar todo pensamiento racional y a silenciar su conciencia. Un profundo y oscuro sentimiento de excitación explotó en su cerebro cuando empezó a devolverle el beso.

Todo terminó de repente. Él la soltó y asintió por encima de su hombro.

Rose volvió a apoyar el pie por completo sobre el suelo y palideció, aunque un instante más tarde, le ardían las mejillas. Estaba temblando y el pulso le latía entre las piernas. Sentía un agradable hormigueo en los senos, justo en el lugar en el que estos habían estado en contacto con el tórax de Zac. Con una gran fuerza de voluntad, resistió el impulso de tocarse los

labios. Los ecos de la intimidad compartida reverberaban en el interior de su cabeza.

Por si todo esto fuera poco motivo de mortificación, Zac, que se estaba ajustando los puños de la camisa, no parecía estar sufriendo efecto alguno.

—¿Po-por qué?

Aquella pregunta cubría todas las que no dejaban de dar vueltas en su cabeza. ¿Por qué la había besado Zac, por qué le había devuelto ella el beso, por qué le había gustado…? Incluso en el estado en el que se encontraba, algunas de las respuestas eran evidentes. Ella no era ninguna experta, pero parecía evidente poder afirmar sin temor a equivocarse que Zac besaba muy bien.

Aquel tartamudeo le resultó a él muy atractivo. Con los labios engrosados por el beso y los ojos brillantes, Rose tenía un aspecto…

En realidad, no importaba el aspecto que ella tuviera. Se recordó que ella era la cuñada de Marco y que, por lo tanto, le estaba absolutamente vedada.

Había visto una oportunidad y… Bueno, lo que había visto en realidad era la boca de Rose, la humillación de la que ella había tratado de desprenderse y el hombre que se la había provocado.

Le habría gustado tumbar a aquel tipo allí mismo, pero eso no era opción en el mundo civilizado. Por lo tanto, se había decantado por la segunda opción: darle a probar a aquel patán su propia medicina.

Él consideraba que sabía juzgar bastante bien a las personas, había calado a aquel tipo con tan solo una mirada. Y en realidad era un idiota pretencioso que se creía más importante de lo que era. Además, cuando había oído cómo su víctima se reía sobre la humillante experiencia que había sufrido con él, había comprendido perfectamente lo que significaba poner buena cara a las adversidades.

Por otro lado, había visto la oportunidad de satisfacer su curiosidad, lo que era mucho menos noble. ¿Estaba en lo cierto al sospechar que en Rose había una chispeante sensualidad que estaba esperando a cobrar vida?

Por fin lo sabía. Esto suponía un castigo en sí mismo para él, porque el beso había sido tal y como había esperado. Desgraciadamente, no podía conducir a ninguna parte. No pensaba permitirlo. Había perdido a un amigo y no pensaba perder otro. Marco solo daría su aprobación a un santo para su cuñada y Zac no lo era.

—Creo que… como se llame tu novio se está dando cuenta de lo que se ha perdido. Eso es lo que querías, ¿verdad?

Zac, por otro lado, se había dado cuenta de lo que él no podía tener. El sentimiento le dolía, como si tuviera un nervio al aire libre, pero solo él era el culpable. A juzgar por el modo en el que había reaccionado hacia el hombre que había humillado a Rose, el ardor que sentía en su interior no iba a apagarse en un futuro cercano.

—Trabaja para ti y no es mi novio —dijo ella. Se había estado preguntando si Zac había escuchado toda la conversación y por fin lo sabía. —Le va a contar a todo el mundo lo que ha visto y, mañana a estas horas, lo sabrán todos. Van a pensar que… Pero eso era lo que querías, ¿verdad?

—Estás haciendo algo muy grande de un simple beso —replicó él. No estaba dispuesto a admitir que había roto una de sus reglas principales. Resultaba difícil asumir que se había dejado llevar por la clase de comportamiento que él mismo habría condenado en otra persona. Las relaciones personales en el trabajo nunca terminaban bien.

A pesar de los muchos ejemplos que demostraban que la regla no era cierta, Zac se aferró a su creencia.

—Créeme si te digo que, cuando regreses a tu trabajo, esta noticia será agua pasada. Te lo prometo —añadió. —No tengo ni idea de por qué te molesta tanto lo que piense ese tipo, a menos que estés esperando retomar la relación donde la dejasteis.

Rose lanzó un bufido de desaprobación.

—¡No estoy tan desesperada!

—Me alegra saber que conoces tu propia valía.

Rose lo miró, esperando ver un gesto sarcástico o pagado de sí mismo en su rostro, pero no fue así. Parecía… intenso.

—Y ahora —añadió, —tu contable lo sabe también. El castigo se corresponde perfectamente con su delito. Está humillado. Te aseguro que, en la cadena de las relaciones con mujeres, yo ocupo un lugar mucho más alto que ese contable. Es un comentario superficial por mi parte, pero cierto —añadió antes de que ella pudiera realizar algún comentario al respecto. —Me puedes dar las gracias en otro momento. Me alegra saber que no eres tan santita. La venganza puede saber muy dulce, ¿verdad?

«Y tú también», pensó Rose sin poder evitarlo. Aún notaba su sabor en los labios. Él la había besado para darle a Andy una lección, pero Rose había aprendido también una muy importante, sobre todo para su supervivencia. Zac Adamos no le resultaba en absoluto indiferente y besarlo de verdad podría resultar muy peligroso para ella.

—¿Quieres que lo despida?

Rose parpadeó.

—¿Cómo has dicho?

—Que si quieres que lo despida.

—No puedes hacer eso.

—Creo que sí puedo. Si te refieres al tema legal, no te preocupes. Estoy seguro de que ha cometido alguna ilegalidad en algún momento. La mayor parte de la gente lo ha hecho.

—¡Yo no! —exclamó ella inmediatamente. —No deberías juzgar por cómo tú eres… —añadió. Entonces, se mostró horrorizada por lo que acababa de decir. —He hablado en voz alta, ¿verdad?

—Sí, pero tranquila. Para que conste, yo no juzgo a las personas por como yo soy. La mayoría de la gente tiene escrúpulos —añadió. Observó el rostro de Rose, que lo miraba totalmente escandalizada y con desaprobación—. Eso me da ventaja.

Rose seguía frunciendo los labios con desaprobación después de montarse en el deportivo de Zac.

Tras un largo silencio, él se giró para mirarla.

—¿Dónde vives?

—¡Lo siento!

Le dio la dirección, esperando que Zac le pidiera indicaciones sobre cómo llegar hasta allí dado que el humilde barrio no sería uno de los lugares que solía frecuentar, pero él se limitó a asentir.

—Siento que esté un poco apartado —añadió con voz seca.

Se incorporaron al tráfico. En aquellos momentos había mucho atasco, por lo que tardaron más de lo esperado en llegar. Cuando por fin se detuvieron frente al edificio en el que ella vivía, Rose cerró los ojos mientras Zac aparcaba en un minúsculo espacio justo a la puerta del aburrido edificio de ladrillo de tres plantas.

—No tardo nada —prometió.

Zac observó cómo ella se peleaba con el cinturón de seguridad durante un instante antes de inclinarse hacia ella para apretar el botón. Durante unos segundos, el fuerte brazo la confinó al asiento. En realidad, estaba tan cerca de Rose que ella podía sentir su aliento sobre la mejilla. Los ojos de Zac se centraron en los labios de ella después de recorrerle lentamente el rostro.

Rose entrecerró los párpados. Cuando logró recuperar el aliento, lo hizo débilmente. Le pareció haber visto el deseo reflejado en aquellos ojos oscuros como la noche. De repente, Zac cerró los ojos y regresó a su propio asiento. Se apoyó sobre el reposacabezas y suspiró antes de girarse de nuevo hacia ella para mirarla.

—¿No me vas a invitar a entrar? —le preguntó. No podía dejar pasar la oportunidad de ver dónde vivía ella. Marco no esperaría menos.

—No. Iré más rápido sin compañía.

—Tenemos tiempo.

Ella lanzó un bufido de incredulidad.

—¿Desde cuándo?

—Aún no he conocido a una mujer que pueda hacer la maleta rápidamente.

Rose salió del coche y se dio la vuelta para mirarlo.

—Pues ya la conoces. Yo.

Rose echó a andar y apretó los dientes cuando oyó los pasos de Zac a sus espaldas. Se sintió molesta, pero no sorprendida. Podría haberle preguntado qué parte de lo que ella había dicho no había comprendido, pero sería una pérdida de tiempo.

—No necesito ayuda ni vigilancia —dijo mientras empujaba la puerta para entrar al portal. —El ascensor no funciona —añadió sin mirarlo. Entonces, empezó a subir las escaleras.

Resultaba tan evidente que ella no quería que Zac viera dónde vivía que había conseguido despertar el interés que él sentía. ¿Acaso estaba ocultando algo? ¿Un amante secreto, tal vez?

Aquel pensamiento le dejó un regusto amargo, pero aún sentía el dulce sabor de ella en sus labios… Apartó ese pensamiento, pero con la suficiente rapidez como para evitar que un agradable calor le caldeara la entrepierna. Esto hizo que le resultara difícil asegurarse que no le importaba cuántos amantes hubiera tenido ella, secretos o no. No estaba

allí para juzgarla, sino para observar y presentarle los hechos a Marco. Sería él quien debería someterla a juicio.

Rose estaba sin aliento cuando llegaron por fin a la puerta de su apartamento. Él, por supuesto, no.

—Puedes esperar aquí —le dijo mientras abría la puerta.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Rose se dio la vuelta con exasperación mientras él daba un paso al frente. La exasperación no tardó en convertirse en pánico. El corazón se le aceleró. Echó la cabeza hacia atrás y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Entonces, se apartó y permitió que él entrara un poco más en su casa.

—¿Cuántos dormitorios tienes?

—Este es el dormitorio, el salón y la cocina —replicó ella a la defensiva.

—No hay cama.

Rose se sonrojó y se dirigió hacia el armario. No le importaba seguir siendo virgen, pero no quería publicarlo a los cuatro vientos sonrojándose cada vez que un hombre mencionaba la palabra «cama».

Bueno, en realidad tal vez sí le importaba. Su inexperiencia había terminado por convertirse en un peso. ¿Cuándo era el momento adecuado para superar esa inexperiencia? Esperaba poder reconocerlo cuando llegara el momento.

Por supuesto, para que eso llegara a ocurrir, necesitaba tener un primer amante. Sin embargo, podía esperar. La clase de relación profunda y real que ella quería no ocurría de la noche a la mañana.

—Esto es una cama —dijo fingiendo tranquilidad—. Se saca del armario. Solo tengo que mover la mesa. Bueno —añadió algo molesta, —¿quieres que te muestre cómo vive la otra mitad del mundo o prefieres que haga la maleta?

—Es muy… práctico.

Fue el único adjetivo positivo que se le ocurrió para describir el minúsculo apartamento. No estaba muy seguro de saber lo que aquellas paredes blancas y los muebles claros decían sobre ella. Todos sus efectos personales parecían estar ocultos, a excepción de los libros, que rebosaban en las pequeñas estanterías. No estaba seguro de lo interesado que Marco

pudiera estar en el hecho de que prefiriera los libros de misterio y de cocina.

Rose le dedicó una mirada de desaprobación. ¿Estaba Zac siendo sarcástico? Decidió darle el beneficio de la duda.

—Estaba amueblado ya y mi casero no me permitió pintar. Sin embargo, está bien situado y dentro de lo que yo puedo pagar. Además, no tengo habitación de invitados, con lo que mi padre no puede alojarse aquí.

Rose abrió los ojos al darse cuenta de lo que había dicho. Aquella era una de las razones por las que su padre la consideraba un peligro social. Ella había estropeado algunos de sus chanchullos diciendo la verdad en un momento inoportuno.

—Me gusta tener mi propio espacio y, con mi sueldo, la alternativa sería compartir piso. Soy demasiado mayor para eso.

—Sí, sí, ya lo veo —comentó él mientras miraba su joven y suave rostro. Sin embargo, la broma dejó de serlo muy pronto cuando se imaginó mucho más… tocando piel que quedaba oculta en aquellos momentos. Tuvo que respirar profundamente cuando sintió que la temperatura de su cuerpo subía peligrosamente.

—A mí me pasa lo mismo —dijo cuando notó que a ella le resultaba imposible mirarlo y apartaba el rostro. —Las familias pueden ser una pesadez total —añadió, recordando la razón por la que estaba allí.

—¿Me permites? —le preguntó ella. —Tengo que ir al…

Zac se apartó para permitirle entrar en el pequeño cuarto de baño. Instantes más tarde, ella salió con una bolsa de aseo y se dirigió hacia el armario. Allí, se puso de puntillas para llegar a lo más alto. Tuvo que estirarse mucho, lo que le permitió a Zac observarle muy bien el firme trasero. Cuando ella se estiró un poco más, tuvo que contener un gruñido. Parecía que Rose quería torturarlo con sus movimientos. Ninguna mujer con su aspecto podía ignorar el poder de su cuerpo.

—Termino enseguida —dijo ella. —Un minuto.

En realidad, fueron cinco.

—Estoy muy impresionado, pero parece que se te ha olvidado el equipaje.

—No —replicó ella mientras señalaba la pequeña bolsa de viaje que llevaba en la mano.

—Una mujer que viaja ligero. Sí que estoy impresionado.

Rose aceptó el cumplido, aunque en realidad sentía que no lo merecía. Su guardarropa era, por pura necesidad, muy limitado. Si hubiera querido llevarse todo lo que tenía, habría podido meterlo en una maleta.

—Cuando yo era niña, nos mudábamos mucho. Me acostumbré a hacer la maleta muy rápido —dijo. En ocasiones a oscuras, cuando se mudaban de noche antes de que el casero fuera a pedirles el alquiler.

—Estás acostumbrada a viajar entonces.

—No. Mi padre era el que viajaba. Yo me quedaba en casa.

—¿Con familia o amigos? —insistió él.

—No era una niña —contestó Rose, aunque en realidad sí que lo era.

—Parece que tu padre tenía un trabajo muy importante.

—Bueno… es un hombre de muchos recursos —comentó Rose bajando la mirada. —Creo que voy a tener que comprarme un traje de baño.

Zac reconoció el hábil cambio de tema y lo incómoda que ella parecía sentirse cuando hablaban de su padre. Asintió, preguntándose si ella temía incriminarse o era más bien porque se avergonzaba de él.

—¿Nadas bien?

Rose esperó a que Zac saliera del estudio antes de hacerlo ella también y cerrar la puerta.

—No. Me gusta quedarme donde no me cubre.

—¿Te da miedo el agua?

—No. Solo ahogarme.

—En ese caso, deberías aprender a nadar —dijo Zac mientras bajaban la escalera.

—Di clases una vez —recordó. Su padre la había arrojado a la piscina, justo por donde más cubría.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Zac, sintiendo por su respuesta que había algo más en aquella historia.

Rose salió del portal y se dirigió junto a Zac hacia el lujoso descapotable.

—Digamos que no floté —contestó Rose por fin, justo antes de tomar asiento en el interior del coche. —Sin embargo, me gustan las playas

—añadió cuando Zac se puso tras el volante. —Durante mi tiempo libre, si el mar no está muy lejos… Sé que no estoy de vacaciones, pero…

Zac apretó los dientes al visualizar toda clase de imágenes provocadoras que instigaron una corriente de testosterona que recorrió todo su cuerpo. Durante unos segundos, sus instintos más primarios se hicieron los dueños de su cuerpo, mientras la imaginaba saltando las olas, esbelta y mojada. Tomó el teléfono para intentar no seguir pensando en las imágenes que ella le había evocado con su inocente comentario.

Por suerte, la pregunta de Rose lo ayudó a salir de aquel trance.

—¿Está lejos?

Rose esperó a que él le contestara, pero no fue así. Dejó escapar un suspiro. Zac aún no había arrancado el coche y seguía mirando con intensidad su teléfono móvil.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 6*

EL trayecto duró solo quince minutos, pero parecía estar a miles de kilómetros de distancia del minúsculo estudio de Rose. Por supuesto, ella conocía perfectamente el icónico edificio. Resultaba imposible no reconocerlo en la silueta de la ciudad. Rose se había preguntado en ocasiones sobre las personas que vivían allí. Por fin sabía quién era uno de ellos.

Por supuesto, Zac vivía en el ático. A Rose no le gustaban demasiado las alturas.

—Ya puedes abrir los ojos.

Ella frunció el ceño al escuchar la sorna que había en la voz de Zac, pero no respondió hasta que hubo salido del ascensor.

—Exterior y de cristal. No me gustan las alturas…

—Caprichos del arquitecto…

En cuanto miró a su alrededor, Rose se dio cuenta de que el ascensor los había depositado directamente en el ático de Zac. Estaban en el vestíbulo, que le pareció muy grande hasta que entraron en el salón.

—Este es Arthur.

El hombre que les había abierto la puerta parecía casi tan fuera de lugar en el esplendor minimalista de aquel enorme salón como la propia Rose. El veredicto sobre aquella estancia era sencillo. Resultaba impresionante, pero no acogedora.

—Hola —le dijo a Arthur. A pesar del rostro duro del mayordomo, sintió que los dos se iban a llevar bien.

—Arthur es la persona que puede responder todas tus preguntas, a menos que tengan que ver con el bebé. En ese caso, tú eres la experta.

Arthur intercambió una mirada con Rose mientras Zac desaparecía.

—Por aquí, señorita.

—Rose —le dijo ella. Echó a andar detrás de él, cargada aún con su bolsa de viaje y el dolor de cabeza, que afortunadamente seguía aún dentro de los límites de lo tolerable.

Tal vez si se relajaba un poco, desaparecería.

—¿Quiere que le lleve su equipaje?

Rose permitió que Arthur se hiciera cargo de su equipaje y le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias.

—Le he preparado esta habitación.

Arthur abrió una puerta. El dormitorio que estaba al otro lado era digno de un hotel de cinco estrellas. Colocó la bolsa sobre el suelo, junto a una enorme cama.

—¿Le gustaría asearse un poco o…?

—No. Me gustaría conocer al bebé.

Arthur asintió y esperó a que ella saliera del dormitorio para seguirla.

—La habitación del bebé está por aquí. La niñera tiene la habitación de al lado, pero si deja la puerta de la suya abierta podrá oírlo igualmente. Además, la habitación tiene el sonido accesible por Bluetooth.

Rose vio algo en la expresión de Arthur que le hizo sonreír.

—¿Tiene buenos pulmones?

—He oído Harriers que hacen menos ruido. Prefiero una zona bélica tranquila mucho más que esa habitación.

—¿Aviones de combate, los de despegue vertical? —le preguntó Rose. Entonces, lo miró con curiosidad. —¿Fuerza Aérea? —añadió. Seguramente, Arthur tenía aspecto de ser militar.

—Marina.

Rose sonrió y deseó que su relación pudiera ser igual de fluida con Zac.

—Perdón.

—Janet accedió a quedarse hasta que usted llegara. Yo la llevaré al aeropuerto cuando me marche.

—¿Se marcha usted?

Rose respiró profundamente. Eso significaría… Sintió que el corazón traidor se le aceleraba y trató de ignorar la ilícita sensación que experimentó en el vientre.

Recordó que no estaba sola. Tenía un bebé del que ocuparse y que, por lo que sabía de Zac, o más bien del señor Adamos, él había decidido que la suya sería una relación totalmente formal y profesional. Además, podría ser también que él no fuera a pasar solo la noche. Podría aparecer una modelo escasamente vestida en cualquier momento.

De una cosa sí que estaba segura. No estarían a solas los dos juntos.

—Me marcho a Grecia para asegurarme de que todo está listo.

—¿Es usted una especie de mayordomo entonces?

—Bueno, se podría decir que sí. Mis ocupaciones son múltiples. Para los excombatientes, resulta difícil adaptarse a la vida civil. Yo he tenido suerte. Llevo trabajando para Zac desde que me dieron la invalidez. Trastorno por estrés postraumático —añadió. —Lo conocí en el centro de día que la Fundación Adamos tiene para los excombatientes. Se produjo un ligero contratiempo entre un par de tíos, que yo…pude solucionar.

Arthur no explicó cómo lo había resuelto, pero Rose asumió que el hecho de verse respaldado por músculo ayudaba a los poderes de persuasión diplomática.

—Zac me dijo que le vendría bien alguien como yo y resultó que tenía razón. Esta es la habitación del bebé —comentó mientras abría una puerta. Entraron en una habitación que tenía una iluminación suave. Rose se acercó a la cuna. —La dejo con el bebé. Dígale a Janet que la estaré esperando cuando esté lista.

—Es precioso… —susurró Rose mientras observaba al bebé. Tenía unos suaves rizos oscuros en la cabeza. Las pestañas, también oscuras, parecían abanicos sobre las sonrojadas mejillas del bebé. —Hola, Declan.

—No tiene que susurrar —le dijo una voz femenina, con fuerte acento escocés, en un tono normal. —No se va a despertar. Sé que no debería decirlo, pero está profundamente dormido. El pobre ha tenido unos días muy malos con los cólicos, pero parece que ahora está mejor. Usted debe de ser Rose. Yo soy Janet. ¿Le importa si se lo explico todo inmediatamente? Mi madre se ha caído y se ha roto una cadera. La van a operar dentro de unas horas y quiero estar allí cuando se despierte de la anestesia.

—Por supuesto. Siento mucho lo de su madre.

Janet se lo explicó todo rápidamente. También le pidió a Rose una dirección de correo electrónico para enviarle algunas notas que le había preparado, algo que Rose aceptó con gratitud.

—He estado tratando de establecer una rutina, pero, básicamente, he ido un poco a tientas hasta que el pobre se ha adaptado a los cambios, pobrecito. Ya sabe la historia.

—Sí, más o menos.

—Menuda manera de empezar la vida.

El último lugar que visitaron fue la cocina. Estaba muy limpia y contaba con electrodomésticos de alta tecnología. Janet le enseñó a Rose dónde estaba la leche y le explicó, mientras abría la puerta del enorme frigorífico, que Arthur era el que cocinaba.

—Yo he estado de lo más consentida, pero le ha dejado algo a usted para que lo meta en el microondas. ¿Solo va a estar aquí una noche?

—Sí, creo que sí. Y el señor Adamos… ¿come usted con él?

—No, no —respondió Janet riendo. —Casi nunca ve al bebé y mucho menos a mí. Suele cenar fuera la mayor parte de las noches. Trata esta casa como si fuera un hotel, aunque con usted…

Rose se sintió muy avergonzada por la especulación que vio en la mirada de Janet y se encogió casualmente de hombros.

—No creo que me vayan a confundir con una de sus novias, ¿no le parece? Dudo que lo vea más de lo que lo ha visto usted.

«Al menos eso espero», pensó mientras cruzaba los dedos dentro del bolsillo.

—Lo siento —dijo Janet, —pero es una chica muy guapa.

—Bueno, no conozco mucho a Zac Adamos.

Aunque el beso que se habían dado parecía decir todo lo contrario.

—Dudo que eso vaya a cambiar —respondió Janet. Su actitud había cambiado después de que Rose se posicionara como una empleada y no como una novia. —Yo apenas he intercambiado dos palabras con él. No ha estado ni una sola vez en la habitación del bebé. Se comunica por medio de Arthur.

Rose permaneció impasible a pesar de que estaba pensando que el simple intercambio de dos palabras no había impedido que Janet emitiera un juicio sobre él.

—Las personas reaccionan a la pérdida de una forma muy diferente.

Tal vez aquella era la manera que él tenía de afrontar la pena, y esa manera podría ser cenando siempre en elegantes restaurantes con hermosas mujeres. ¿Quién era ella para juzgarlo?

Janet le dio la razón con un ligero gruñido.

—Tienes razón, lo sé. Es que mis amigas se emocionaron cuando conseguí el trabajo. Casi se sintieron celosas, pero yo les dije que la niñera nunca se queda con el hombre.

«Al menos no este hombre», pensó Rose. Sintió una oleada de simpatía hacia la otra mujer que, a pesar de que lo negaba, se había hecho ilusiones con su jefe.

Rose tenía sus propias ilusiones bajo control y tenía la intención de que así siguiera. Antes de aceptar una invitación a la cama de Zac Adamos, preferiría poner la mano sobre el fuego. A la larga sería menos doloroso. Al ver que no había imaginado su rostro ni había pensado en su magnetismo animal en los últimos cinco minutos, se sintió mucho más positiva.

Esperaba ver a Zac Adamos tan poco como su predecesora.

Rose recordó ese deseo cuando, más tarde, estaba totalmente sola. El apartamento era tan grande que habría resultado muy fácil olvidar que había nadie más allí. Desgraciadamente, esa otra persona era Zac Adamos y no resultaba muy fácil ignorarle.

Hasta aquel momento, no había tenido mucho tiempo para pensar. Había estado ocupada familiarizándose con los lugares en los que se guardaban todas las cosas del bebé y, tras pensarlo detenidamente, había llegado a la conclusión de que no merecía la pena deshacer su equipaje solo para una noche.

El dolor de cabeza que se había transformado en una ligera molestia pareció aumentar justo cuando el bebé se despertó. Suspiró y sintió que el dolor le atacaba las sienes. Los analgésicos tendrían que esperar.

Antes de marcharse, Arthur le había dicho a Zac que lo mantendría informado de todos los posibles problemas que encontrara cuando aterrizara, pero que no esperaba nada de importancia.

En ese sentido, Zac no tenía preocupación alguna. Sin embargo, mientras estaba sentado en la silenciosa biblioteca, le resultaba imposible

concentrarse. No había podido trabajar con el ruido del llanto del bebé, pero parecía que tampoco podía trabajar sin él. Menuda ironía.

Sentía curiosidad por saber cómo había calmado Rose al bebé, pero no tenía intención alguna de investigar. No veía motivo alguno para renunciar a su decisión de mantener las distancias con ella.

Miró de nuevo la pantalla del ordenador y se puso de pie impetuosamente. Cuando estaba a mitad de camino de la puerta, cambió de opinión y se dio la vuelta. Terminó frente al pequeño mueble bar en el que guardaba un coñac de muy buena calidad. «Demonios, la pelirroja o la paternidad me ha hecho aferrarme a la botella», pensó con gesto burlón mientras se servía una copa. Sin embargo, no la bebió. Se limitó a contemplar el licor, que le recordaba al color de los ojos de Rose.

Se dio cuenta de lo que estaba haciendo y, tras lanzar un bufido de desprecio hacia sí mismo, se lo bebió de un trago. En circunstancias normalmente, sería muy fácil remediar aquella situación. El sexo era un manera estupenda de aclararse la mente, pero no estaba disponible en aquellos momentos. Por lo tanto, lo mejor sería emborracharse por completo o, al menos, no quedarse totalmente sobrio.

Sin embargo, antes de que pudiera poner en práctica su plan, alguien llamó a la puerta.

No le sorprendió ver de quién se trataba, sino el aspecto tan enfermo que ella tenía.

—¡Theos! —exclamó al verla. —¡Tienes un aspecto terrible!

—Como he vomitado, estaré bien enseguida —dijo. Inmediatamente, se recriminó por haber compartido demasiada información. —Vi la luz por debajo de la puerta y… —añadió. Ella estaba viendo luces que recorrían de un lado a otro su campo de visión. —Lo… lo siento, pero si tuvieras analgésicos… Se me han olvidado los mío… Tengo una migraña —añadió mientras cerraba los ojos y se apretaba los dedos contra las sienes.

—¿Tienes un dolor de cabeza?

—¡No, tengo una migraña! —exclamó. Inmediatamente, tuvo que agarrarse la cabeza para aliviar el dolor que aquel grito le había provocado. —Tengo que volver junto al bebé. Tiene que comer. Por favor, ¿puedes apagar la luz? —añadió en tono de súplica mientras levantaba una mano para cubrirse los ojos.

Zac lanzó una maldición e hizo lo que ella le había pedido.

—Voy a llamar al médico.

—No… no… Solo necesito un…

Zac vio cómo ella se tambaleaba como un árbol al viento y se iba desmoronando como a cámara lenta. Zac la sujetó antes de que cayera al suelo.

—¿Me oyes? ¿Qué necesitas?

Rose notó que su rostro estaba apoyado contra el torso de Zac. Cerró los ojos con fuerza.

—Solo necesito un analgésico y un poco de oscuridad. Solo necesito cerrar los ojos un momento. Luego… luego podré ocuparme del bebé.

—Yo me ocuparé del bebé —dijo él. Sonaba más capaz de lo que realmente se sentía.

—Calla —le suplicó ella. Un fuerte dolor le impedía abrir los ojos. —No grites… —suplicó. Entonces, se apretó con fuerza contra el torso de Zac.

Asombrado por la reacción de Rose, Zac observó los vibrantes rizos rojizos cayéndole por el pecho. Ella dejó escapar un gemido que le provocó un profundo ataque de pánico. Entonces, algo parecido a la ternura se vio inmediatamente seguido por un profundo sentimiento de protección.

Rose quiso decir que estaría bien enseguida, pero solo consiguió murmurar entrecortadamente las palabras. Entonces, sin previo aviso, las rodillas se le doblaron y cedieron. Poco a poco, empezó a deslizarse hacia el suelo.

—Eh, eh… Ven aquí…

Rose dejó que las fuertes manos de Zac se encargaran de mantenerla de pie. Ella solo era capaz de sentir el dolor que le atenazaba la cabeza, como si fuera una banda que le ceñía la frente y por detrás de los ojos. Tampoco se dio cuenta de que Zac la tomaba en brazos y la llevaba a su dormitorio. Una vez allí, Zac apartó el edredón y la tumbó sobre la cama. Rose se acurrucó inmediatamente y se puso a temblar. Al verla, Zac experimentó una sensación de ternura que se negó a reconocer como tal, pero que parecía aferrarse con fuerza a su pecho, apretándolo… Rose parecía tan frágil…

Lanzó una maldición. Él no era su protector, sino tan solo el amigo de Marco.

—Lo siento… —susurró ella. Entonces, tras colocarse el antebrazo sobre los ojos, le indicó que echara las cortinas.

Sintió la oscuridad como una bendición. Rose odiaba sentirse vulnerable y pedir ayuda, pero no le quedó más remedio que tragarse su orgullo.

—Los zapatos…

Una parte de su cerebro sabía que ella no debería estar dándole órdenes, pero aquel pensamiento se desvaneció cuando el dolor la atacó de nuevo sin piedad.

Notó a duras penas que él le quitaba las deportivas y la chaqueta de punto. Un par de minutos más tarde, Zac la animó a tomar un poco de agua para tragarse los analgésicos que tanto le había costado encontrar.

—El niño… —murmuró ella. La idea de que Declan no estuviera atendido la hizo incorporarse de nuevo en la cama. Sabía perfectamente lo que era sentirse abandonada. Sentía que aquel era el vínculo que los unía. Lo había sabido desde el momento en el que vio al pequeño.

La respuesta de Zac resonó tranquilizadora y competente, algo que él no se había sentido cuando se obligó a entrar en la habitación del bebé. Esperaba que la próxima vez fuera más fácil.

—He ido a verlo y estaba dormido.

Zac se había sentido aliviado de que así fuera. Se había imaginado que el bebé lo observaría con gesto acusador y que sería capaz de ver que él no era el tutor que merecía. Tras contener el aliento, había examinado el rostro del niño y había tratado de encontrar parecido con sus padres sin conseguirlo. Entonces, sintió que algo se había liberado dentro de él. De repente, comprendió por qué los padres son capaces de dar la vida por sus hijos.

—Duerme tú también —añadió mientras la arropaba suavemente. Volvió a sentir en el pecho aquella sensación a la que no podía ponerle nombre. Le dolía.

Si su último chequeo no le hubiera confirmado que estaba muy en forma, podría haber descrito los síntomas que sentía cuando buscó en Internet lo que era una migraña. El volumen de información disponible era abrumador, una sensación que Zac no estaba acostumbrado a experimentar.

Parecía que había unas píldoras muy eficaces, a las que él no tenía acceso. Llamó a su médico, pero no obtuvo respuesta. Le saltó el

contestador, que proporcionaba un número alternativo por si se trataba de una emergencia. Zac se sintió totalmente frustrado y colgó.

—¿Te puedo traer algo más? —le preguntó.

Rose parecía tan enferma que resultaba difícil creer que aquello solo fuera un dolor de cabeza. Zac decidió que esperaría otros treinta minutos y, si ella no mejoraba, llamaría a una ambulancia. Se sentó en la cama, a escasos centímetros de su maravillosa y brillante melena.

—Distráeme un poco…

—¿Cómo? —le preguntó Zac. No quería acariciarle la cabeza por miedo a que le doliera más. Hacerle daño a una mujer, aunque fuera accidentalmente, era algo que todo su ser rechazaba.

—Háblame de algo agradable.

—No sé de qué te puedo hablar…

—De tu casa en Grecia. ¿Tu familia vivía allí?

¿Acaso se imaginaba que la riqueza de su linaje se remontaba generaciones y generaciones atrás? Kairos, el hombre al que consideraba su padre, era un hombre que se había hecho a sí mismo. No se mostraba sentimental ni se avergonzaba de sus humildes orígenes. La familia de su madre había llevado una existencia bohemia y sin dinero. A los dos les había parecido extraño cuando él decidió rehabilitar la mansión, que en el pasado había sido impresionante. ¿Para qué necesitaba una enorme casa en medio de ninguna parte? Recordaba que Kairos había bromeado sobre el hecho de que fuera a empezar una familia.

Zac no se lo había podido explicar. Ni siquiera había podido hacerlo consigo mismo. Simplemente, había sentido una conexión inmediata con aquel lugar y el deseo de devolverlo a la vida lo había consumido por completo.

Toda su familia había especulado sobre los motivos. Las explicaciones iban desde que Zac hubiera residido allí en una vida anterior o que, según Kairos, había visto que era una excelente inversión.

—En realidad, no es la casa familiar. Cuando la compré, estaba en estado ruinoso y nadie había vivido allí desde hacía muchos años.

—¿Tienes familia?

—Tengo madre, una madrastra noruega, cuatro padrastros y también tres medio hermanas y cuatro hermanastras —respondió. Se dio cuenta de

que le había dado a aquella mujer más información personal de la que había confiado antes a nadie.

—¿Tantos? ¿Puedo tomar prestado alguno?

Zac notó tanta tristeza en su voz que, a pesar de lo que le había ordenado Marco, le habría contado la verdad si no se hubiera quedado dormida.

Decidió regresar a la habitación del bebé. En aquella ocasión, le resultó más fácil entrar y acercarse para observarlo.

Declan no estaba dormido. Tenía los ojos abiertos de par en par. Zac no vio en ellos acusación alguna, solo confianza y tragó saliva. Eran los ojos de Liam.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 7*

CUANDO Rose se despertó, no supo dónde estaba. Entonces, de repente, lo fue recordando todo. Se incorporó rápidamente en la cama y comprobó que, aparte de una sensación de abotargamiento, el dolor había desaparecido.

Inmediatamente, se sintió profundamente avergonzada. El bebé era su responsabilidad y se la había pasado a Zac. Se levantó inmediatamente de la cama y, sin ponerse los zapatos, se dirigió corriendo hasta la habitación de Declan.

Vio que las cortinas aún estaban corridas, por lo que encendió la luz y se acercó inmediatamente a la cuna. Estaba vacía. Trató de mantener la calma y se dirigió corriendo hacia el salón. Al llegar allí, se detuvo en seco.

Zac Adamos estaba sentado en una butaca giratoria con el bebé sobre el torso. El biberón vacío sobre la mesita de café completaba la historia. Los dos estaban profundamente dormidos.

Rose tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. Los dos estaban muy monos de maneras muy diferentes. En realidad, Zac no estaba mono, sino increíblemente sexy con su cabello revuelto y la sombra de la barba. Dormido estaba tan relajado que parecía mucho más joven.

Fue acercándose a ellos mientras recogía los pañales que había sobre el suelo. Ya más cerca, resultaba evidente que Zac, el siempre elegante y perfecto Zac, estaba totalmente agotado. Tenía el cabello de punta y las mangas de la camisa enrolladas hasta el codo.

De repente, él abrió los ojos.

—Buenos días.

—Buenos días —replicó ella. Se sentía muy culpable y, de repente, ridículamente tímida. —Lo siento mucho. Ahora me encuentro mejor. No me ocurre con mucha frecuencia.

—Me alegra saberlo.

Zac la miró de arriba abajo, pero no reveló a la conclusión a la que había llegado. Probablemente, era demasiado cortés para decirle que estaba muy desaliñada. Hasta aquel momento, no había mostrado nunca mucha contención. Siempre había dado claramente su opinión.

Rose observó cómo se rebullía ligeramente mientras flexionaba ligeramente los dedos de la mano con la que estaba sujetando al bebé.

—Creo que se me ha dormido el brazo…

—Deja que lo tome en brazos…

Rose se inclinó y separó con mucho cuidado al bebé del pecho de Zac. Durante un instante, las miradas de ambos se cruzaron y el aire restalló con algo que ella se negó a reconocer.

Zac aspiró profundamente cuando ella se inclinó para tomar al bebé. Su cabello le rozó suavemente el rostro y, sin poder evitarlo, Zac pensó en cómo le rozaría el torso si Rose se sentaba a horcajadas encima de él. Se alegró de que el bebé estuviera allí para dar un poco de realidad a la situación.

Observó cómo ella se colocaba al bebé sobre el hombro, con la carita pegada a su cuello. Rose lo hacía parecer muy fácil, pero él sabía que en realidad no lo era.

—¿Has estado aquí toda la noche?

—Se quedó dormido y no quise correr el riesgo de que se despertara.

—¿Le has dado de comer?

—Sí. Diría que me ha resultado fácil…

—¿Cómo lo has conseguido?

—Bueno, en realidad llamé a mi madre, que me explicó el proceso con todo lujo de detalles, cuando se paró de reír, claro está —comentó él. Recordó la conversación que había tenido con su madre mientras trataba de enterarse de todos los detalles y de hacerse escuchar por encima del llanto del bebé.

A Rose le resultó tan difícil imaginarse la escena que se echó a reír. Entonces, se detuvo en seco al darse cuenta de que los acontecimientos de la noche anterior parecían haber hecho desaparecer las líneas que debían separar su relación como jefe y empleada, un proceso que había empezado cuando él la besó.

¿Acaso se estaba imaginando una intimidad que no existía?

—¿Es ella la que tiene cuatro maridos? —le preguntó antes de que pudiera contenerse.

—Bueno, en realidad, tiene uno solo cada vez y este parece que es el definitivo —observó Zac. El bebé había empezado a chuparle suavemente el cuello a Rose y la imagen le provocó una extraña sensación en el pecho. —Mi madre cree firmemente que, si no se consigue a la primera, hay que seguir intentándolo hasta tener éxito.

De repente, Rose pensó que, si la madre había sido quien le había dado los consejos para atender al bebé, sabría también que ella, la niñera, se había quedado dormida. ¿Cuánta influencia tendría sobre su hijo? ¿La suficiente para conseguir que él la despidiera? ¿Quién podía culparla? Tenía que reconocer que, hasta el momento, no se habría cubierto de gloria, pero no quería perder aquel trabajo ni la oportunidad de viajar a Grecia.

Por supuesto, no tenía nada que ver con el hombre que acababa de ponerse de pie como si fuera un maravilloso dios del sexo.

«Nada, nada que ver».

—No quería resultar… Tú me hablaste anoche sobre tu familia —comentó algo incómoda.

—Es verdad sí. En ocasiones, la realidad es más extraña que la ficción.

—En realidad, no recuerdo muy bien lo que pasó, pero sí que quiero darte las gracias. Siento mucho haberte supuesto tantos problemas.

Zac se acercó a ella un poco más, lo que colocó a Rose en una inmediata desventaja física dada la diferencia de estatura. Sintió que el corazón se le aceleraba. Declan se rebulló ligeramente cuando ella lo estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—Shh —susurró, rozándole suavemente la mejilla con los labios. La presencia del bebé era como un escudo de protección, tanto de la presencia abrumadora de su tutor como de los sentimientos que ella experimentaba cuando estaba cerca de él. Las dos posibilidades resultaban igualmente factibles.

Sintió que la boca se le secaba cuando sus miradas se cruzaron. El contacto pareció durar un segundo. Zac comenzó a frotarse una mano por la mandíbula, áspera ya por la incipiente barba, sin duda estaba pensando

solo en afeitarse y darse una ducha. Todo lo demás estaba en la cabeza de Rose, pero saberlo no impidió que entrara en estado de pánico.

—¿Se escandalizó tu madre? —le preguntó.

Seguramente así habría sido. Su hijo exigía mucho a sus empleados, ¿por qué iba a ser diferente su madre? Sin embargo, en aquella ocasión, estaba siendo sorprendentemente comprensivo a pesar de haberse pasado la noche en el sillón con Declan en brazos. Su reputación no era la de un hombre paciente y comprensivo.

—Escandalizada no, más bien… —dijo Zac. Recordó la ayuda que le había ofrecido su madre. «Será la primera vez, cariño». —Resulta difícil escandalizar a mi madre.

La última vez que la vio fue en el entierro, junto con el que llevaba diez años siendo su esposo. Guy había perdido bastante pelo y la diferencia de edad entre ellos era menos evidente. Guy solo era diez años mayor que Liam.

Rose observó cómo se esfumaba la sonrisa de Zac y, durante un instante, vio una serie de emociones que eran mucho más complejas. Sin embargo, antes de que ella pudiera interpretarlas, Zac las ocultó bajo el eficaz escudo de sus oscuras pestañas.

—Aún está muy afectada por la muerte de Liam y Emma. Liam estudiaba con una beca en mi internado. Como estaba con una familia de acogida, solía pasar las vacaciones con nosotros. Mi madre me decía que ojalá me pareciera más a él. Liam siempre fue mucho más cariñoso que yo. A mi madre no le gustan los finales tristes. En el mundo de mi madre, el amor siempre conduce a un final feliz, un buen ejemplo de optimismo considerando su trayectoria.

—¿Acaso ella no es…?

—Sí, es feliz. Mi madre cree profundamente en el poder del amor y apoya con firmeza la familia y el matrimonio. De hecho, cree tanto en ello que… Bueno, tengo tres medio hermanas.

—Lo sé… —susurró ella con una sonrisa. Entonces, se llevó una mano a la cabeza.

—¿Tienes aún el dolor de cabeza? —le preguntó él. Se había dado cuenta del gesto.

—No, estoy bien —dijo ella. —¿Fue tu padre su primer…?

Por la tensión que notó en el rostro de Zac, se dio cuenta de que había mencionado algo que no debía. Se sintió muy mal por ello, mucho más que antes.

—Lo siento mucho…

Zac la miró con curiosidad. La mayoría de la gente pronunciaba aquellas tres palabras sin que significaran demasiado, pero Rose parecía decirlas totalmente en serio. Zac se había visto interrogado sobre aquel punto de todas las maneras posibles. Con sorpresa, a traición, con halagos… Sin embargo, nunca había hablado de su padre biológico ni había revelado detalle alguno sobre él, ni siquiera que sabía de quién se trataba. Por lo que él sabía, solo su madre, Kairos y él sabían su verdadera identidad.

El padre biológico de Zac era todo lo que él nunca iba a ser, un matón débil y abusivo. Por eso, nunca iba a darle a su madre lo que quería casándose o teniendo hijos. ¿Por qué iba a arriesgarse a pasarles sus genes viciados a otra generación?

Aquella pelirroja había conseguido lo que ningún experimentado periodista. Sin presión ni intención alguna, había conseguido que Zac le diera información. Lo más irónico de todo aquello era que ella no sabía lo que había conseguido. De hecho, seguramente, aunque lo supiera, Zac estaba seguro de que no lo utilizaría nunca.

Tal vez estaba fingiendo, pero…

Zac estaba prácticamente seguro de que no era así. El informe que le proporcionaría a Marco sería breve y aburrido. Sin embargo, no era el momento de dejarse llevar por el instinto. Si se equivocaba, serían Marco y Kate los que sufrirían por ello.

No obstante, incluso en aquellos momento sería fácil para él decir que el caso estaba cerrado y contarle a Marco que Rose Hill era exactamente lo que uno veía: una mujer con el rostro de un ángel y los labios de una pecadora. Por supuesto, dejaría al margen la parte de que ella le calentaba la sangre como ninguna otra mujer que hubiera conocido.

La otra opción era que Rose fuera una magnífica actriz. Sin embargo, la migraña de la noche anterior la había despojado de todas sus defensas y la había dejado totalmente expuesta. Por ello, Zac nunca se había sentido tan protector. Solo llevaba a su lado unas horas, pero su instinto le decía que Rose era totalmente auténtica. Su instinto y otras partes de su anatomía…

—Eso es agua pasada. Mi madre se casó con Kairos, que es mi padrastro. Los dos me criaron juntos, pero él no es mi padre. Es uno de los secretos más compartidos del mundo.

—Te aseguro que yo no.

—Me alegra saber que mis secretos están a salvo contigo, Rose. Dijiste que el dolor de cabeza no ocurre con frecuencia.

—No. De verdad. No volverá a ocurrir. Resulta extraño que tenga una migraña tan fuerte como esa. Normalmente, las pillo a tiempo. Hay señales de advertencias. Halos de luz. Molestias visuales…

—Pero no siempre.

—Te aseguro que nunca he faltado a mi trabajo por ello.

Zac tuvo que contener el deseo de hacerle ver que él no estaba hablando como jefe, sino como alguien que se sentía preocupado por ella.

¿Y por qué no le hablaba como jefe?

—No tengo ninguna duda. Había oído hablar de las migrañas, pero no sabía que podrían resultar tan incapacitantes.

—Para muchas personas es aún peor —comentó ella. —No estoy segura de cuál es el horario que tenemos para hoy, pero podría ir a mi piso a recoger mi medicación, tan solo por prevenir. ¿Está de camino al aeropuerto?

—Nos podemos desviar sin problemas. Sería mucho peor que te volviera a ocurrir…

Había decidido representar el papel de jefe duro de nuevo, si eso era lo que Rose pensaba de él. Además, tampoco estaba tan lejos de la verdad. Zac era un buen jefe por razones prácticas, no por sentimiento. Las personas que estaban a gusto en sus lugares de trabajo eran mucho más productivas. Era totalmente lógico. Sin embargo, no lo era imaginarse abrazándola mientras ella dormía, acurrucándose contra su cuerpo, no de un modo sexual, a pesar de que Rose encendía fuegos dentro de él que Zac ni siquiera sabía que existían. La noche anterior había experimentado el deseo de reconfortarla, algo completamente ajeno a él.

Aquel pensamiento le hizo recordarse que él era la clase de hombre que se alejaba inmediatamente cuando sentía que una mujer mostraba signos de querer más de lo que él estaba dispuesto a dar.

Declan empezó a rebullirse en los brazos de Rose. Ella lo miró con una sonrisa en los labios. El bebé tenía los ojos muy apretados y se estaba metiendo el puño en la boca.

—Entonces, ¿sigo teniendo un empleo? —comentó ella, medio en broma.

—¿Acaso habías pensado lo contrario?

—Te ofreciste a despedir a Andy y… y tu reputación…

Rose se detuvo en seco y se sonrojó al darse cuenta de que había estado a punto de meter la pata.

—Te ruego que no te detengas. Lo que estabas a punto de decir me interesa. Me encantaría saber qué clase de reputación tengo.

—Está bien. Implacable. Aunque yo no he dicho que los creyera.

—¿Porque prefieres pensar lo mejor de la gente?

—Declan se está despertando. Tengo que darle de comer —dijo ella. Aprovechó para evitar el contacto visual y la pregunta. El pequeño Declan le había proporcionado la distracción perfecta a la tensión que parecía surgir entre ellos siempre que compartían un espacio. —Vamos, cielo. A comer —susurró mientras le acunaba suavemente entre los brazos. —¿A qué hora nos vamos a marchar?

—Cuando estés lista.

—En ese caso, iré tan rápido como pueda —prometió ella, decidida a compensarle por lo ocurrido la noche anterior.

Rose decidió que necesitaba mostrarle su valía. Llevaba gran parte de su vida cuidándose sola, pero, la noche anterior, otra persona había tenido que hacerlo por ella. Zac. ¿Sabría ella alguna vez lo que era tener a alguien a su lado cuando lo necesitaba, a alguien que quisiera que estuviera allí, a alguien que la protegiera, a alguien que compartiera lo bueno y lo malo, una familia?

—Puede que la cocina esté algo… desordenada. Tuve que ir buscando todas las cosas.

Aquel comentario dejó perpleja a Rose. Después de todo, era su cocina. Sin embargo, cuando entró en ella lo comprendió todo. La cocina distaba de estar algo desordenada. Parecía más bien que había explotado una bomba. Todos los armarios y los cajones estaban abiertos. Había objetos esparcidos por toda la superficie de la encimera.

Tras poner al niño en su mecedora, recogió todo lo que pudo mientras preparaba el biberón.

Zar realizó algunas llamadas y comprobó su correo electrónico. El hecho de que el viaje a Grecia fuera una decisión de última hora había supuesto que se tuvieran que hacer algunos cambios importantes en su agenda. Lo único que se había negado a cambiar había sido la cena con un directivo que llevaba en la fundación desde el nacimiento de esta y cuya dedicación había contribuido especialmente a su éxito. Charles se merecía mucho más.

Regresar en avión a Londres para el evento le había parecido la única solución realista, pero un miembro de su equipo le había sugerido medio en broma que trasladara el evento a Grecia. Todo el mundo podría viajar hasta allí y convertir la cena en un fin de semana.

A Zac le había gustado la idea y había empezado con los preparativos necesarios.

Después de pasar una hora en su despacho, salió y se vio rodeado por el silencio y por el aroma a café. Dio las gracias por esa paz y se dirigió a la ducha.

Apretó los ojos con fuerza mientras levantaba la cabeza para recibir los chorros de agua caliente en el rostro. Sintió que esta aliviaba un poco las contracturas que tenía en la espalda a causa de las horas que había estado sentado en el sillón para que Declan no se despertara.

Sin poder evitarlo, pensó en la relajada actitud que Rose tenía hacia el bebé. Dudaba que él pudiera sentirse nunca relajado. Dudaba… Apartó los pensamientos, pero las inseguridades persistieron. Al menos, el bebé no tenía su ADN. Solo tenía un tutor que dejaba mucho que desear. Nunca podría sustituir a Liam. De eso estaba seguro. La pérdida de su amigo era como una losa en su pecho. Zac estaba decidido a hacer todo lo posible, pero, por primera vez en su vida, las dudas lo atenazaban.

Deliberadamente, permitió que el rostro de Rose entrara en su pensamiento. Ella era su mayor problema, pero, a pesar de todo, le hubiera gustado disfrutarla. El hecho de que estuviera permitiendo que la posibilidad lo torturaba mostraba la verdadera magnitud del problema que Rose significaba para él.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 8*

GIRÓ el grifo hasta que el agua salió totalmente fría. Los gélidos chorros resolvieron su problema solo en parte. Deseaba algo que no podía tener. No era complicado. El control que siempre había dado por sentado estaba siendo desafiado solo porque él lo permitía. Se dijo que tenía que dejar de llevarse por las fantasías y cumplir la promesa que le había hecho a Marco, sacar a Rose Hill de su vida y reunirla para siempre con la familia que ella parecía desear tanto.

Cuando entró en la cocina, vio que Rose tenía al bebé sobre una cadera y le hablaba como si Declan pudiera comprenderla. Estaba tratando de desenredar las tiras de la hamaca del bebé y no se dio cuenta de la presencia de Zac hasta que vio su sombra encima de ella.

—¡Ay, Dios! —exclamó al verlo. —¿Me podrías echar una mano con esto? Está muy enredado.

Antes de que Zac comprendiera lo que ella quería, Rose se puso de pie y le entregó a Declan.

—¿Puedes tomarlo en brazos? Necesito usar las dos manos.

—¿Cómo…?

Rose observó mientras él miraba al bebé como si fuera una bomba.

—Eso es. Sujétale la cabeza. Ya lo has hecho antes… Eso es… Perfecto. Se te da fenomenal —mintió.

Rose pensó que Zac Adamos tenía un aspecto casi vulnerable. ¿Quién lo habría pensado?

—Puedes respirar —le dijo mientras se ponía de nuevo con su tarea.

Zac notó como el bebé lo miraba y le pareció que lo hacía con desilusión.

—No llora.

Rose se giró brevemente para mirarlo.

—No puedo reclamar el mérito. Janet me dijo que el pobrecito había tenido muchos cólicos. Ella lo pasó muy mal esos días, pero ahora Declan ya se encuentra mejor, ¿verdad, cielo? —comentó ella. Se acercó un poco al bebé y le sonrió.

Zac apretó la mandíbula al experimentar una reacción hormonal sobre la que no parecía tener ningún control. Permaneció totalmente rígido mientras ella tomaba al bebé.

—¿Janet? —repitió. La frustración y la irritación que sintió consigo mismo se reflejó en su profunda voz.

Rose pareció sorprendida por su reacción.

—Sí, Janet. Mi predecesora. Por cierto, la operación de su madre fue muy bien —añadió mientras le dedicaba una alegre sonrisa antes de girarse y colocar al bebé sobre la mecedora. Había hecho aquel último comentario como si esperara que fueran buenas noticias para él.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me envió un mensaje hace unos minutos.

—Parece que os habéis hecho muy amigas.

Rose se tensó. Tal vez Zac siempre estaba así de molesto por las mañanas o puede que se debiera al hecho de haberse pasado la noche anterior con un bebé en brazos cuando probablemente tendría otros planes.

Se giró para mirarlo, consciente de la tensión que había en la habitación. Tragó saliva y apartó inmediatamente la mirada. Entonces, se puso a limpiar la boquita del bebé con un trapo de muselina. Era mejor que afrontara los hecho. Si había tensión, no estaba en la estancia, sino en ella.

Se sentía atraída por él. Sabía que estaba siendo ridícula, pero le había resultado mucho más fácil cuando él se comportaba como el jefe frío y egoísta, con hielo en las venas. Algunas de las cosas que la gente decía sobre él tenían que ser ciertas.

Estaba tratando de aferrarse a la imagen que tenía de él como seductor implacable, lo que no le estaba resultando fácil después del modo en el que la había cuidado la noche anterior y aquella mañana ayudándola con el niño. Tenía que seguir aferrándose a la imagen que había tenido antes de él. Si no…

Se sintió ligeramente mareada cuando pensó en el modo en el que ella había besado. Debería haberse sentido asqueada y, sin embargo…

Prefería no pensar en lo que había sentido. Con un poco de suerte, todo desaparecería como si fuera su dolor de cabeza. No quería empeorar la situación quedando en ridículo por traicionar lo que tan solo era un despertar sexual tardío. Su orgullo no podría soportar aquel golpe.

—¿Tienes ya todo recogido?

—Sí. Está todo organizado. Janet se ocupó de organizar la mayor parte antes de que se marchara y yo anoche no deshice mi equipaje.

—Puedes recoger la medicación para tus migrañas cuando vayamos de camino al aeropuerto.

—Gracias. Dice que la hermana de su madre va a venir de Canadá.

Zac no comprendió la relevancia de aquella información hasta que se dio cuenta de que Rose había dado por sentado que la anterior niñera iba a regresar para cuidar de Declan cuando sus circunstancias personales hubieran cambiado. Zac decidió que no tenía razón alguna para corregirla.

—¿Has traído algo elegante?

Rose lo miró y arrugó la frente.

—No creí que me tuviera que arreglar para la cena. A Declan le parece bien que vaya informal —añadió, al darse cuenta de que él podría malinterpretar el sarcasmo.

—Pensaba que te podría apetecer salir a explorar en tu tiempo libre. Hay restaurantes muy bonitos para comer, pero no te preocupes. Podemos comprar lo que necesites cuando lleguemos allí. Puedes pedir lo que quieras. He hecho las gestiones necesarias para que puedas usar mis tarjetas.

Cuando a Zac se le ocurrió, le pareció una buena manera de poner a prueba su honradez por Marco.

¿En qué momento a lo largo de las últimas veinticuatro horas había dejado la idea de ser una prueba para Rose para convertirse simplemente en una conveniencia? No sabía en qué momento sus sospechas habían fallecido de muerte natural, pero, aunque Rose no tuviera nada que demostrarle a él, Marco sin duda se sentiría encantado cuando él pudiera mostrarle pruebas adicionales de su integridad.

A menos, por supuesto, que ella lo dejara limpio y se marchara del país…

Rose dejó de mirar a Declan para centrar toda su atención en Zac.

—Tengo todo lo que necesito —replicó. Su reacción divirtió mucho a Zac, dado que parecía que, en vez de ofrecerle su confianza, la había insultado. —Es decir, no necesito nada que no me pueda comprar con mi dinero —añadió. —Aunque Declan sí necesitará cosas, por lo que me será útil —comentó rápidamente, al darse cuenta de que él no se había ofrecido a renovarle todo el guardarropa. —¿Está la casa lejos de la ciudad más cercana?

—Aphrodita, mi mansión, está relativamente alejada. Está situada en medio de una gran finca, lo que garantiza la intimidad.

Rose asintió.

—¿No te dificultará la vida a ti ese aislamiento a la hora de convertir esa casa en tu lugar de residencia permanente?

—Bueno, hay Internet y tampoco voy a estar allí todos los días.

—Evidentemente —afirmó ella, aunque en realidad no lo había sido tanto. Se dijo que así sería mejor. Sin la presencia constante de Zac, podría relajarse y no tener que sentirse constantemente en tensión.

—Atenas está solo a treinta minutos en helicóptero y el vuelo a Londres tampoco es excesivamente largo.

Zac hablaba de viajar en helicóptero como solo los ricos podían hacerlo.

—Veo que has pensado en todo.

Rose tenía que admirar el compromiso que él tenía con el papel que le había tocado asumir y hasta dónde era capaz de llegar para cambiar su vida por el bebé. Sin embargo, para Rose, interactuar con Declan era mucho más importante que desarraigar su vida entera solo por el niño y, tal vez, terminar arrepintiéndose de dichos cambios.

Aunque en realidad, ¿qué sabía ella? Tal vez el momento era el idóneo para él y aquello no tenía solo que ver con el bebé. Tal vez una de sus bellísimas amantes le había robado por fin el corazón y él había decidido que había llegado el momento de un cambio de vida.

Se llevó la mano al estómago. Había experimentado una sensación que no le había costado identificar. Envidia.

No obstante, tenía que admitir que resultaba fácil prendarse de Zac Adamos, aunque seguramente vivir con él podría resultar una pesadilla. «Una pesadilla que tú nunca vas a conocer, Rose», se recordó.

Lo que envidaba era simplemente la idea de formar parte de una familia. Una familia de verdad. En su experiencia, la gente que la tenía no se daba cuenta de la suerte que tenía. Evidentemente, era una suerte que un niño pudiera crecer con tanto espacio y tantos recursos, pero no solo era eso. Miró a Declan y la expresión de su rostro se suavizó. Lo que cualquier niño necesitaba de verdad era una familia… y amor.

Zac miró su teléfono.

—Ya ha llegado el chófer. Dile dónde tiene que parar. Nos vemos en el aeropuerto.

—¿Tú no vas a venir con nosotros?

—Tengo unos asuntos de los que ocuparme. Te veo allí —dijo él. Entonces, miró al bebé. —Os veo a los dos allí.

Después de dudarlo un instante, extendió la mano y tocó suavemente la mejilla del bebé.

—Es tan suave… —añadió. De repente, pareció darse cuenta de que Rose lo estaba observando y apartó secamente la mano. La expresión de su rostro parecía avergonzada.

Rose no tenía experiencias previas con las que compararlo, pero estaba empezando a asumir que los lujos y las atenciones que estaba disfrutando en aquel viaje no estaban disponibles en todos los vuelos.

No le habían ofrecido menú, sino que le habían preguntado directamente lo que le apetecía comer. La azafata parecía convencida de que, fuera lo que fuera lo que ella pidiera, se lo podría proporcionar.

Atónita, Rose le preguntó a la joven qué le recomendaba.

—La langosta está…

—Estupendo. Langosta entonces.

—¿Carta de vinos?

—No, no voy a…

En realidad, ¿por qué no? Tal vez aquella sería la única vez en su vida que volaría en un avión privado. Además, una copa de vino podría ayudarla a librarse de la tensión que le atenazaba los hombros.

—Está bien. ¿Cuál me recomienda?

La langosta estaba deliciosa y el vino, efectivamente, la ayudó a relajarse. La única experiencia negativa no fue que Zac no viajara junto a ella, sino la posibilidad de que él pudiera aparecer de repente. Según había

podido enterarse, se había sentado con el piloto. Saber que podría aparecer en cualquier momento le impedía relajarse lo suficiente como para disfrutar plenamente la experiencia.

Estaba abrochándose el cinturón para aterrizar cuando Zac apareció por fin. Se sentó elegantemente en la butaca que había frente a la de Rose.

—¿Has tenido un vuelo cómodo?

—No tengo ningún otro con el que compararlo, pero me ha parecido que sí.

—¿Nunca habías viajado en avión? Estoy seguro de que no es tu primer viaje al extranjero. ¿Tu padre nunca te llevó en ninguno de sus viajes?

—No. Nos movíamos por el país. Cuando él se marchó al extranjero, yo ya tenía edad suficiente para cuidar de mí misma.

Zac se preguntó secamente cuántos años tendría para que su padre la considerara lo suficientemente mayor para cuidarse sola.

—Es muy bonito —comentó, mirando la piedra de ámbar que ella llevaba colgada de una cadena chapada en oro.

—Sí, lo es —dijo ella. Agarró la piedra con la mano y la apretó con fuerza. —Es un regalo de cumpleaños de mi padre…

Se detuvo en seco y la sonrisa se le borró del rostro. Había contado aquella historia tantas veces que casi se creía ella misma la mentira. La verdad era también patética, pero, al menos, era la verdad. ¿De qué servía seguir fingiendo? Ya no era una niña que tuviera que tratar de encajar con los otros niños, que recibían regalos de cumpleaños, niños cuidados y protegidos.

—No, en realidad no es cierto. No me lo compró él, sino yo misma. Lo vi en un puesto y ahorré para comprármelo. Le daba al dueño del puesto un poco de dinero todas las semanas hasta que conseguí pagármelo… Y fingí.

Zac se quedó mirándola en silencio. Rose no podía imaginar qué era lo que él estaba pensando. Tampoco quería saberlo. Bajó la mirada. No quería que él viera la vergüenza o, peor aún, sentir su piedad.

Se apretó la mano contra los labios y comprendió que ya era demasiado tarde. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, en aquel instante, sintió que se moría de vergüenza.

—Tienes un gusto excelente —afirmó Zac mientras tomaba el colgante entre los dedos.

Rose levantó la mirada. No sabía cómo había esperado que él iba a reaccionar, pero ciertamente no así.

Zac se inclinó ligeramente hacia ella. Rose captó el aroma masculino que él utilizaba…

—¿Es victoriano?

Rose observó el espeso cabello negro y se preguntó si era tan sedoso como aparentaba.

—No lo sé. Simplemente me gustó.

Zac estaba mirando la piedra, por lo que Rose tuvo oportunidad de recuperar la compostura, algo por lo que se sintió muy agradecida.

—Creo que las pequeñas piedras negras que hay alrededor del ámbar son azabaches, pero no soy ningún experto en joyería.

—Esa tarea la delegas en otros, ¿verdad? —le espetó ella de repente. Los regalos de despedida que hacía a sus ex eran legendarios en la empresa.

Zac soltó el colgante y se irguió. Entonces, le dedicó a Rose una oscura mirada.

—Sé amable, Rose. Simplemente te estaba mostrando mi lado más sensible —comentó. Entonces, vio que ella se mordía suavemente el labio y que parecía sentirse culpable por su comentario. —Ahora en serio, siento que no tuvieras regalos de cumpleaños. Todos los niños deberían tener el suyo —añadió. Esperó que ella, algún día, pudiera conocer a un hombre que le compensara por todos aquellos cumpleaños perdidos. Sin embargo, hubo algo en aquel pensamiento que lo incomodó.

—¿De verdad?

—Sí. Yo todavía sigo teniendo los míos. No importa que les diga que soy demasiado mayor para celebrar los cumpleaños, mi familia sigue enviándome recordatorios de lo viejo que soy.

—Por supuesto, uno nunca es demasiado viejo para celebrar los cumpleaños. Creo que todo el mundo debería tener vacaciones ese día. Debería ser ley.

Zac se metió la mano en el bolsillo. Acababa de recordar la tarjeta de cumpleaños. Se la había metido en el bolsillo con la intención de tirarla a la basura. La sacó y la estiró.

—¡Ay que bonita! —exclamó Rose al ver el dibujo. —¿Quién es… Carla? —preguntó tras descifrar el nombre que había escrito junto a los besos.

—Una sobrina.

—¿Cuántos años tiene?

—No tengo ni idea… pero sabe escribir… ¿5 años tal vez?

Rose se echó a reír pensando que él estaba bromeando.

—Ahora te burlas, pero debe de significar algo para ti si la has guardado.

—Odio tener que desilusionarte, pero simplemente se me olvidó tirarla a la basura con las demás.

Rose se quedó atónita. No le gustaba que aquello fuera algo que divirtiera a Zac.

—Espero que celebres el cumpleaños de Declan —le dijo sin poder contenerse.

—Te aseguro que, si no celebrara el cumpleaños de Declan con tarta, regalos y todo lo demás, sus padres volverían para recriminármelo.

Rose observó al niño, que dormía plácidamente. De repente, sintió que el corazón se le encogía al darse cuenta de que ella nunca estaría en sus cumpleaños. En el poco tiempo que llevaba a su lado, el pequeño se había hecho un hueco en su corazón.

—¿Cómo…? Lo siento. Estoy segura de que no quieres hablar de ello.

—No lo he hecho. Todos los asistentes al funeral hablaban incesantemente de la «tragedia», pero, en realidad, lo que sentían de verdad era que no les hubiera ocurrido a ellos.

—Supongo que es una reacción natural.

—Es hipocresía y… —dijo él. Se interrumpió de repente. Rose vio cómo apretaba los labios, probablemente para contener la ira. —Fue un camión. Regresaban del hospital. Emma quería quedarse con el bebé, pero estaba agotada y no había manera de que pudiera descansar adecuadamente en el hospital.

—¿Era prematuro?

—Sí. No tuvieron oportunidad alguna. El camión se saltó la mediana y les impactó de frente. Murieron en el acto. Eso me dijeron, como si fuera una especie de consuelo. El conductor del camión tuvo un ataque al corazón, pero sobrevivió.

—Pobre hombre… —susurró ella horrorizada. —Debe de ser terrible tener que vivir con algo —añadió. Zac guardó silencio, pero no parecía que sintiera lo mismo. —Yo nunca he perdido a nadie tan cercano a mí, pero sé escuchar muy bien… —le ofreció.

Al escuchar aquellas palabras, Zac la miró. Tenía los ojos muy abiertos, con una expresión dulce en ellos. Se estaba mordiendo el labio inferior con gesto pensativo.

«¿Qué es esto? ¿Una sesión de terapia?».

Se tensó. Por alguna extraña razón, parecía que estaba inmerso en una especie de ejercicio psicológico en vez de centrarse en cumplir la promesa que le había hecho a Marco.

—Lo tendré en cuenta, pero creo que, si siento la necesidad de terapia, iré a hablar con un profesional.

Vio que los ojos de Rose se mostraban contrariados, pero no permitió que aquello lo influyera en modo alguno. En su opinión, si había alguien que necesitara hablar, esa era ella. Si seguía llevándose por la empatía de aquella manera, se quedaría totalmente vacía antes de que tuviera los treinta años.

—¿Tus padres siguen vivos? —le preguntó él.

—Mi padre sí. Creía que te lo había dicho. Está vivo, pero no tengo hermanos.

—¿Y tu madre?

—Ella se marchó… No me quería —respondió Rose mientras parpadeaba rápidamente. No lograba entender por qué le había confesado aquello a Zac. Nunca daba información de la madre que la había abandonado cuando solo era un bebé. —Sin embargo, eso no me convierte a mí en una víctima. No todo el mundo está hecho para ser padre o madre… Oh. Te aseguro que no me refería a ti.

Zac soltó una carcajada que ayudó a disolver la tensión que se había formado entre ellos.

—¿Por qué no? Seguramente es cierto. Desgraciadamente, soy la única opción que tiene Declan. Esperemos que no lo defraude.

—Estoy segura de que todos los padres sienten la misma presión cuando llevan a un niño a casa.

Abrumado repentinamente por el agotamiento, Zac se pasó la mano por la frente, casi esperando sentir arrugas nuevas sobre la piel. Le parecía que, en las últimas semanas, había envejecido media vida.

—Liam y Emma jamás pudieron llevar a su hijo a casa, así que no tuvieron tiempo de llegar a preocuparse.

Rose notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sintió que no había palabras que pudieran conseguir que la ira y el dolor se borraran de los ojos de Zac.

—La vida a veces es un asco…

Las arrugas del rostro de Zac se relajaron. Si ella le hubiera dicho las manidas frases habituales, como la de que el tiempo lo cura todo, habría explotado. Sin embargo, la brutal sinceridad con la que ella habló le hizo serenarse.

—Eso no te lo voy a negar. ¿Te has dado cuenta de que ya hemos aterrizado?

Rose se quedó atónita al mirar por la ventana y comprobar que así era. Efectivamente, estaban avanzando por la pista de aterrizaje. Sintió una profunda desilusión.

—¡Vaya, me lo he perdido!

Zac sonrió muy divertido.

—Bueno, ya habrá otra oportunidad.

—Sí, pero la primera vez es especial —comentó ella. La sonrisa que tenía en los labios desapareció cuando su mirada se cruzó con la de Zac.

—Debería serlo…

Sin poder evitarlo, se preguntó si la primera vez de Rose lo había sido. Instintivamente, sintió una profunda antipatía por el hombre que había disfrutado de la primera experiencia de Rose. De la suya hacía ya tanto tiempo… En aquellos momentos, estaba sintiendo el peso de cada uno de los días de sus treinta y dos años de vida. A penas recordaba el momento, pero nada en absoluto del rostro de la mujer de más edad que

había sido la responsable de su iniciación sexual. Solo recordaba que había sido muy atlética.

El revuelo de actividad que se produjo dentro del avión cuando abrieron la puerta sirvió para que Rose pudiera liberarse de la intensa mirada de Zac. Sin embargo, a pesar de que el contacto visual quedó roto, las sensaciones que estaba experimentando en la entrepierna no se aliviaron. Sintió que él se levantaba y se apartaba de ella, pero no levantó la mirada. Colocó a Declan en la mochila portabebés, que era mucho más segura para bajar las escaleras y agarró la bolsa que contenía todo lo necesario para el bebé.

Arthur los estaba esperando sobre la pista. Los saludó a ambos y se dirigió a hablar con Zac. Rose, por su parte, esperó a que le dijeran dónde tenía que ir. El calor del sol era tan fuerte que decidió sacar de la bolsa una gorrita para Declan. Se la puso con mucho cuidado. Por suerte, le había untado bien de protección solar durante el vuelo y se había puesto la que le había quedado en las manos sobre la nariz. A pesar de todo, sentía el calor del sol sobre la piel y estaba deseando poder ir a un lugar más protegido, sobre todo por el bebé.

Una vez más, rebuscó en la bolsa y dejó escapar un gruñido de triunfo cuando localizó lo que estaba buscando: un alegre y barato ventilador de mano que dirigió inmediatamente a Declan.

Tras refrescar al pequeño, se lo enfocó directamente al escote durante unos segundos para volver después a enfocar a Declan. Sintió que la ropa se le estaba pegando al cuerpo y sufría por el bebé. Miró a su alrededor, tratando de controlar la impaciencia.

Estaba tratando de recordar cuánto tiempo le había dicho Zac que tendrían que esperar cuando él apareció a su lado.

—¿Cuánto tiempo dijiste que…?

—El trayecto en helicóptero dura menos de treinta minutos —replicó él con voz seca. —Antes de que me lo preguntes, ya he comprobado que no hay peligro para los bebés. Supongo que esto del helicóptero también será una primera vez para ti, ¿no?

Rose apretó los labios. Los comentarios de Zac le hacían sentirse como si fuera un bicho raro. Ya no quedaba nada de la buena comunicación que había mostrado durante el viaje. Si a él le parecía raro que fuera la primera vez que volaba, no se quería ni imaginar lo que

pensaría de que fuera virgen. Por supuesto, Rose no pensaba compartir esa información con él.

—Hay una gran parte de la población mundial, que no son multimillonarios griegos, que no han volado nunca en helicóptero.

Zac no comentó nada al respecto. Se limitó a mirarla con una cierta sorna que hizo que ella se sintiera algo avergonzada.

—Arthur te llevará a casa. Yo tengo que ocuparme de algunos asuntos en Atenas. Probablemente me quede allí.

Zac le comunicó aquella información como si aquel hubiera sido su plan desde el principio. Sin embargo, no era así. La humillante realidad era que tenía que poner distancia entre ellos porque no era capaz de pensar más allá de la atracción sexual que sentía, una atracción que parecía apartarle de su objetividad habitual y hacer que su autocontrol flaqueara.

Rose se limitó a asentir, pero no pudo evitar preguntarse cómo se llamaría aquel asunto. No obstante, sabía que no tenía ningún derecho a sentirse herida. Tampoco le interesaba demasiado. Más o menos, todas eran iguales…

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Arthur sacándola de sus pensamientos.

Rose se dio cuenta de que había estado mirando muy fijamente la espalda de Zac.

—Sí, por supuesto —contestó mientras sonreía alegremente.

—¿Te puedo llevar algo que no esté vivito y coleando? —bromeó Arthur, acariciando la manita del bebé. —Nunca sé qué decirle a un bebé.

—Te aseguro que no les importa lo más mínimo —replicó ella divertida por la confesión.

Ojalá a todos los hombres les resultara tan fácil admitir sus debilidades. La vida sería mucho más sencilla.

—Si no te importa llevarme la bolsa…

Rose le dio la bolsa a Arthur y le sonrió con gratitud.

—Claro que no. Por aquí.

Rose asintió y siguió a Arthur. Se preguntó si el exmilitar se había dado cuenta de cómo había estado mirando a Zac. Debía de haber visto en muchas ocasiones cómo las mujeres caían rendidas a los pies de su jefe.

Levantó la barbilla. Decidió que ella no iba a ser una más. Tenía más orgullo. Estaba allí para realizar un trabajo y eso era lo que iba a hacer.

Se montó con Arthur y el bebé en un pequeño cochecito que los llevó hacia la zona del helipuerto. Justo cuando estaban a punto de despegar, el piloto se dio la vuelta y les informó de algo que no había estado previsto hasta entonces.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 9*

—TENEMOS un pasajero más —anunció.

Fue entonces cuando Rose vio cómo una alta figura, de cabello corto y oscuro, corría rápidamente hacia el helicóptero con la cabeza agachada. La puerta se abrió y él entró, dejando pasar también una bocanada de calor y el ruido del exterior.

En cuanto la puerta se cerró, el helicóptero se elevó. Zac aún estaba abrochándose el cinturón. Rose le observó con lo que trató que fuera una sonrisa neutral en los labios. No quería que se le notara el revuelo interior que estaba sufriendo en aquellos momentos. Antes de ver a Zac, se había sentido positiva, controlada. En cuanto él apareció, aquella pequeña burbuja de tranquilidad estalló en mil pedazos.

—Cambio de planes.

Rose asintió. Trató de igualar su actitud con el comentario despreocupado que él acababa de realizar. Dirigió el rostro hacia la ventana para mirar al exterior.

Zac se sentía perplejo. ¿Por qué se mostraba reacio a realizar la pregunta y mucho más a contestarla? Había decidido poner distancia entre ellos porque la deseaba. Su respuesta a la tentación que ella presentaba implicaba que no confiaba en sí mismo. No estaba dispuesto a admitir aquella clase de debilidad.

En ese momento, decidió despedir el coche y, en aquel instante, estaba sentado frente a Rose, observándola. Se sentía atacado por un deseo que provocaba que cada centímetro de su piel sintiera el hormigueo de la atracción sexual. Era una locura, pero era cierto.

Rose había temido que sus expectativas fueran tan altas que la realidad terminara por defraudarla. Cuando vio Villa Aphrodite por primera vez supo que no iba a ser así.

La situación de la mansión era espectacular. Además, la casa de tejados de terracota se extendía por varios edificios construidos en torno a un patio y tenía una torre de piedra en el centro que quedaba prácticamente oculta por cipreses y pinos. Estaba situada contra las rocas, por encima de una increíble arena blanca. Más allá, estaba el resplandeciente mar azul.

La verdadera escala de las edificaciones y su belleza no se revelaron por completo hasta que el helicóptero aterrizó. La fachada de la mansión era en parte de piedra y en parte muros blancos. Una parte daba al mar y la otra a un hermoso jardín. Las ventanas tenían los marcos azules tradicionales.

Parecía formar parte del paisaje, con el que se fundía perfectamente. Rose no pudo contener una exclamación de excitación al ver la piscina, que parecía colgada en el aire, totalmente rodeada de zonas verdes.

—Y hay otra más…

Vio que Zac la estaba observando. Como si él no supiera cuántas piscinas o pistas de tenis tenía…

—Lo siento, yo…

—No tienes por qué sentirlo. Yo también me emocioné de la misma manera cuando vi este lugar por primera vez desde el aire. Entonces, estaba en un estado lamentable, pero tenía algo que…

—Y tú decidiste recuperarlo —dijo ella con los ojos brillantes. —¡Qué gesto tan maravilloso! ¿Y por qué estaba abandonado?

—Creo que fue el resultado de una bronca familiar. Dos hermanos la heredaron. Uno quería venderla desesperadamente y el otro se negaba, con lo que… Bueno, la fueron abandonando poco a poco.

—Qué pena. Sin embargo, tuvo un final feliz —añadió ella con una sonrisa, una sonrisa que parecía tan auténtica como ella. —Tú la devolviste a la vida y la has convertido en un lugar maravilloso para que un niño pueda crecer en ella —comentó mientras observaba a Declan, que llevaba durmiendo el viaje. —Parece tan feliz… cuanto no tiene cólicos, claro está.

Rose no pudo contener una carcajada. Las expresiones que se reflejaron en su rostro parecían la de una película a cámara lenta sobre cómo se abría una flor. Sus gestos lo reflejaban todo. No parecía ocultar nada. Rose poseía una extraña espontaneidad que lo fascinaba.

Tal vez Zac estaba viendo lo que quería ver. ¿Acaso estaba permitiendo que su atracción física nublara su buen juicio?

—¿Te imaginas crecer en un lugar así? —preguntó ella llena de entusiasmo.

Zac no respondió. La expresión de su rostro resultaba inescrutable, pero Rose pareció notar desaprobación en sus ojos. Una vez más, lo que él decía y lo que no decía la afectaba. Suspiró, exasperada por sus cambiantes estados de ánimo que hacían que le resultara difícil relajarse cuando estaba a su lado. Entonces, se le ocurrió que tal vez aquello no fuera algo malo. Relajarse demasiado cuando Zac estaba cerca podría provocarle muchos problemas.

Cuando aterrizaron por fin, Rose vio que lo habían hecho en una amplia zona verde que estaba a un lado de la casa. Distinguió que un muro de piedra rodeaba la finca y que unas verjas de hierro forjado marcaban la entrada a la misma. Estaban totalmente abiertas.

—¿Esta zona que hay fuera de los muros también es tuya? —le preguntó.

Zac asintió.

—Las tierras van hasta la carretera, que está casi a un kilómetro de distancia. Por el otro lado, llegan hasta las laderas de las montañas.

—Pues menudo jardín tienes entonces —comentó ella asombrada.

—Bueno, en realidad, muchas hectáreas son de bosque y también tenemos otras plantadas de olivos. La familia que era dueña de la finca antes fue vendiendo parcelas de terreno a lo largo de los años. Yo las he ido comprando poco a poco. Todavía estoy en ello.

—¿Produces tu propio aceite de oliva?

—Sí —comentó él riendo. —Más de lo que necesito para uso doméstico. Lo vendemos por todo el mundo. Hay mucha demanda hoy en día para esta clase de productos artesanos —añadió mientras observaba cómo Rose miraba con impaciencia por la ventana. —Habrán terminado de descargar el equipaje dentro de un momento.

—Me apuesto algo a que celebras aquí unas estupendas fiestas familiares.

—Creo que sí.

Aunque la familia de Zac lo había tildado de loco cuando se propuso renovar aquella finca, les encantaba a todos como lugar de vacaciones. Normalmente acudían allí en masa.

—¿Crees? —le preguntó ella frunciendo el ceño.

—Soy un hombre muy ocupado. Además, el GGTB se podría comer a sus invitados —comentó. Observó atentamente cómo Rose se sonrojaba y sintió una ligera sensación de culpabilidad. Sin embargo, había conseguido con suma eficacia que ella siguiera preguntando por ese camino.

—¿Oíste lo que…?

—Aprecio lo de guapísimo.

—Como si no lo supieras —musitó ella. Su incomodidad se mezclaba con la indignación. Zac parecía estar disfrutando de la vergüenza que ella estaba pasando.

La llegada de Arthur impidió que siguieran hablando, lo que en realidad fue una bendición en sí misma. No se podía llamar a los jefes ciertas cosas, aunque lo fueran.

Al bajar del helicóptero, Rose sintió que el aire olía diferente. Aspiró con fuerza.

—Tomillo, menta y romero —dijo él. —Todos crecen en el campo. Además, podría haber un toque de ciprés y de sal marina. Si pudiera embotellarlo todo, ganaría una fortuna.

—Es precioso —comentó ella mirando a su alrededor cuando oyó que alguien cerraba con fuerza la puerta de un todoterreno.

—Es el equipaje. Hay sitio dentro, si prefieres ir en coche.

—No, gracias, prefiero caminar. Llevo todo el día sentada. Necesito estirar las piernas.

Zac la miró. Llevaba aún a Declan en la mochila portabebés. Él estaba despierto y parecía estar encantado de estar contra los senos de Rose. ¿Quién no lo estaría?

—Está un poco empinado. Yo llevaré al bebé.

Rose lo miró sorprendida.

—Genial, muchas gracias. En realidad, resulta muy fácil llevarlo en el portabebés. Yo te lo ajustaré. No eres de mi tamaño, pero…

—No —repuso Zac. Había limitaciones y el portabebés era una de ellas. —Lo llevaré en brazos, si confías en mí.

—¡Por supuesto! Tú eres su… —comentó mientras colocaba al pequeño Declan en brazos de Zac. —¿Lo vas a adoptar?

—Aparentemente, existe esa opción. Pero Liam siempre será su padre.

—Por supuesto, pero un niño necesita tener un padre a su lado. Tu padre murió, pero sigue siendo tu padre.

Zac tuvo que contenerse para no contarle la verdad y decirle que, por mucho que le hubiera gustado olvidar a su padre, no podía. Se había pasado la vida buscando señales que pudieran indicar que él se parecía en algo a su progenitor y protegiéndose contra todo lo que pudiera indicar que había en él rasgos de su padre para borrarlos para siempre. Aquella era una parte de su vida que tenía que guardar bajo control y Rose amenazaba con hacerla saltar por los aires. Estaba golpeando el muro de protección de una manera en la que nadie lo había hecho antes.

Mantenía incluso a su familia al otro lado de ese muro de protección, que había construido para proteger a la gente a la que quería, no a sí mismo.

—Lo sé —dijo.

Rose sintió que había tocado un punto sensible, pero no supo cómo ni por qué. Zac parecía sumido en sus pensamientos. Mientras subieron por la colina, lo hicieron en silencio. Cuando llegaron a lo más alto, Rose estaba sin aliento. Se alegró mucho de que fuera él quien llevaba a Declan en brazos.

Atravesaron la verja para llegar a un patio empedrado, adornado por una serie de fuentes y de macizos repletos de flores que le daban color a la escena. El mar, que había quedado a su izquierda mientras subían por la colina, estaba en aquel momento directamente frente a ellos. Rose, totalmente encantada, extendió los brazos como si quisiera abrazar la panorámica entera.

—¿Cómo puedes marcharte de aquí? —le preguntó.

Zac normalmente sentía que su ánimo mejoraba cuando atravesaba aquellas verjas. Sin embargo, en aquella ocasión, la magia no funcionó. El peso que llevaba sobre los hombros, y que no era físico, no se había aligerado en cuanto llegó frente a la casa.

No obstante, la alegría de Rose y el placer que transmitía su voz resultaban contagiosos. Poco a poco, fue sintiéndose más animado.

—Jamás me habría imaginado… —decía ella, mirando en todas direcciones. —¡Es tan grande! ¿Ampliaste la casa original?

—En realidad, resultaba difícil saber cómo era de grande la casa originalmente. Todo estaba destruido y no había planos. Los lugareños piensan que la casa que yo construí estaba edificada sobre el lugar de una anterior que era mucho más grande. Según parece, los jardines, que hemos tratado de mantener casi como los originales, pudieron haber pertenecido a esa antigua mansión. Ciertamente eran muy elaborados para lo que, básicamente, era una granja.

—Intentaste recrear los jardines y cómo era la casa.

—Todo lo que me fue posible. También mantuvimos los cimientos que aún eran visibles y utilizamos materiales reciclados para construir la casa que ves ahora. Hay unos artesanos muy buenos por aquí. Mostraron mucho ingenio a la hora de recrear rasgos dañados e incompletos.

Rose asintió. Se moría de ganas de ver el interior de la casa.

—Vamos —dijo Zac. Miró el cabello de Rose, que refulgía al sol mientras indicaba la entrada a la casa. —Creo que nos vendría bien un poco de sombra.

Rose miró con ansiedad a Declan. Había estado tan ocupada admirándolo todo que no se había parado a pensar en el bebé.

—Lo siento —dijo mientras los dos entraban en la casa.

—¿Por qué?

—Yo no hacía más que hablar mientras que Declan… hay que proteger su piel.

—Creo que la piel de Declan no ha visto ni un solo rayo de sol. Era más bien en tu piel en la que estaba pensando.

Observó la palidez del rostro de Rose y solo pudo pensar en explorar aquella hermosa piel con los dedos, con la lengua, con la boca… Aquellas imágenes abordaban sus sentidos acicateadas por sus pensamientos y requerían que él se tranquilizara y refrescara un poco antes de poder seguir hablando sin traicionarse a sí mismo y a su creciente obsesión.

—Tienes la piel muy clara. Las pelirrojas se queman con facilidad, ¿no? Mientras estés aquí, deberías llevar un sombrero.

—Sí, supongo que sí. Me salen muchas pecas —comentó ella mientras se tocaba ligeramente la nariz.

—Me gustan las pecas.

Rose se recordó que no debería sentirse halagada. Estaba segura de que entre los atributos de las mujeres con las que Zac salía no se encontraban las pecas.

Sin previo aviso, él echó a andar. Rose lo siguió mientras miraba a su alrededor con curiosidad. Había muchas cosas en las que fijarse. La piscina infinita que había a un lado de la mansión rivalizaba con el brillante mar que se extendía hacia el horizonte. Había varios arcos cortados en la piedra más pequeños que el que ya habían atravesado. Más allá, se distinguía lo que parecían ser una serie de patios internos.

Zac la condujo hacia una puerta, no tan grande como la que había en el patio exterior y se dio la vuelta sin previo aviso. Rose dio un paso atrás.

# *Capítulo 10*

—TAMBIÉN me gusta tu tartamudeo.

Zac pronunció aquellas palabras como si lo hubiera hecho en contra de su voluntad. Rose se quedó atónita al escuchar aquel inesperado cumplido. ¿Sería una broma?

La expresión del rostro de Zac no sugería algo tan inofensivo, pero tampoco había una intención ni remotamente seductora en su actitud. Tenía la boca apretada y tensa. Su mirada parecía casi enojada.

Cuando se dio la vuelta de nuevo, Rose lo siguió al interior. Se encontró en lo que parecía ser una galería interna decorada con macetas de terracota. En todas ellas, florecía el romero, cuyo aroma llenaba la estancia.

De la galería salían varias puertas. Zac comenzó a explicarle en voz baja, pero Rose no podía centrarse en lo que él le decía. En lo único en lo que podía pensar era que Zac había dicho que le gustaba su tartamudeo.

Tardó unos instantes en darse cuenta de que él había dejado de hablar.

—Es muy bonito…

Y lo era. Los suelos eran de madera. Las vigas de los altos techos proporcionaban un dramático contraste con el blanco de la pared. Los muebles eran de estilo rústico y sobre los muros había coloridos adornos.

—¿Pero entiendes la distribución general? —le preguntó él con una cierta impaciencia. —Es bastante sencilla si tienes en cuenta que…

—Sí —mintió ella sin dudarlo. No pensaba admitir que no había escuchado ni una sola palabra de lo que él había estado diciendo.

—Entonces, Camille te acompañará a tus habitaciones, te enseñará las de Declan y, cuando estés lista, se quedará con Declan mientras cenas.

Por primera vez, Rose se fijó en la muchacha de cabello oscuro que estaba a su lado.

—Gracias, Camille —le dijo, con una sonrisa, —pero será más fácil que yo cene en mi habitación. No me gusta dejar a Declan.

—Camille, como te he explicado, está perfectamente capacitada para cuidar a un niño. Tenemos suerte de contar con su ayuda durante sus vacaciones en la universidad.

La joven pareció encantada con el cumplido de Zac, pero no reaccionó de manera exagerada, como si hubiera pensado que aquel cumplido tenía un mensaje oculto.

—Me gustan los bebés y sé cuidar de ellos —afirmó la muchacha en un inglés impecable.

—Como te he dicho, Camille tiene seis hermanos pequeños, por lo que cuenta con mucha experiencia. Te podrá ayudar la mayoría de los días. Ah, y no digas cosas malas del ama de llaves delante de ella. Es su sobrina —añadió. Entonces, realizó un comentario en griego que hizo que la muchacha se echara a reír.

—Ah, bueno… Entonces, no hay problema… me parece…

Rose decidió no seguir protestando ni imaginarse cosas que tal vez no fueran a suceder. Podría ser que fuera a cenar sola…

—¿Puedo tomarlo en brazos? —le preguntó Camille a Rose mientras se dirigía hacia el lugar en el que estaba Zac.

Rose asintió, aliviada de no tener que ser ella quien se acercara a Zac para tomar al bebé. Observó la escena desde una distancia segura, si es que la había en lo que se refería a Zac Adamos y a su abrumadora masculinidad. Vio cómo el perfil de él se suavizaba y cómo sonreía al bebé. Entonces, sintió como si una mano le estuviera apretando con fuerza el corazón.

No iba a fingir que no sentía lo que estaba sintiendo, pero prefirió no analizarlo en exceso. No podía darle importancia ni permitir que aquella reacción arruinara lo que podría llegar a ser una experiencia fantástica. Si quería disfrutar de su estancia en Grecia, tendría que diseñar una estrategia de supervivencia. Había tratado de fingir que aquello no estaba ocurriendo y no le había servido de nada. Por lo tanto, necesitaba una estrategia nueva. Para empezar, no iba a analizar en exceso lo que ocurriera a partir de entonces.

«¿Porque tal vez no te gustarían las respuestas?».

Igual que sabía que no debía tocar las ortigas para no sufrir sus efectos, tenía todo el sentido del mundo mantenerse alejada de Zac. ¿De verdad podría ser tan sencillo?

Suspiró. Ojalá. Una ortiga no tenía una voz que la envolviera como una caricia. No tenía boca… En realidad, la analogía era patética, lo mirara como lo mirara.

—Hola, cielo… Ohhh, es precioso… Vamos, Declan. Te voy a enseñar tu habitación.

Rose esperó hasta que vio por qué puerta se dirigía Camille para seguirla. No miró a Zac, pero sabía que él la estaba observando. Sentía un agradable hormigueo en la nuca.

Las habitaciones de Declan eran preciosas. Considerando que aquellas estancias se habían creado de la noche a la mañana, contaban con todo lo necesario. Los cajones estaban llenos de ropa y el cuarto de juegos estaba repleto de juguetes y de color.

Contaba también con su propia cocina. Rose vio que en el frigorífico había una botella de vino, lo que asumió que era un detalle para ella. Después, acompañó a Camille para que le enseñara su parte de la suite.

El dormitorio era encantador. Tenía el suelo de madera muy oscura y los muebles también de madera, que no tenían nada que ver con los que ella había tenido a lo largo de toda su vida, sino artículos hechos a mano que hablaban a gritos de la habilidad y el cariño con los que cada pieza había sido confeccionada. A través de unas puertas francesas, podía salir a un pequeño balcón que daba directamente a la piscina y, más allá, al mar.

Si el dormitorio era encantador, el cuarto de baño resultaba absolutamente increíble. La ducha contaba con unos controles digitales que resultaban algo intimidantes. La que sí resultaba muy tentadora era la bañera de cobre independiente, que era lo suficientemente profunda para hundirse en ella por completo. Estaba colocada junto a un enorme ventanal con vistas al mar.

Rose podía imaginarse viviendo en aquella bañera. Con aquellas vistas, ¿qué motivos tendría para salir? A pesar de que se moría de ganas por probar la bañera, regresó corriendo a la cocina que tenían para su uso propio. Camille le estaba tarareando una suave melodía a Declan, que estaba prácticamente dormido.

Al ver a Rose, la muchacha sonrió y se llevó un dedo a los labios.

—Le he cambiado el pañal —susurró. —¿Quieres que lo ponga en la cuna?

Rose asintió. De repente, sintió que su presencia no era necesaria. Camille parecía muy competente. Dejó que ella acostara al bebé y se dirigió a la cafetera. Se sirvió una taza y se sentó en uno de los altos taburetes a esperar a Camille.

La espera no fue muy larga.

—Creo que se había dormido antes de tocar el colchón.

—Gracias —dijo Rose. —También por el café. Era precisamente lo que necesitaba.

—No tienes por qué agradecerme nada. Si no estuviera aquí, estaría cuidando de mis hermanos gemelos de once años. ¡Así que gracias a ti por salvarme!

—¿A qué universidad vas?

—A la de Atenas. Estoy en el último año de Matemáticas. Acaban de aceptarme en el Imperial College para hacer el máster, así que este trabajo me viene muy bien. En realidad, no podría ir si no fuera por el señor Adamos.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, no por él personalmente. Al menos eso fue lo que me dijo cuando le di las gracias. La Fundación Adamos proporciona becas para estudiantes con buenas notas, pero sin recursos. Esa soy yo.

—Pues es fantástico. Cuando vayas a Londres, tendrás que ir a visitarme.

—¿Vives en Londres? ¡Qué envidia!

—Y tú vives aquí. ¡Qué envidia! —replicó Rose. Las dos se echaron a reír.

Cuando Camille se marchó, las dos habían acordado que regresaría para cuidar del bebé sobre las siete y media, que era cuando se servía la cena.

Camille llegó a las seis y media con un portátil y un montón de libros. Rose seguía ataviada con un esponjoso y suave albornoz que había encontrado en el cuarto de baño. El cabello, a medio secar, le llegaba casi hasta la cintura.

—¡Llego tarde! —exclamó al ver a Camille.

—No. Soy yo la que llega temprano. Siempre llego antes de la hora —admitió Camille. —¿Te puedo ayudar en algo?

—No. Ya he bañado a Declan y le he dado el biberón. Se ha quedado muy tranquilo. Según me dijo la niñera, ha tenido muchos cólicos últimamente, así que, si tienes algún problema, ven a buscarme y…

—Por supuesto. No te preocupes. Vete a cenar tranquila, aunque tal vez deberías vestirte primero…

Rose soltó una carcajada y se marchó rápidamente a su dormitorio. Escoger un atuendo le resultó muy fácil, ya que solo tenía dos. El vestido de algodón seguía arrugado a pesar de que ella lo había colgado en el cuarto de baño con la esperanza de que mejorara. Sabía que podría haber pedido una plancha, pero la segunda opción era igual de aceptable.

Se trataba de unos pantalones anchos de color negro. Para el día, podía combinarlos con una camiseta blanca, pero, para las ocasiones más elegantes, tenía un top negro, sin mangas, con un sencillo escote redondo en la parte delantera, que se transformaba en una profunda uve en la espalda.

Se vistió y se puso los salones destalonados que se había llevado y que aumentaron su estatura en unos nueve centímetros. Entonces, se inclinó hacia el espejo para retocar un poco el maquillaje que se había aplicado antes. Después de mirarse durante unos segundos, decidió añadir un poco de rímel a sus ya oscuras pestañas y sombra gris sobre el párpado. Por último, se aplicó una segunda capa de brillo de labios.

No tenía tiempo para domar su cabello, por lo que se inclinó hacia delante y deslizó los dedos entre los mechones rojizos antes de incorporarse de nuevo con un dramático movimiento de espalda. No quería que pareciera que se había esforzado demasiado en su aspecto.

Se miró de nuevo al espejo y se echó a reír. ¡No había posibilidad de eso! Además, ¿para quién se iba a esforzar demasiado? Seguramente, cenaría sola y se estaba comportando como si Zac fuera a reunirse con ella.

De hecho, él nunca hubiera dicho que fuera a cenar con ella.

Antes de marcharse, fue a ver al pequeño Declan. Tuvo que resistirse al impulso de tomarlo en brazos. Pensó en las generaciones de niñeras que habían cuidado de cientos de niños, los habían amado y que, en algunos casos, habían sido el único progenitor que esos niños habían conocido. Después, cuando los niños se hacían demasiado mayores para necesitar niñera, las despedían sin más. Descorazonador…

Rose solo llevaba un par de días cuidando de Declan, pero ya sabía que le costaría mucho despedirse de él. ¿Tan poco tiempo se necesitaba para enamorarse? Para muchas madres era amor a primera vista, igual que para algunos padres adoptivos. Era como si la indefensión del bebé despertara impulsos de protección.

Salió silenciosamente de la habitación y miró a Camille. Ella estaba sentada sobre uno de los taburetes altos de la cocina, con el ordenador encima de la isla.

—¡Vaya, estás guapísima! —exclamó al ver a Rose.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa. —Ya sabes dónde estoy si me necesitas —añadió, lo que, en realidad, era mucho más de lo que ella misma sabía.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Camille arrancó una hoja de su cuaderno.

—He pensado que esto podría ayudante a saber dónde tienes que ir.

Rose aceptó el papel y lo miró. Se trataba de un detallado plano de la mansión.

—¡Muchísimas gracias! Eres muy amable, aunque mi sentido de la orientación es de lo peor —admitió. —En una ocasión, me pasé media hora tratando de encontrar una tienda en un centro comercial y luego una hora tratando de encontrar la salida. Me sentía demasiado avergonzada como para pedir ayuda.

Camille se echó a reír.

—Hasta luego. No te preocupes de la hora. Yo tengo muchas cosas con las que mantenerme ocupada.

Rose trató de ir fijándose en detalles de la casa que la ayudaran a recordar el camino mientras trataba de orientarse con el plano que le había hecho Camille. Cuando llegó a donde se suponía que tenía que llegar, la puerta estaba entornada. Dobló el mapa y se lo metió en el bolsillo de los pantalones. Entonces, respiró profundamente y llamó a la puerta.

—Hola —dijo, antes de entrar.

La sala estaba vacía. Se alegró por ello mientras examinaba toda la estancia. Las puertas de la terraza estaban abiertas. Había una mesa puesta para dos, pero las velas aún estaban sin encender. Rose esperó que siguieran así para que el ambiente no fuera tan íntimo.

Se fijó entonces en el champán que alguien había puesto a enfriar en un cubo con hielo. Por suerte, la botella no estaba aún abierta porque tal vez Rose hubiera sentido la tentación. Recordó que, por mucho que le apeteciera una copa, tenía un bebé a su cargo.

Recorrió la sala y examinó todos los excéntricos toques artísticos. Resultaba difícil creer que el hombre que vivía allí era el mismo que habitaba en aquel anodino ático de Londres. La respuesta era seguramente tan sencilla como que se trataba de dos diseñadores de interiores totalmente diferentes.

Un ruido la hizo darse la vuelta. Cuando vio a Arthur en la puerta, el anticlímax fue intenso.

—Hola —dijo.

—¿Vamos a cenar juntos? —le preguntó ella con una sonrisa.

—¿Cómo? —replicó él riendo. —No, no. El jefe me ha enviado para que me disculpe. Está en una llamada. Ha dicho que empieces sin él.

—No sabía si él iba a cenar conmigo —dijo. Pero la posibilidad le había llenado el estómago de mariposas… y le había hecho añadir rímel al maquillaje. Miró la mesa vacía. —¿Y con qué puedo empezar?

—Dios, sí… lo siento…

Arthur entró y se dirigió a una mesa que tenía la parte superior de pizarra. Apretó un botón y se deslizaron unas puertas, que dejaron al descubierto una serie de oquedades con pequeños recipientes que, a juzgar por el olor, contenían comida.

—El jefe hizo que le fabricaran ese cachivache especialmente para él. Trabaja en horarios extraños y come del mismo modo. En realidad, en ocasiones se olvida de comer. Esto evita que la cocinera tenga que estar pendiente de él. Le pareció que agradecerías la informalidad. La primera noche, el viaje y todo eso…

Rose recibió la información en silencio. Arthur la miró con incertidumbre, como si le estuviera costando comprender su reacción.

—Adelante. Puedes comer lo que quieras —le dijo por fin.

—Sí, lo haré —respondió Rose con una frágil sonrisa.

Cuando Arthur se marchó, ella lanzó una maldición. En realidad, había conseguido lo que quería. Una cena tranquila sin Zac Adamos cerca para hacer que se sintiera incómoda y avergonzada. Sin embargo, al mismo tiempo, sentía en él un vínculo que no era capaz de explicar. Era como si,

al mirarlo, se estuviera reflejando en un espejo y viendo lo que ella misma trataba de ocultarle al mundo…

Aquella idea le resultó inquietante.

Se acercó al mueble y empezó a levantar las tapas. Había de todo y todo tenía un aspecto delicioso. Se sirvió un poco de sopa sin mucho entusiasmo y se la llevó a la mesa. Había perdido el apetito, pero el champán sí le llamaba la atención…

Se levantó y sacó la botella del hielo. Abrirla le resultó más difícil de lo que había anticipado. La botella se abrió con una fuerte explosión y el contenido se derramó sobre el mantel y sobre el suelo. Se alegró de que no hubiera nadie presente para ser testigo de su decepción. Con un gruñido, se llevó la botella a los labios y bebió. Tanta anticipación solo por un comentario sin importancia…

Solo porque Zac le había dicho que le gustaba su tartamudeo… Rose cerró los ojos y se sintió increíblemente estúpida.

# *Capítulo 11*

CAMILLE se sorprendió mucho al verla de vuelta tan pronto.

—En realidad, no tenía mucha hambre.

—¿Qué es ese olor? —le preguntó la muchacha arrugando la nariz.

—Tuve un incidente con una botella de champán —contestó. Se tiró del top, que se le pegaba incómodamente a la piel.

—Vaya… Entonces, ¿no ha sido una velada agradable?

—No mucho.

—¿Quieres que haga algo? Puedo prepararte un café.

Rose sonrió con gratitud.

—No, vete ya. Yo me voy a quitar esta ropa mojada. ¿Qué tal Declan?

—Genial. Se despertó después de que te marcharas, pero le saqué unos gases que parecían estar molestándole y se volvió a quedar dormido.

Cuando Camille se marchó, Rose se dirigió a su dormitorio. Se moría de ganas de darse una ducha y cambiarse de ropa, pero antes, se detuvo brevemente en la puerta del dormitorio de Declan y escuchó con satisfacción la manera tan sosegada en la que estaba durmiendo.

Sin poder contenerse, se dirigió a la cuna y miró al bebé. Se preguntó cómo su propia madre pudo haberla abandonado. Si no se podía confiar ni en una madre, ¿en quién? Esa era una de las razones por las que nunca iba a confiar en otra persona. Si eso significaba que terminaba siendo una solterona con un gato, que así fuera. Era mejor que sentirse rechazada.

—Nunca pienses que tus padres te han abandonado. Tu madre y tu padre te querían con locura. Y tu nuevo papá también te querrá así.

A continuación, se dirigió a su dormitorio. Estaba a punto de cambiarse cuando oyó que alguien llamaba suavemente a la puerta. Pensó que sería Camille y fue a abrir.

Inmediatamente vio que se había equivocado. Al ver el rostro de Zac sintió un sensual sobresalto que la empujó a temblar y a sentir demasiado. La sobrecarga emocional que experimentó le impidió reaccionar.

Zac retrocedió al notar el aroma del alcohol. Cuando comprendió que no se había equivocado, no sintió satisfacción alguna. Se sintió furioso, pero también apenado. Una profunda compasión por alguien que parecía estar desperdiciando su vida. Había conocido personas que lo habían perdido todo… pero algunas habían vuelto a resurgir después de tocar fondo.

—¿Está Camille aquí?

Rose negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—En ese caso, es mejor que entre —dijo tristemente.

—Y yo creo que es mejor que no —replicó Rose.

—Mira, no es asunto mío lo que hagas con tu vida, pero, cuando estás a cargo de Declan sí que lo es.

Rose se plantó las manos en las caderas y lo miró extrañada.

—¿De qué diablos estás hablando?

—No sirve de nada que lo niegues. Apestas.

—¿Que apesto? —le preguntó ella muy enfadada. Entonces, comprendió a lo que Zac se refería. —¿Crees que he estado bebiendo?

Rose había hablado en voz tan baja que Zac apenas podía distinguir lo que decía. Al menos de momento no arrastraba las palabras. ¿Cómo se lo iba a decir a Marco? De hecho, ¿se lo iba a decir?

¿De dónde había salido aquel alocado pensamiento? No podía protegerla si era una adicta. Protegerla. ¿Por qué había sido ese su instinto desde el principio?

—Mira, hay personas que te pueden ayudar. Lo primero que debes hacer es aceptar que tienes un problema.

—Claro que tengo un problema —replicó ella entornando la mirada. —Un problema que mide casi un metro noventa —añadió mientras lo miraba de la cabeza a los pies. —¿De verdad crees que me emborracharía mientras estoy cuidando a un bebé? Fuiste tú el que me dejó el vino en el

frigorífico. ¿Qué crees que soy? Olvídalo —añadió con amargura—. Ya lo sé. Dios, creo que te odio…

—No intentes darle la vuelta a esto. He visto la botella vacía. Huelo el alcohol.

—¡Claro que lo hueles, idiota! —exclamó ella. —La botella prácticamente explotó cuando traté de abrirla. Se cayó por todas partes. ¡Me di una ducha de champán! —añadió mientras le mostraba el top empapado.

Zac pareció fijarse por primera vez en que Rose tenía los pantalones húmedos y que el top, que estaba totalmente empapado, hacía destacar sugerentemente los pezones de sus firmes senos. Entonces, esbozó una sonrisa y dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Cómo has podido pensar que yo sería capaz de algo así? Si no me crees, hazme la prueba del alcohol.

—No llevo una encima en estos momentos.

—De acuerdo. Entonces, huele —le espetó. Le agarró por la chaqueta y se irguió hacia él hasta que estuvo casi a la altura de la barbilla de él. Zac bajó la cabeza y ella sintió cómo la excitación se apoderaba de ella cuando las miradas de ambos se cruzaron.

«¿Qué estás haciendo, Rose?».

Aquel pensamiento pareció devolverle la cordura. Trató de poner los pies por completo en el suelo y le soltó la chaqueta. Sin embargo, Zac le había rodeado la cintura. En vez de hundirse, se encontró de puntillas y con el tórax apoyado por completo contra el fuerte pecho de él.

—Yo…

Zac le colocó un dedo debajo de la barbilla, como si se negara a dejarla escapar de su intensa mirada.

—Solo por el olor, me resulta difícil estar seguro.

—Bueno, pues vas a tener que… que con-confiar en mí —respondió ella con voz temblorosa.

—¿Y si te saboreo? Recuerdo muy bien cómo sabías…

Aquellas palabras provocaron en Rose una debilidad total por todo el cuerpo. Las rodillas se le doblaron y apretó con fuerza los labios, como si quisiera evitar así que se le escapara una sola palabra de anhelo. Sin embargo, no tardó en comprender que no tenía escapatoria. El aliento se

mezcló con el de Zac. Instantes después, él bajó la boca hacia la de ella y le deslizó la lengua entre los labios. Rose experimentó su sabor cuando las lenguas comenzaron a danzar, desatando una primitiva reacción que le arrebató por completo el sentido común. Cuando notó que Zac le colocaba una mano en el pecho, gimió. Esto provocó que Zac se retirara un poco. Entonces, él le mordió el labio inferior y contempló cómo el rostro de Rose se encendía por la pasión.

—¿Crees ahora que estoy sobria? —preguntó ella en un hilo de voz.

Casi no se reconocía en aquellas palabras ni en el deseo que se había apoderado de todo su ser. La excitación le recorría el cuerpo sin que pudiera contenerla. Por primera vez en su vida, ansiaba dejarse llevar, perder el control…

Sin embargo, aquello no estaba bien. Era demasiado pronto y, además, Zac no era el hombre especial al que ella podría confiarle su vida o su corazón. El problema era que, cuando lo miraba, sabía que lo deseaba más que permanecer a salvo en su burbuja, libre y protegida de todas las emociones.

—Ya sabes que te deseo… —susurró Zac acercándose de nuevo a ella.

Rose tragó saliva.

—Eso parece…

—La piel te sabe a champán… resulta muy agradable —murmuró él mientras le deslizaba la lengua por la curva de la mandíbula, —pero preferiría que te supiera a mí… Y que yo supiera a ti…

—Dios… —musitó Rose contra los labios de Zac. Las imágenes que las palabras de él estaban evocando la volvían débil de deseo. —Sí, por favor…

Cuando Zac la tomó en brazos, le pareció que ella era increíblemente ligera. Tenía los huesos delicados y su piel era tan suave… Sin embargo, las manos con las que ella le rodeó el cuello y la espalda tenían fuerza y determinación, una fuerza y determinación que él aprobaba y que la empujó a ella a comenzar a desabrocharle los botones de la camisa. A continuación, Rose deslizó las palmas de las manos sobre el torso y los hombros.

La distancia que los separaba del cuarto de baño era muy corta, pero cuando por fin llegaron allí y Zac la dejó de pie sobre el suelo, los dos jadeaban como si hubieran estado corriendo una maratón. Durante un

instante, Rose se miró en el espejo, que estaba a espaldas de Zac. Le pareció que la mujer que le devolvía la mirada era una desconocida. No reconocía la excitación que se había reflejado en el rubor de sus mejillas, ni el brillo de los ojos… No solo se sentía una persona completamente diferente, sino que también lo parecía.

—Estás temblando…

Rose asintió. Entonces, Zac le enmarcó el rostro con las manos.

—Y estás ardiendo también.

Efectivamente, Rose ardía por él. Cuando volvió a asentir, ella comprendió que había sellado su destino. La necesidad también consumía a Zac y lo empujaba más allá de toda explicación lógica. Era mucho mayor que la lealtad que sentía hacia un amigo, mucho mayor que ninguna otra consideración en aquel momento.

—En ese caso, no necesitas esto.

Zac le agarró la parte inferior del top y, sin dejar de mirarla a los ojos, empezó a subir las manos. Rose no trató de escapar a la carnalidad de su mirada. Se sentía más excitada de lo que nunca hubiera creído posible. Levantó los brazos y dejó que él le sacara la prenda, húmeda y sucia, por la cabeza.

Zac la tiró al suelo mientras que Rose se desabrochaba el broche del sujetador. Los pechos quedaron libres cuando ella dejó caer la prenda también al suelo. Rose levantó la babilla. No comprendía por qué no se sentía avergonzada. Era como si Zac hubiera despertado en ella algo que había permanecido latente todos aquellos años. Nunca se había sentido tan sexy y deseable. La idea de que un hombre como Zac la deseara le resultaba increíblemente excitante.

Los ojos de él se oscurecieron al contemplar los hermosos senos.

—Perfectos…

La besó apasionadamente en los labios mientras cubría uno de los pechos con la mano. Rose gimió de placer cuando él comenzó a acariciarle el pezón con el pulgar. Instantes después, lo reemplazó por los labios y la lengua.

Rose se aferró con fuerza a la camisa, de manera que esta terminó de desabrocharse mientras él la besaba de aquella manera. Instantes después, Zac se puso de rodillas y le desabrochó los pantalones y se los bajó lentamente por los muslos.

Rose le estaba dando el poder para que él pudiera hacerle daño. Nunca había imaginado que se sentiría así. Nunca había querido correr el riesgo. Tal vez algún día se lamentaría de aquella decisión, pero, en aquel momento, sabía que si no daba el paso se arrepentiría de no haber conocido lo que la esperaba al otro lado.

Temblaba de placer, sintiendo cómo la lujuria se apoderaba de su cuerpo. El calor se iba apoderando de ella. Entonces, cuando Zac comenzó a desnudarse, se le olvidó respirar. Él se arrancaba prácticamente la ropa, presa del frenesí y la impaciencia, una impaciencia que ella compartía. Rose quería que la pasión terminara con todas las dudas y los temores que llevaba experimentando toda su vida. Quería perderse en él.

Por fin, Zac estaba prácticamente desnudo. Solo le quedaban los calzoncillos, que se ceñían a sus estrechas caderas y resultaban totalmente inadecuados para ocultar la fuerza de su excitación.

—Necesito…

Rose no pudo seguir hablando. Se puso de puntillas y rodeó el cuello de Zac con los brazos. Deslizó los dedos por el espeso cabello y dejó que sus excitados pechos se apretaban contra el torso cubierto de oscuro vello. Le deslizó la manos por los fuertes músculos que le definían los hombros y, a continuación, bajó hacia la cintura.

Se besaron apasionadamente. Rose estaba tan centrada en lo que sentía que no se percató de que él le había deslizado las manos por el trasero y la había levantado para entrar así con ella en la ducha.

Cuando Zac abrió el grifo, el impacto del agua contra la piel hizo que Rose contuviera la respiración. Zac la dejó sobre el suelo y le bajó las braguitas. Un segundo más tarde, hizo lo mismo con su propia ropa interior.

El contacto piel a piel hizo que Rose dejara escapar un grito de placer. Se sentía delicada pequeña, muy femenina comparada con la firme masculinidad de Zac. La presión de la erección contra su vientre provocó que el anhelo que sentía entre las piernas alcanzara otro nivel. Rose se frotó contra él, haciendo que la fricción alimentara la pasión que ardía dentro de ella y la hiciera explotar dentro de su cuerpo.

Le gustaba aquella versión tan liberada de sí misma. Incluso disfrutaba sintiendo el asombro que esta la producía. Resultaba muy liberador.

La mirada de Zac brillaba de deseo. Tenía un aspecto fiero y peligroso. Mientras el agua le caía por el cabello y el cuerpo, sonrió con picardía. Rose sintió que el corazón amenazaba con detenérsele.

Vio que Zac tenía el jabón en las manos. Se inclinó contra la pared y echó la cabeza hacia atrás. Una expresión de disfrute en estado puro transformó su rostro cuando el agua comenzó a caer con fuerza sobre él.

Zac comenzó a enjabonarle los pechos. Las manos la masajeaban y la acariciaban, volviéndola loca. Prestó atención especial a los erectos pezones de Rose antes de bajar un poco más las manos y, por último, ponerse de rodillas. La ligera barba le quemaba el interior del muslo. Rose se sentía flotando en una nube de sensualidad y de deseo que parecía haberse adueñado de cada célula de su cuerpo.

Cuando sintió que Zac se retiraba, protestó, pero él no tardó en regresar a su lado con un preservativo en la mano.

—Te voy a proteger, no te preocupes…

Rose sabía a lo que se refería, pero a ella le hubiera gustado otra clase de protección, una protección que él nunca le daría… Decidió apartarse de aquella línea de pensamiento antes de que la llevara a un territorio prohibido.

Zac le agarró las manos y se las apretó contra la pared de la ducha. Entonces, se pegó contra su cuerpo hasta que la piel húmeda de ambos comenzó a deslizarse la una contra la otra. Si había algún momento en el que Rose debería haberle dicho que aquella era su primera vez, habría sido aquel. Sin embargo, la posibilidad de que Zac se echara atrás era un riesgo que Rose no estaba dispuesta a afrontar.

Zac le agarró el trasero con ambas manos y la levantó.

—Rodéame la cintura con las piernas y agárrate a mí…

Rose hizo lo que él le había pedido y gimió de placer en el momento en el que sintió el contacto, la presión. El sexo le palpitaba con una necesidad que parecía igualar a la de él. Comenzó a moverse contra el cuerpo de Zac, siguiendo sus instintos y dejándole muy claro lo mucho que lo deseaba.

Zac dejó escapar un gruñido de placer en el momento en el que se hundió en ella. Contuvo la respiración al notar la tensión del cuerpo de Rose cuando le abría paso. Ella arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás. La línea entre el placer y el dolor se hizo borrosa y, de repente, sintió un momento de pánico. ¿Y si lo hacía mal?

—No sé qué…

De repente, Zac comprendió la verdad. La sorpresa que experimentó dio paso inmediatamente a una posesiva ternura que no había experimentado antes. Nunca había tenido relaciones con una mujer virgen.

—Relájate… No hay reglas. Solo las que nosotros hagamos…

—Esto es… ¡Eres increíble! —exclamó ella mientras comenzaba a moverse ligeramente para recibirlo, acogiéndolo más profundamente.

La ronca voz de Zac decía palabras que no necesitaba traducir. Sentía su hermoso cuerpo rodeándola por todas partes, fundiéndose con el suyo. Las sensaciones fueron acrecentándose y, cuando por fin llegaron a lo más alto, se convirtieron en una oleada tan intensa que tuvo que aferrarse con fuerza a él por temor a que aquel tsunami de placer la envolviera por completo. El fuerte cuerpo de Zac arremetía poderosamente contra el de ella hasta que, por fin, llegaron a un momento de fusión perfecta. Rose gritó su nombre y tembló de placer cuando el gozo del éxtasis la golpeó por fin.

Se sentía como si estuviera flotando, pero, en realidad, estaba sobre el suelo de la ducha. Los dos se miraron, arrodillados y abrazados, mientras luchaban por recuperar el aliento.

—Dios… —dijo ella por fin. —Ha sido… Dios…

Rose quería reír y llorar. Apoyó el rostro sobre el hombro de Zac.

—Ha sido un sexo muy bueno.

Ella sintió que la tensión se apoderaba de sus hombros. ¿Había sido real o imaginado el énfasis con el que él había pronunciado la palabra «sexo»? ¿Era la adición de la palabra «solo» producto de su propia paranoia?

Rose deseó que así fuera. Era un misterio que una persona pudiera hacer el amor mientras que para otra solo fuera sexo.

Decidió no seguir pensando de aquella manera tan deprimente. Sabía que iba a terminar con el corazón roto, pero ¿por qué anticipar el momento? Tenía mucho más sentido disfrutar lo que estaban viviendo.

Se soltó de él y trató de ponerse de pie, pero las piernas se le doblaron. Le temblaban, una reacción lógica a la intensidad de lo que habían compartido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Zac. Se había puesto de pie en un segundo y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse. Con la otra mano, cerró el grifo.

Rose la aceptó. Con la mano que le quedaba libre, se cubrió los senos.

—¿Qué puedo decir? Haces que se me doblen las rodillas.

En ocasiones, la verdad era la mejor defensa. No en aquella. Además, le faltó añadir un cierto tono jocoso a su afirmación. No pudo.

—Nunca he hecho… bueno, nunca he tenido sexo en la ducha.

—Ya me he dado cuenta… —respondió él con una frase cargada de significado. —¿No te parece que habría estado bien que me lo advirtieras antes?

Zac se había dado cuenta. Rose no estaba segura cómo responder a aquella pregunta, así que decidió ignorarla.

—Gracias —murmuró cuando él le dio una enorme toalla de baño para que se secara. No había nada cariñoso en el gesto, pero la amabilidad con la que él lo hizo le provocó a Rose un nudo en la garganta.

A pesar de que la estaba ayudando a ella a taparse, Zac no parecía tener prisa por cubrirse él. Mostraba una total falta de inhibición, algo con lo que a Rose no le molestaba. Zac era un hombre espectacular.

Por fin, él se dirigió al otro toallero y tomó una toalla, que se colocó con gesto casual alrededor de la cintura. Rose dejó escapar un suspiro de apreciación. Su cuerpo exhalaba una absoluta perfección. Decidió que sería mejor que dejara de pensar en aquellos términos porque su cuerpo estaba empezando a experimentar sensaciones confusas. Tenía que empezar a seguir el ejemplo de Zac y a considerar lo ocurrido como sexo. Un sexo estupendo, pero solo eso. Sexo.

Sin embargo, para ella no lo era. Los sentimientos implicados habían sido intensos. Intentó apartarlos porque, de repente, se sintió demasiado cansada para seguir por aquel camino. Debía ser la nueva Rose, la que vivía el momento y exprimía la vida al máximo.

En aquellos momentos, estaba en el cuarto de baño con un hombre desnudo. ¿Qué ocurría a continuación?

—Lo que ocurre es que ahora nos vamos al dormitorio.

Rose se tapó la boca con una mano. Lo había dicho en voz alta.

—Si es lo que te gustaría, claro está…

—Estaría… bien…

«¿Bien, Rose» ¡En serio!».

—Sí, a mí también me lo parece…

Zac no parecía saciarse de ella. Le ofreció una mano, que ella aceptó, y tiró de ella. La tomó en brazos y la llevó al dormitorio. El tacto de su cuerpo, cálido, desnudo y delicado, volvió a despertar en él el deseo.

Zac supo que había cruzado la línea que Marco le había marcado, pero, si tuviera que volver a elegir, volvería a hacer lo mismo. Llevaba deseando cruzar aquella línea desde el momento en el que la vio. No había tenido nada que ver con la lógica, sino que estaba a un nivel totalmente instintivo.

Había sabido que sería increíble, pero, en realidad, había superado todo lo que había imaginado. Y cuando se dio cuenta de que era virgen… Aquel descubrimiento debería haberlo horrorizado, pero, por el contrario, había alimentado aún más el sentimiento de posesión que Rose despertaba en él.

Había rodeado su existencia con muros de aislamiento que le reportaban a él y sobre todo a los que más quería, una total seguridad. Por primera vez, aquellos muros habían empezado a desmoronarse. En cuestión de horas, Rose los tenía prácticamente demolidos. Ella le había hecho pensar lo que sentiría si la llevaba al interior de esos muros y la protegía también.

El nivel de anticipación de Rose estaba por las nubes cuando Zac la tumbó en la cama y se unió a ella, inclinándose sobre su cuerpo con una mano apoyada sobre el cabecero y la otra acariciándole el rostro.

—Pensaba que no salías con tus empleadas.

Zac prácticamente no la escuchó. Solo veía cómo entreabría los suaves labios y pensaba en que le abriría también las piernas. La besó apasionadamente.

—Y no lo hago. Tú no eres una empleada… eres Rose. Y te deseo tanto que me siento enfermo —murmuró mientras la besaba delicadamente el cuello. Por fin, encontró la boca y, para poder disfrutar aún más de la suavidad de su cuerpo, los cubrió a ambos con la sábana.

—Esto es…

Zac había empezado a bajar poco a poco por el vientre de Rose y a ella se le olvidó prácticamente respirar. Levantó la cabeza. Tenía los ojos oscuros y llenos de pasión. —¿No quieres?

—Claro que quiero… quiero… —dijo. Se detuvo en seco y apretó los ojos para no decir las palabras prohibidas en voz alta. «Te quiero»—. Quiero todo —añadió en voz alta. Sintió de nuevo el calor de los labios de Zac sobre su cuerpo y apretó con fuerza los ojos. —Me gusta todo lo que me haces…

Zac animó la insaciable curiosidad que ella tenía por explorar su cuerpo hasta que llegó al punto de que los labios y la lengua de Rose estaban minando su autocontrol.

Él agarró las manos de Rose y las inmovilizó por encima de la cabeza de ella. Entonces la besó con una debilitadora ternura que provocó lágrimas de emoción en sus ojos.

—¿Tienes idea de cuántas fantasías he tenido sobre tu cuerpo?

La respiración de Rose se aceleró. El fuego le ardía bajo la piel.

—Vamos a probar ir lentamente, a ver qué tal así…

Rose guardó silencio por temor a romper el embrujo que había tejido la voz de Zac. Se limitó a sentir cómo él le tocaba suavemente el rostro, deslizando un dedo sobre su mandíbula hasta llegar a los gruesos labios. Ella abrió la boca y le atrapó el dedo entre los dientes. Después, le agarró la mano y apretó la palma contra los húmedos labios. A continuación, la dejó caer para recibir de nuevo los labios de Zac sobre los suyos. Besos. Caricias. Sus sentidos alcanzaron un grado de excitación máxima.

Abrió los ojos y lo miró. Se dio cuenta de lo que quería en cuerpo y alma. Lo deseaba con una ferocidad que la asustaba. La emoción le hizo un nudo en la garganta.

—Eres tan guapo —susurró mientras deslizaba una mano por el fuerte torso y los abultados músculos del vientre. Le encantaba la textura de su piel, le encantaba… Sacudió ligeramente la cabeza y deslizó la mano un poco más. Vio cómo los ojos de Zac se oscurecían cuando, por fin, le agarró con fuerza el miembro entre los dedos.

No eran solo las caricias de Rose lo que torturaba a Zac. Era también el deseo que veía en sus ojos. Aquellos ojos tocaban una parte de su corazón que llevaba mucho tiempo congelada. Era como si la sangre estuviera volviendo a una extremidad congelada. La sensación era de dolor y de placer a la vez.

—Despacio, ¿recuerdas? —le susurró mientras la hacía cambiar de posición con un rápido movimiento. —Quiero que disfrutes. Quiero que esto sea especial.

Se recordó que todo aquello era nuevo para ella. Mientras se aferraba a una paciencia y una ternura que no había sabido que poseía, sintió que también era nuevo para él también.

—Eres especial, Zac —murmuró Rose mientras él le deslizaba una mano entre las piernas.

Zac era la pura esencia de la masculinidad. El deseo la había despojado de la lógica y el orgullo mientras se retorcía bajo la deliciosa tortura de las hábiles caricias a las que él sometía a cada centímetro de su cuerpo.

Fue Rose la que, incapaz de soportar un instante más aquella deliciosa tortura, lo guio entre las piernas y lo condujo dentro de su cuerpo. El poder medido de los envites de Zac la transportaron a un lugar en el que solo existían sus jadeos, sus gemidos y el deseo que había entre ambos. Cuando el clímax explotó entre ellos, Rose dejó de respirar y se centró en todo lo que estaba ocurriendo dentro de ella.

Mientras las deliciosas sensaciones recorrían su cuerpo, se dejó caer sobre él y colocó la cabeza sobre su torso. Todas sus extremidades se vieron poseídas por un suave letargo.

—Lo de ir lento me gusta —murmuró por fin mientras se acurrucaba a su lado.

Zac sintió el momento en el que la respiración de Rose cambió. Se apartó un poco para mirar su rostro dormido. Con el rostro iluminado por la lámpara de la mesilla de noche, su imagen parecía estar a años luz de la Rose desinhibida que había reclamado su pasión y la había igualado. La Rose dormida tenía un aspecto vulnerable, frágil, pero él sabía que no era una imagen cierta. La mujer con la que acababa de hacer el amor era fuerte y osada.

¿Había más facetas de Rose por descubrir?

Desgraciadamente, ella no estaría en su vida el tiempo suficiente como para que él pudiera descubrirlo. Estaban compartiendo un instante, no una vida entera.

Podría haberse retirado para refugiarse en su propio dormitorio, que, por otro lado, era lo que solía hacer. Sin embargo, apagó la luz y se quedó dormido oliendo el cabello de Rose.

# *Capítulo 12*

CUANDO Zac se despertó, tocó suavemente el colchón, pero lo encontró vacío. Se incorporó inmediatamente en la cama y, sin pensar, apartó las sábanas para levantarse. En cuanto tocó el suelo con los pies, oyó un ruido de bebé. Un ruido, no llanto.

Se puso los calzoncillos que se había quitado al tumbarse en la cama junto a Rose y se dirigió a la habitación de Declan. Vio que la puerta estaba abierta. El dormitorio estaba iluminado por una suave luz nocturna que dibujaba siluetas de animales sobre las paredes y el techo.

Rose estaba de pie en medio de la estancia, cantando suavemente a Declan, al que tenía en brazos. Como si sintiera la presencia de Zac, giró la cabeza para mirarlo. Después de observarlo atentamente durante unos segundos, miró al bebé y se llevó un dedo a los labios como advertencia.

Él vio cómo se inclinaba sobre la cuna y colocaba al pequeño delicadamente sobre el colchón. Cuando vio la delicadeza con la que lo tapaba, sintió que algo se tensaba dentro de él. Durante unos instantes, se le olvidó respirar.

Rose levantó la mirada. Cuando los ojos de ambos se cruzaron, ella pareció interrogarle. Se produjo un tenso silencio.

«Es solo sexo», se recordó Zac.

Como si quisiera ponerlo todo en perspectiva, se oyó decir una absoluta estupidez.

—Me gusta tu perfume.

Vio cómo ella fruncía el ceño y lo miraba totalmente confundida, lo que no era de extrañar dado que él había hablado como si fuera un atolondrado adolescente.

—No llevo perfume —susurró ella mientras se acercaba a él y miraba por encima del hombro para asegurarse de que no habían despertado al bebé.

Zac se dio la vuelta y salió del dormitorio. Esperó a que Rose saliera también y observó cómo dejaba la puerta entreabierta.

—Siento haberte molestado —susurró.

Zac extendió la mano y le agarró el brazo, solo porque necesitaba tocarla. Rose se había puesto un delicado camisón.

—Deberías haberme despertado.

Rose se había despertado junto a un hermoso hombre y había pensado que era un sueño. Lo había tocado para asegurarse de que era real. El beso no había sido necesario, pero había sido incapaz de resistirse, como si quisiera comprobar que todo era real.

—¿Por qué estás sonriendo? —le preguntó él con cierta sospecha. —Es un camisón muy recatado.

—Estoy segura de que las damas victorianas también besaban cuando nadie miraba —replicó ella pícaramente.

—Solo las más frescas —comentó él mientras la besaba suavemente. Rose había leído sus intenciones, pero contuvo el aliento de todas maneras. Después, cuando él profundizó el beso, gruñó suavemente.

—¿Estás comprobando que no le he estado dando al vino de cocinar? —susurró ella.

—No sabes a vino, pero tampoco sabes a mí. Creo que deberíamos hacer algo al respecto.

—Bueno, no sé…

—Yo sí lo sé… Sé muchas cosas que a una dama pícara podrían gustarle. Y soy un buen profesor.

Rose se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Te parezco pícara?

—Totalmente. ¿Crees que Declan se podría despertar otra vez?

—Con un bebé, siempre existe esa posibilidad.

—En ese caso, no perdamos tiempo…

Zac la levantó en brazos y la llevó de nuevo a la cama.

Mucho más tarde, Rose descansaba con la cabeza sobre el húmedo torso de Zac, escuchando su corazón. Los dedos de él estaban enredados en su cabello.

—Sí que eres un buen pro-profesor —dijo. Levantó el rostro un instante y lo miró a través de las pestañas. Entonces, le besó la barbilla y volvió a acurrucarse contra él. —Espero que Declan no se despierte ahora —añadió con un bostezo.

Declan no se despertó hasta la mañana siguiente, cuando Zac ya se había marchado.

Aquella mañana marcó cómo iban a ser los siguientes diez días. Zac pasaba las noches con ella, pero se había ido cuando Rose se despertaba. Durante el día, ella cuidaba de Declan. Así había sido al principio, aunque, en los últimos días, Zac había hecho una pausa en su jornada laboral y se había presentado inesperadamente para pasar un rato con ellos. Rose admiraba el esfuerzo que estaba haciendo para crear un vínculo con el bebé. El día anterior, Declan había estado dormido durante todo el tiempo que Zac estuvo con ellos. Rose se disculpó por ello y Zac la había mirado de un modo… Rose repasó aquel instante una y otra vez y, efectivamente, estaba totalmente segura de que la mirada había sido extraña.

Tal vez él le había leído el pensamiento.

Aquella idea la preocupaba, dado que sus pensamientos eran francamente tontos. Aquello no era lo que se sentía al formar parte de una familia. Las familias eran para siempre y lo que había entre ellos… ¿cuánto tiempo iba a durar?

Decidió apartar aquella pregunta, la pregunta que hubiera estropeado un momento perfecto.

Rose no podía enmascarar ni con todo el esfuerzo del mundo la anticipación que sentía cuando Zac iba a su dormitorio cada noche. Ni siquiera lo intentaba. ¿De qué servía? Por mucho que adorara los días, vivía para las noche. ¿Qué pasaría cuando llegara el momento inevitable en el que Zac no acudiera a su cama? En ocasiones, pensaba que sería mucho más fácil que él perdiera el interés inmediatamente. Cuanto más tardara, más sufrimiento implicaría, mientras que si ocurría pronto…

¡Pronto le dolería exactamente lo mismo!

En ocasiones, no había manera alguna de transformar una situación a la que uno entraba con los ojos totalmente abiertos. Ella no sería la primera

mujer a la que se le rompiera el corazón por Zac Adamos. Sin embargo, sintió una melancólica envidia por la mujer que fuera la última.

Eran las primeras horas de la tarde y, hasta entonces, Zac no se había presentado. Rose estaba aprovechando la presencia de Camille en la habitación de Declan para salir cuando por fin se encontró con él. Ella se había dirigido hacia la playa y estaba paseando por la arena con los zapatos en la mano y jugando con las olas en la orilla.

—¿Te estás divirtiendo?

Rose se volvió para mirarlo y se olvidó de las olas. Una de ellas le golpeó con fuerza en las piernas y la empapó la ropa hasta la cintura. Zac, por su parte, llevaba la corbata desabrochada alrededor del cuello, pero parecía que acababa de salir de una importante reunión. Tal vez así había sido. El único lugar en el que estaban al mismo nivel era la cama. En el resto de los sitios, él era sin duda el jefe.

—¿Te tomas vacaciones alguna vez? —le preguntó ella.

Zac sonrió. El gesto de su rostro pareció menos profesional y mucho más sensual.

—Si estuviera de vacaciones, te estaría dando clases de natación —respondió. Se quitó la americana y la sujetó por encima del hombro con una mano.

—Ya te dije que no quiero que me des clases de natación.

—¿De verdad crees que no estoy cualificado o es que no confías en mí?

—Sé que eres muy buen profesor y sí, claro que confío en ti.

—Entonces, ¿tienes miedo?

—Así es.

Zac frunció el ceño y pareció totalmente descompuesto.

—Te aseguro que estarías totalmente a salvo conmigo —protestó.

—No tiene nada que ver contigo —replicó Rose. —Cuando tenía nueve años, mi padre, que pensaba que era un gran profesor, me arrojó a un río. Él parecía seguir el método de o nadas o te hundes. Y yo me hundí. No me atraganté un poco, sino que estuve a punto de ahogarme. Los médicos dijeron que el frío me ayudó. Mi cuerpo quedó en estado de letargo, por lo que no tuve daños cerebrales a pesar de haber estado

privado de oxígeno durante tanto tiempo. Así que, si no te importa, prefiero chapotear en el agua.

—No lo sabía…

Zac se sintió profundamente afectado por lo que acababa de escuchar. Pensó en un mundo sin Rose y sintió un vacío tan fuerte que, durante varios minutos, solo vio negrura. De hecho, se quedó tan impactado que Rose se sintió culpable por haberle contado aquella vieja historia. Nunca lo había hecho antes y deseó no haberlo hecho delante de Zac. No quería parecer una víctima, tal y como había visto que su padre hacía con tanta frecuencia. Nunca había aceptado responsabilidad alguna en su vida.

—Mi padre nunca aceptó que yo había estado en peligro porque eso le habría hecho responsable, un papel que a él no le gusta representar.

Zac frunció el ceño. Parecía que Rose sabía perfectamente lo que era su padre. Inmediatamente, estuvo totalmente seguro de que ella no se parecía en nada a su progenitor.

—Mi padre fue adornando la historia a lo largo de los años, haciendo que pareciera una broma: que yo salté y que exageré todo lo ocurrido. Así que no quiero aprender a nadar. Ahora, ¿podemos hablar de otra cosa? Por cierto, ¿has conseguido hablar con tu padre? —comentó Rose. Entonces, se detuvo en seco al darse cuenta de que el abrupto cambio de tema la había delatado. —La puerta de tu despacho estaba abierta y saltó el contestador. Lo siento. No debería haber escuchado, pero lo hice.

—No tenía cobertura en el móvil, pero me llamó más tarde —dijo él. Parecía divertido por cómo había admitido ella su culpa. —Me dijo que había llamado al teléfono de casa.

—Eso de la fiesta familiar suena fenomenal.

«¿Dónde estaré yo dentro de tres semanas?».

Rose apartó el pensamiento y se recordó que había decidido vivir el momento. El problema era que quería que aquel momento durara para siempre.

—Podrás presentar a Declan a sus primos —añadió alegremente.

—No estoy libre.

Zac observó cómo la alegría desaparecía del rostro de Rose. Observó el modo en el que había apretado los labios y recordó que había estado pensando en ellos todo el día. Ninguna mujer lo había distraído de aquella

manera antes, pero nunca había deseado a ninguna mujer como deseaba a Rose.

—Vaya, di por sentado que querrías presentar a Declan a tu familia. Lo siento, no es asunto mío. No tienes ni idea de la suerte que tienes. Tienes una familia que te quiere y que desea formar parte de tu vida —le espetó de repente. Zac la miró muy sorprendido. —Y tú no haces más que rechazarlos y apartarlos de tu lado. Puedes hacer lo que quieras con tu vida, pero Declan se beneficiaría mucho de tener una familia así. No tiene por qué sen-sentirse solo…

—¿Fuiste tú una niña solitaria? —le preguntó. De repente, sintió una insoportable presión en el pecho al imaginársela sola. Solo pensarlo le dolía.

—Una puede sentirse sola en una sala repleta de gente.

—No estás respondiendo a mi pregunta.

—Tal vez —suspiró ella, llena de resignación, —pero no más que ningún otro hijo único. Nos mudábamos con frecuencia y resultaba difícil hacer amigos.

Zac se acercó a ella. Rose permaneció inmóvil, conteniendo el deseo de apoyar la cabeza contra el torso de él. Ansiaba el contacto físico, la ilusión de seguridad que le ofrecía.

—Conozco las cicatrices invisibles…

—Yo no tengo cicatrices.

Zac ignoró sus protestas y le enmarcó el rostro con sus grandes manos, capturando sus ojos con su mirada de azabache.

—Entonces, ¿por qué soy yo tu primer amante?

Rose consideró la pregunta durante unos instantes.

—Bueno, no me estaba reservando para mi príncipe azul —comentó entre risas, que se fueron debilitando ante la atenta mirada de Zac. —Está bien. Mi padre es un mentiroso muy convincente —añadió. Dio un paso atrás e hizo que Zac apartara las manos, aunque inmediatamente echó de menos el contacto. —Supongo que tengo algunos problemas de confianza.

La implicación de aquellas palabras era que Rose confiaba en él. Zac no tardó en captar la ironía. Él le había estado mintiendo, al menos por omisión, desde el principio. El sentimiento de culpabilidad le dejó un regusto amargo en la boca. El hecho de que lo estuviera haciendo por un amigo no cambiaba las cosas.

Zac reconocía que era egoísta y que raramente elegía la opción que no le interesaba más a él. Sin embargo, eso no hacía que se sintiera orgulloso. Podría hacer que Rose siguiera ignorando la verdad y seguir teniéndola al mismo tiempo en su cama, pero ella se merecía saber que, por fin, tenía la familia que tanto ansiaba. Ni él ni Marco tenían derecho alguno a negárselo.

Su plan era contarle la verdad antes de informar a Marco. Se lo debía. Cuanto antes terminara aquella farsa, mejor para él. Además, lo que tenía que decirle a Marco era muy breve, casi inexistente. En lo que se refería a Rose Hill, ella era exactamente lo que se veía.

No podía predecir la reacción que Rose tendría cuando le dijera la verdad, pero estaba seguro de que decidiría marcharse. Mejor. Cuanto antes, mejor. Se conocía lo suficientemente bien como para saber que la atracción que sentía desaparecería.

—Además, hay una cena y me gustaría que tú fueras la anfitriona.

Rose lo miró asombrada.

—Estoy segura de que Arthur está mucho más capacitado que yo para eso. Seguramente conseguiría que la gente se fuera a sus casas con el abrigo equivocado.

—Creo que no me estás entendiendo. No quiero que te ocupes de los abrigos. Estarás a mi lado y, por lo tanto, he hecho que Arthur te envíe a nuestro dormitorio algunas prendas apropiadas. Espero que haya algo que te guste.

—¿A nuestro dormitorio?

—Está bien, a tu dormitorio. Además, antes de que protestes, sé que no tienes nada adecuado para ese tipo de celebración. En realidad, no es nada más que un uniforme.

—¿Significa eso que lo que me estás pidiendo forma parte de mi trabajo?

—No pongas en mis labios palabras que no he dicho. Para que conste, no le estoy pidiendo a la niñera de Declan que sea la anfitriona de mi fiesta, sino que se lo estoy pidiendo a la hermosa mujer que comparte mi cama que sea mi acompañante para esa noche. ¿Me harás el honor de serlo? Será algo íntimo, unas veinte parejas o así. Tenía la intención de celebrarlo en Londres, pero las circunstancias…

Es decir, otra mujer lo habría acompañado si la cena se hubiera celebrado en Londres. Ella tan solo era una sustituta de última hora. La perspectiva no era muy halagüeña.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Comer, beber, conversar y ser amable… Nada demasiado difícil.

Rose guardó silencio durante unos minutos, mientras consideraba su respuesta.

—Está bien —dijo por fin. —Lo haré, pero lo que me ponga lo pagaré yo —añadió. —Quiero que restes el coste del vestido de mi primer sueldo.

—De acuerdo —replicó Zac sin dudarlo. No vio motivo alguno para decirle que haría falta más de un sueldo para pagar cualquiera de las prendas que había escogido para ella.

—Está bien.

Zac observó sus labios, fruncidos con satisfacción. Sintió la tentación de ignorar su conciencia y no decirle la verdad a Marco para tenerla un tiempo más a su lado.

—¿Y qué será exactamente lo que tendré que hacer en esa cena?

—Hacer que los invitados se sientan a gusto.

—¿Y cómo se supone que tengo que hacer eso?

—A la gente le gusta hablar de sí mismos. Debes mostrar interés y…

Zac dudó un instante. Contempló a Rose y llegó a la conclusión de que pocas personas tenían el carisma y la calidez que ella transmitía con su sonrisa. El hecho de que ella pareciera ignorar por completo su poder lo hacía aún más eficaz.

—Ser simplemente tú misma, Rose.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

# *Capítulo 13*

PARECÍA que los invitados no se iban a quedar en la mansión. Tal y como Arthur le explicó, regresarían a Atenas en helicóptero una vez que hubiera terminado la fiesta. Armada con la información de que había treinta invitados y los halagos que Camille le había dedicado a su vestido, Rose se dispuso a unirse a Zac. Él la estaba esperando en la biblioteca.

Tocó suavemente el collar que había elegido ponerse entre los que le habían presentado y que hacía juego con el vestido. Este era un sencillo vestido con corte al bies, en un tono verde musgo, con tirantes muy finos y cuello desbocado que ayudaba a ocultar el volumen de sus senos. Por suerte, las piedras no eran esmeraldas de verdad porque, si lo hubieran sido, valdrían una fortuna. Se preguntó si las personas que lucían esmeraldas de verdad se ponían nerviosas por llevar tanto dinero encima. Sin embargo, ese no era un problema del que ella tuviera nunca que preocuparse.

Entró en la biblioteca sin llamar. Zac, que estaba mirando por la ventana, se dio la vuelta. Él estaba espectacular con un elegante esmoquin hasta el punto de que Rose deseó que la impresión que se había llevado no se le hubiera notado en el rostro.

Zac había querido darse el capricho de verla con la clase de ropa que ella se merecía llevar. Jamás olvidaría aquella imagen de Rose allí de pie, con el vestido verde ciñendo sus hermosas curvas, adornada con carísimas joyas y con su glorioso cabello recogido informalmente en la nuca. Sintió un enorme deseo de acercarse a ella y soltarle el pelo para que le cayera por la esbelta espalda.

—Estás muy hermosa…

Rose esbozó una sonrisa. Sentía un hormigueo en la piel. Quería decirle lo que sentía. Una palabra o gesto de Zac le hubiera dado el valor necesario, pero el aire distante que él tenía le hacía sentirse increíblemente

estúpida por querer declararle unos sentimientos que iban a provocar rechazo en él.

—Estoy deseando que empiece la fiesta —mintió. Sabía que, lo que había entre ellos, fuera lo que fuera, iba a terminar mal. ¿De verdad importaba que lo hiciera aquella noche en vez de otra más adelante?

En la sala en la que se iba a celebrar la fiesta había un cuarteto de cuerda tocando. En cuanto Zac y Rose llegaron, todos los invitados, que bebían y charlaban animadamente, se volvieron para mirarlos.

Rose se quedó totalmente inmóvil hasta que sintió que Zac le colocaba la mano en la parte baja de la espalda y la tranquilizaba. Él observó orgulloso cómo Rose superaba sus temores y se relajaba. Cuando por fin se sentaron a cenar, parecía estar completamente a gusto.

Sin embargo, en realidad no era así. Rose sabía que todo iba bien y deseó poder disfrutar de su éxito, pero no quería estar allí. Le habría gustado estar a solas con Zac, disfrutar de su compañía y aspirar a poder tener un futuro a su lado. Sin embargo, él solo quería sexo. El futuro con el que ella tanto soñaba nunca iba a ser al lado de Zac.

El esfuerzo de mantener las apariencias le resultó agotador. Cuando por fin todos los invitados se marcharon, se sentía exhausta.

—Ahora tomaremos una copa en la biblioteca —le dijo Zac justo antes de que fuera a acompañar a los últimos invitados al helicóptero.

El tono de su voz sugería que sería algo más que una copa. Por algún motivo, Rose decidió que seguramente él le iba a decir que todo había terminado entre ellos y ya no pudo quitarse esa idea de la cabeza.

Se dirigió sola a la biblioteca. Decidió que mantendría una actitud digna, que no se derrumbaría ni diría ninguna estupidez. Mientras esperaba, recorrió la estancia examinando los objetos que había sobre las estanterías. Sin querer, golpeó un jarrón con el codo, pero consiguió atraparlo antes de que cayera al suelo. En el proceso, empujó ligeramente un portátil que debía de estar suspendido porque, de repente, la pantalla se iluminó.

Sobre la pantalla, vio una imagen y un artículo de periódico.

Marco Zanetti, el Príncipe Heredero de Renzoi, ha contraído matrimonio hoy en la catedral de la isla. Al enlace asistieron miembros de la realeza europea y muchos rostros famosos, entre los que se encontraba su buen amigo, el multimillonario griego Zac Adamos.

Rose leyó el párrafo tres veces. Después, se centró en la fotografía, sobre todo en el rostro de la princesa. Era su mismo rostro, como si otra mujer se hubiera puesto su cara.

En ese momento, Zac entró en la biblioteca y vio la imagen que aparecía en la pantalla del ordenador. Comprendió que había llegado demasiado tarde.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó Rose, pálida como una difunta.

—Tu hermana gemela. Tu padre se negó a quedarse también con ella cuando tu madre murió. Ella fue adoptada.

—¿Una hermana… una hermana gemela?

—Tu madre os quería a las dos. Os amaba a las dos —afirmó Zac.

—¿Mi madre no me abandonó? ¿Tengo familia? ¿Y tú lo sabías? —le espetó. —No lo comprendo, Zac… —añadió. Pero sí lo comprendía. Poco a poco, fue entendiendo y la ira se apoderó de ella.

—Te aseguro que no es lo que parece…

—¿No? ¿Entonces qué es? ¿Sabías quién era yo desde el principio?

Zac asintió y confirmó los peores temores de Rose. Ella se sintió totalmente traicionada.

—Lo sabías y no me lo dijiste —le espetó con incredulidad. —Nada de esto es accidental, ¿verdad? Ha sido como una especie de trampa… Lo que no entiendo… ¿Forma mi hermana parte de todo esto? —añadió. Si el corazón no se le hubiera transformado en una piedra, se le habría roto en mil pedazos.

—No, no. Kate te estaba buscando. Ella no sabe que Marco, su esposo, te ha localizado. Mira, no debería ser yo quien te contara esto, pero Kate fue adoptada. No sabía que tenía una hermana, pero encontró una foto y…

—¿Qué estoy haciendo yo aquí? ¿Por qué ese tal Marco no se lo dijo a mi-mi hermana?

—Kate estaba embarazada y no se sentía muy bien. Marco no quería volver a disgustarla después de que tu padre…

Rose se tapó el rostro con las manos y aspiró profundamente.

—Mi padre lo sabía… ¿Por qué me sorprende? ¿Acaso soy yo la única persona de todo el mundo que no lo sabe? Pero has dicho que mi hermana no se siente bien… —añadió mientras se acercaba a Zac. Le agarró por las solapas, como si estuviera dispuesta a zarandearle para sacarle la verdad.

—Tiene algo que ver con la tensión arterial. Dio a luz ayer. Acabo de recibir un mensaje.

—Vaya… eso es… —dijo Rose. Le soltó las solapas y apretó con fuerza los puños. —¿Y qué papel representas tú en todo esto, Zac? Deduzco que no estoy aquí por accidente.

—Marco es mi amigo. Me preguntó… Quería saber si tú eres como tu… si eres de verdad o…

—Soy como mi padre —concluyó ella. —Estabas tratando de analizarme. ¿Formaba el sexo parte del plan? ¿Le vas a informar también sobre eso, tal vez poniéndome nota o algo así? —le preguntó con un profundo desprecio en la voz.

—Nada de lo que ha ocurrido entre nosotros debía…

Rose lo interrumpió.

—¡Deja de hablar! —exclamó furiosa. —¡Cuando por fin confío en alguien, tenía que ser en ti! —añadió. Se agarró la cabeza entre las manos. —¿Cómo he podido ser tan estúpida!

—¿Qué quieres que haga, Rose?

—Quiero que me pongas en contacto con mi hermana y que llames a tu helicóptero porque no pienso pasar una noche más aquí —le espetó ella con desdén. —No intentes utilizar a Declan. Resulta perfectamente evidente que Camille está más que capacitada para cuidar de él. ¿Sabes? Me hiciste amar a ese niño y nu-nunca te voy a perdonar por eso. Al menos, yo puedo amar —añadió mientras lo miraba de arriba abajo con una profunda expresión de desprecio. —No sé cuál es tu problema, Zac ni tampoco quiero saberlo. Te apartas de todo el mundo, te niegas el amor… incluso apartas de ti a tu familia. ¡Un día van a dejar de esforzarse contigo y entonces sí que vas a estar totalmente solo!

Con un sollozo que desgarró totalmente a Zac por dentro, Rose se dio la vuelta y se marchó. No vio la mano que él había extendido en su dirección ni el gesto de profunda pérdida que se había reflejado en su rostro.

Zac seguía sentado en la silla sobre la que se había dejado caer cuando oyó que el helicóptero despegaba. Arthur apareció cinco minutos más tarde.

—¿Se ha ido? —preguntó. Zac guardó silencio—. Sé que mi opinión no vale nada, pero esa mujer es de las que no se deben dejar escapar y tú, jefe, eres un necio.

—No es la primera vez que me dices eso.

—Esto es diferente, jefe.

Así era. Zac se dio cuenta de que Rose lo había cambiado. Amarla había producido un cambio en su manera de ser. Zac ya no era la persona de antes, aunque siguiera cargando con el mismo bagaje. Parecía que por fin había estado dispuesto a bajar las barreras y dejar entrar a la gente en su vida. Aunque Rose no volviera a aceptarlo, lo haría de todas maneras. Rose lo había hecho despertar y él la había dejado escapar.

—Tienes razón, soy un necio.

—Me parece un buen comienzo.

Rose se había pasado el vuelo odiando a Zac, pero, al mismo tiempo, deseando suplicarles a los pilotos que dieran la vuelta. La inexplicable atracción que sentía hacia él era real. Cuanto más se alejaba de su lado, más sufría la privación de su presencia.

En aquellos momentos, estaba sentada, totalmente agotada y desaliñada, en una sala del palacio de Renzoi. En realidad, se sentía menos asustada de lo que había imaginado. Lo peor ya había ocurrido. No le quedaba nada de lo que tener miedo.

El número de teléfono que Arthur le había dado en nombre de Zac la había comunicado directamente con su hermana. En cuanto oyó que ella contestaba, Rose se limitó a exclamar entre sollozos:

—¡Soy tu hermana!

No le habría sorprendido que su hermana gemela le hubiera colgado el teléfono. No fue así. Kate escuchó la historia de Rose y le respondió con un nivel de ira muy parecido.

—Voy a matar a Marco —afirmó. —A lo largo del todo el embarazo, me ha tratado como si fuera una niña.

—Lo mismo digo de Zac…

—Zac es un buen amigo. Marco se ha aprovechado de él. Le puso, bueno, os puso a los dos, en una situación terrible…

Rose rememoró las primeras palabras que intercambió con su hermana mientras esperaba. De repente, una puerta se abrió y Rose vio que salía un hombre. Este abrió los ojos de par en par al ver a Rose, una reacción que ella había experimentado varias veces desde que llegó.

—Espero que haya tenido un buen viaje. No se había informado a la princesa de su llegada. Estaba… bueno, alimentando a su hija. Ahora tengo instrucciones de llevarla en su presencia.

Rose entró con una cierta trepidación en un hermoso salón. En el momento en el que miró a su gemela sintió que sus dudas y temores desaparecían por completo. Las dos corrieron a abrazarse.

Después de los besos y las lágrimas, llegaron las tazas de té y la conversación. Tenían muchas cosas en común, también muchas experiencias por compartir.

—Entonces, nuestra madre murió. Yo creía que me había abandonado…

—¿Fue eso lo que ese canalla te contó? —le preguntó la princesa. —Vino aquí y… Siento mucho que tuvieras que quedarte con él. Yo tuve mucha suerte con mi familia adoptiva. Estoy deseando de que los conozcas.

—Yo siempre quise una familia y pensaba… ¡No volveré a ver a Declan!

Lentamente, le contó la historia a su hermana, pero su relato se vio interrumpido cuando un hombre, muy alto y guapo, entró en la sala.

El príncipe se dirigió a Rose, no a su esposa.

—Le ruego que me disculpe. Mi única defensa es que mis intenciones eran buenas, pero… Se me ha dicho que soy culpable de infantilizar a mujeres adultas que son capaces de tomar sus propias decisiones —añadió mirando a su esposa. —¿No es así?

Kate lanzó un bufido, pero Rose se dio cuenta de que la ira de su hermana era ya fingida.

—No te creas que ya te he perdonado.

El príncipe la miró un instante antes de seguir.

—Zac está aquí. Ha pedido ver a Rose. Le he dicho que no soy yo quien debe tomar esa decisión.

—Veo que estás aprendiendo —comentó Kate sin poder ocultar una sonrisa. Entonces, se volvió a mirar a Rose. —¿Quieres verlo?

Rose sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—No… Sí… Tal vez… Creo que…

Kate le agarró el brazo y la abrazó con fuerza. Ella fue la que se encargó de tomar la decisión.

—Marco, dile que suba —afirmó.

—No creo que pudiera impedírselo, aunque lo intentara.

—Rose, te dejo a solas. Más tarde, podrás conocer a tu sobrino y a su hermana mayor.

Cuando se quedó a solas, Rose empezó a andar arriba y abajo por la sala. ¿Por qué estaba Zac allí? ¿Qué significaba?

Cuando se abrió la puerta y Zac entró, ella permaneció inmóvil, mirándolo fijamente. A juzgar por la incipiente barba, parecía que no se había afeitado desde el último día que Rose lo vio. Las ojeras que tenía debajo de los ojos sugerían que tampoco había dormido demasiado. Ya eran dos.

—Gracias por acceder a verme —dijo él devorándola con los agotados ojos.

Rose guardó silencio. No podía hablar. Se le había hecho un nudo en la garganta por la emoción.

—¿Me permites que…? Al diablo con todo. Voy a decírtelo de todas maneras —afirmó él. —Dijiste que me negaba el amor, que me mantenía aislado y es cierto que lo hago… pero nunca quise hacerle daño a nadie.

Rose no pudo mantener la gélida expresión de su rostro durante más tiempo al ver la angustia que él estaba experimentando. La torturada expresión del rostro de Zac le desgarraba el corazón.

—Tú dirás, Zac —susurró.

—Ya sabes que Kairos, el primer esposo de mi madre, fue el hombre que me crio. Se ha portado muy bien conmigo, mucho más de lo que sabe la gente. Mi padre murió por una sobredosis de drogas. Era traficante y, además, maltratador. Cuando mi madre, que tenía dieciséis años, estaba con él y decidió no abortar tal y como él le había ordenado, trató de sacar

al bebé, es decir a mí, de su vientre a palos. No le sirvió de nada y lo mandaron a la cárcel por el intento de asesinato. Allí, otro preso le dio una puñalada. Cuando estaba en el hospital, compró drogas y murió de sobredosis. Esos son mis genes. Ese es el padre del niño que él acogió en su casa. Aparentemente, incluso me parezco a él, con lo que mi madre tiene que ver a su maltratador cada vez que…

La voz de Zac se quebró. Rose acudió rápidamente a su lado y lo abrazó.

—Tu madre ve al hijo al que tanto ama. Por lo que has dicho, es evidente. Ella sabe, igual que tu padrastro, que no eres responsable de lo que hizo tu padre, igual que yo tampoco lo soy por lo que hizo el mío. A menos que tú pienses lo contrario…

—¡Por supuesto que no! —exclamó Zac. Parecía muy ofendido por la sugerencia. Le enmarcó el rostro entre las manos.

Rose sonrió.

—Exactamente.

—No es lo mismo. Mi padre era un hombre violento, malvado. Si yo le hiciera daño a alguien que me importa… que amo…

—Pero no va a ser así —le aseguró Rose. —No eres un depredador, sino todo lo contrario. Te ruego que no te niegues el amor, Zac. No quiero decir conmigo… Es decir, yo te amo, pero comprendo perfectamente que no puedas corresponderme —añadió. Trató de aparentar que le parecía bien, pero no lo consiguió. —Habrá otra mujer y…

—¿Me amas?

—Bueno —susurró ella. Apartó los ojos del rostro de Zac, por lo que no vio el fuego que ardía en ellos, —pero, dado que estás siendo sincero, yo también lo voy a ser. Sí, estoy locamente enamorada de ti y…

No pudo seguir hablando. Zac comenzó a besarle el rostro por todas partes antes de reclamar sus labios. La besó delicada y profundamente.

—Te amo, Rose. Has iluminado con tu luz purificadora la oscuridad que llevaba dentro de mí. Te juro que jamás te haré daño.

—Yo siempre me he sentido a salvo contigo, Zac —murmuró ella mientras le acariciaba cariñosamente la mejilla, áspera por la incipiente barba.

—Y querrás tener hijos, ¿verdad? Cuando te veo con Declan… Yo jamás pensé que tendría descendencia, pero un hijo contigo sería…

Rose sonrió. Se sentía más feliz de lo que jamás había imaginado que podía estar.

—¿No te parece que nos deberíamos casar primero?

Zac la miró escandalizado y sonrió.

—¿Acabas de pedirme matrimonio?

—Me parece que sí.

—En ese caso, amor mío, la respuesta es sí.